

**Un SOCIÓLOGO en el
Frente Patriótico Manuel Rodríguez**
Testimonio de un militante
(colección memoria y crónica)



CEIBO
ediciones



Santiago de Chile, 2015

**Un SOCIÓLOGO en el
Frente Patriótico Manuel Rodríguez**
Testimonio de un militante
TITO TRICOT

©Tito Tricot
1ª Edición Ceibo Ediciones,
junio de 2015, Santiago de Chile.
Ceibo Ediciones

Teléfono: (02) 2 2502 0782
www.ceiboproducciones.cl

Coordinación: Dauno Tótoro T.
Edición: María Inés Taulis M.
Diseño: Eugenia Prado B.
Producción editorial: Italo Retamal E.

I.S.B.N.: 978-956-359-015-9
Impreso por Productora ANDROS Ltda.



Santiago de Chile, 2015

Dedicatoria

Entre cormoranes y pelícanos dibujaron a Valparaíso, que germinó a golpes de quebradas y mar. Hasta que una madrugada arremetió el más grande de todos los golpes: el golpe militar.

Entonces el viento se escondió tras las sombras de los cerros y bajo las espumas de las olas para guarecer a las estrellas, a los changos, los tranvías, las plazas y sus abuelos.

Para preservar la palabra con ternura y con toda la fuerza porteña para que un día pudiera contar la historia incontada del viento, de las rocas y de la resistencia a la dictadura.

Y al huracán de la lucha armada contra la dictadura están dedicadas estas soliviantadas crónicas y testimonio personal.

A los y las combatientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que bajaron desde las esquinas de los cerros y de todas las imposibles arrugas de Chile.

A Andrés, Marcos, Fernando y Juan Carlos, que son ellos con certeza absoluta, pero sin certidumbre de nombre, porque lucharon por la democracia, pero no creen en esta democracia.

A Ignacio Valenzuela, comandante Benito; a Mauricio Arenas, comandante Joaquín; a Manuel Sepúlveda, Jackie, simplemente por haber tenido el honor de compartir con ellos sus sueños y su lucha.

A Rocío, mi compañera, por sus ojos de ocelote de tiempos tan antiguos que jamás dejarán de ser hermosos y que fue capaz de enfrentar a la CNI con solo una mirada para salvar mi vida.

A Bulavari, Tokichen, Paikavi y Takuri, nuestros hijos, que nacieron en exiliadura y en dictadura para seguir sembrando esperanzas a punta de ramalazos de luz en un país oscuro de oscuridad.

A la flaca, mi compañera de muchos años, por su amor, a pesar de ser detenida, torturada y exiliada. Su ternura a pesar de la dolorosa separación de sus hijos, la muerte de Bulavari y su propia temprana e injusta muerte una inesperada mañana.

A Katiray, mi nieto, por su risa, ojos irlandeses y en la convicción de que algún día mirará el cristal de nuestras vidas y pensará en silente dulzura que todo ha valido la pena.

Al pueblo mapuche porque de él aprendimos las palabras resistencia y dignidad, que estuvieron siempre escritas en las profundidades de la tierra, para algún día enfrentar al más grande de los golpes: el golpe militar.

*Valparaíso
18 de Mayo 2015*

Una tergiversación histórica contra la que las palabras verdaderas deben alzarse con urgencia. Un mito construido con una suerte de ingeniería del olvido. Un país que se ha diseñado desde la invisibilización de aquellos que se atrevieron, cayeron, fueron golpeados, encerrados por enorme puño de acero que golpeaba como un mazo de destrucción implacable; pero a la vez de aquellos que levantaron una barricada, un obstáculo para el enorme y pesado puño de acero enrojecido por la sangre, ennegrecido por el fuego. Aquel que golpeaba sin discriminar, enceguecido, buscando generar el mayor daño posible a un pueblo vencido. Un enorme puño de acero que perdió sólo a medias y cuya sombra hoy planea sobre la historia camuflada y trastocada por un dedo, por un lápiz, por una urna que no ha hecho más que transvertir el todo para perpetuar la nada.

¿Qué quedó en la memoria, dónde está? ¿Recuerdan cómo se inició esa bocanada de brisa fresca en un país muerto de miedo, un país espantado? Aquí encontramos un relato en clave de memorias o crónicas que, aunque personales, es también colectivo, sin epopeyas absurdas; uno íntimo y humano, a la vez que contundente y despiadado, con tanta suavidad y sutileza como el que tendría una broca taladrando un bloque de hormigón armado.

Es este un libro de eventos, anécdotas, hechos, combates, derrotas, victorias y chascarros, convertidos en hazañas y peripecias. Aquí, Tricot es muchos y las motivaciones, las razones profundamente ideológicas, el pensamiento profundo que movilizó a los ninguneados en una respuesta, un muro de contención que resistió y abolló al pesado puño del espanto, una cadena de razones para levantarse y vivir cada día, a pesar de lo feo que resultaba todo allá afuera.

Entonces estábamos todos solos y rayando en la locura. Pero vivos. Respirar se transformó en una obsesión cuando se lidiaba con la muerte. Porque en ese mundo reciente, era más fácil morir que seguir palpitando.

El personaje que narra no es la moral condensada del militante revolucionario, no es el crisol de la ética patriótica, sino que trasunta en un espejo ante el cual cada uno de nosotros, los lectores, podemos hacernos hoy las mismas preguntas que entonces se hizo el contador de hechos, para llegar a la misma falta de respuestas, que es una forma de responderse.

Ahí estaban las manos que portaban fusiles a la vez que libros, en medio de grandes paisajes con horizontes azarosos, sembrados de desgarros libertarios. La esperanza de motivaciones galácticas, quizás alimentada por una suerte de incierta confianza en la especie humana. Es un libro tanto de historias trágicas como cargadas de esperanza, a pesar de la orfandad subyacente.

Un sociólogo que estuvo ahí, con los muertos de verdad, con sus nombres y apellidos de muertos de verdad, con sus fotos sonrientes en los diarios, con sus fotos de carnicería despiadada en los diarios, con las fotos de aquellos que resistieron con sus vidas y sus balas para que otros tuvieran salida.

Muy a ras de piel, en la superficie de tan delicada esencia, estalla la razón que no es otra que la resistencia. Una larga e ininterrumpida guerra personal y colectiva por la redención del espíritu libre. Una guerra cabrona y matadora que sigue, aunque ahora el puño de hierro se haya enguantado .

Dauno Tótoro Taulis

Advertencia de dos abuelos

Tuve dos abuelos como todo el mundo, uno escribió un libro de historia y al otro le encontré un librito de fotos eróticas color sepia en su escritorio. Ambos nacieron en el siglo XIX, vivieron y murieron en el siglo XX. El primero fue profesor humanista, el segundo furibundo anticomunista, ninguno alcanzó siquiera a avizorar la dictadura, pero puedo imaginar de qué lado hubiere estado cada cual. Uno podría fabular con estos viejitos que hoy miran el mar desde sus desvencijados nichos en un cerro de Valparaíso y escribir lo que ellos mismos escribirían si hubiesen sobrevivido a la dictadura.

Pero como sus vetustos huesos no pueden ya sostener un frágil lápiz, lo hago yo para dejar mi testimonio. Porque de eso trata este libro: un simple testimonio, una crónica desordenada, una mirada personal, un millar de palabras preñadas en el horizonte del océano pacífico.

Aquí no encontrarán la historia oficial del Frente Patriótico Manuel Rodríguez

Aquí no encontrarán un análisis sociológico de la lucha armada contra la dictadura

Aquí no encontrarán un riguroso trabajo de investigación periodística.

Aquí solamente se encontrarán con la palabra del nieto de los dos abuelos, que fue militante de las Juventudes Comunistas, del Partido Comunista y del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Son recuerdos, trazos, nubes, sonrisas, orgasmos múltiples, eyaculaciones precoces, exilios, amores, desamores, encuentros clandestinos, trabajo conspirativo, operaciones combativas, hermanos y hermanas asesinadas, grandes éxitos y también derrotas. Héroes y heroínas.

Aquí no hay ficción, tan solo lo vivido directamente por mí y por algunos otros hermanos y hermanas. Todos ellos y ellas contribuyeron mucho más que yo a la derrota de la dictadura; por eso, aunque esto sea un testimonio personal es, simultáneamente, un memorial a su propia historia.

Aquí podría haber mucho más, pero a algunos hermanos se los llevó el viento a golpes de relámpagos y yo no pude hacer nada. Quisiera que mi relato tuviera ribetes épicos y colosales, que se pintaran los cielos con grandes batallas de ejércitos increíbles, pero no hay nada de eso. Eso lo hicieron otros y otras que sí están presentes porque hubiera muerto de vergüenza si no lo estuvieran.

Aquí podría haber mucho menos también, después de todo, un grano de arena en la lucha anti-dictatorial es mejor que ninguno. Una palabra es mejor que ninguna palabra, un tiro mejor que ningún tiro, un encuentro clandestino mejor que ningún encuentro clandestino; una carga explosiva mejor que ninguna, una escuela de instrucción político-militar mejor que ninguna, la planificación de una operación es mejor que ninguna.

Aquí podría haber todo si es que viviéramos en una verdadera democracia, con aroma a hierba húmeda, a canelo, a araucaria, a mar, a miel. Pero ésta es como un calamar gigante que si uno le mira descuidadamente te anega en tinta oscura, te sofoca, te amarga, te escarba el pasado para buscarte alguna supuesta inmoralidad oculta, como luchar contra la dictadura, por ejemplo. Por eso no se cuenta todo lo que podría contarse.

Aquí podría haber nada, pues la memoria a veces se diluye en la lluvia de la nostalgia, la tristeza, el dolor. Se estremece por todo y por nada, duda mientras otea la popa de su propio galeón que con el paso del tiempo se torna cada vez más frágil. Pero, paralelamente, la memoria es una amazona montada en un corcel de melena dorada que galopa veloz por sobre las nubes para que nadie la alcance.

Así surgen las palabras y los pinceles que irisan esta acuarela. Son mis palabras y mis colores, no pretenden nada más. No representan

a nadie, no hablan por nadie, no declaman por nadie. Es mi parecer, opinión, pensamiento, evocación, intuición. Ni más ni menos. Algunos celebrarán estas palabras, otros las rechazarán indignados, otros tantos permanecerán indiferentes.

Qué sé yo, lo único irredargüible es que mi palabra es solamente la constatación de que tuve dos abuelos como todo el mundo, uno escribió un libro de historia y al otro le encontré un librito de fotos eróticas color sepia en su escritorio. El primero fue profesor humanista, el segundo furibundo anticomunista, ninguno alcanzó siquiera a avizorar la dictadura, pero puedo imaginar de qué lado hubiese estado cada cual. Yo solo puedo decir que estuve en un solo lado: el lado del Rodriguismo, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, de la Sublevación Nacional. No sé lo que pensarán mis abuelos, pero mientras exista el capitalismo y este modelo neoliberal que nos consume y deshumaniza, seguiré estando del mismo lado: del lado de la Revolución.

Digamos las cosas por su nombre: a la dictadura no se la derrotó con un lápiz y un papel

Hay acuarelas que se pintan solas, como las puestas de sol o las auroras boreales, pero existen otras que son porvenir o devenir; que no son, que no están. Que se hacen, que nacen de la lluvia, del sol, como el arco iris. O de los cristales del miedo, como la campaña por el NO para el Plebiscito de 1988 que utilizó el arco iris como símbolo de batalla. El color contra la opacidad de la dictadura, la alegría contra el miedo. Un gran acierto, una gran victoria, pero también una gran mentira el haber instalado en la conciencia colectiva la idea de que a la dictadura se le derrotó en las urnas.

Digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: a la dictadura no se la subyugó con un lápiz y un papel, ese fue solo un acto, un segundo en 17 años de dictadura, como lo fue la elección presidencial en 1989. Ninguno de estos nanomomentos hubiese sido posible sin la lucha multidimensional que se llevó a cabo durante casi dos décadas.

Digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: el discurso de que a la dictadura se la venció en las urnas ha servido para ocultar el hecho de que parte de la clase política negoció con la dictadura. Esta ha sido una transición pactada, privatizada, institucionalizada, constitucionalizada, binominalizada, dictatorializada.

Digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: la falacia de que a la dictadura se la derribó en una elección ha servido para invisibilizar el aporte de la lucha armada al desmoronamiento de la misma. Asimismo, los sucesivos gobiernos de la Concertación y de la Derecha, que no son lo mismo pero son extraordinariamente similares, han ignorado la contribución de todos aquellos y aquellas que tomaron las armas en la brega antidictatorial.

Hay acuarelas que se pintan solas, como las puestas de sol o las auroras boreales, pero hay otras que se hacen a golpes de brochazos gruesos, toscos y hoscas, como de la que se ha pretendido tornasolar la historia reciente de Chile. Porque ellos tienen los pinceles, el dinero, el parlamento, el gobierno, pero el pueblo tiene la memoria y afortunadamente ésta tiene más peso que cualquier arco iris, porque es el arco iris mismo, es la lluvia misma, es el sol mismo, es el reflejo mismo de su propia vida. Y en ese espejo de agua se distingue claramente que mucho antes que el lápiz y el papel, mucho antes que las urnas, hubo barricadas, cadenzos en el tendido eléctrico, mítines fugaces, protestas callejeras, peñas, marchas, tomas de colegios y universidades, apagones, ataques a comisarías y cuarteles de la CNI, ajusticiamientos a asesinos, emboscadas, tomas de radioemisoras, recuperaciones de alimentos y armamentos, escuelas clandestinas. Hubo lucha armada.

Digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: La historia y discurso oficiales han soterrado la importancia del componente militar en la derrota de la dictadura. No constituye el único o decisivo elemento, por cierto, pero sí es significativo y por ende debe ser resaltado y rescatado. Además es de toda justicia para los que arriesgaron su vida, libertad, familia, estudios o trabajo a cambio de nada.

Esta acuarela la pintan ellos y ellas, nadie más, ni la clase política ni los empresarios, ni los militares. Aquí se jaspean los colores del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, no porque no hubiera otros grupos o personas que también realizaron acciones armadas, sino que sencillamente porque es lo que conozco. Es la única razón.

El Frente puede no haber sido perfecto, puede haber cometido errores, pero en una cosa tenía razón: expresó inequívocamente que estos serían gobiernos continuistas neoliberales y lo han sido. Han mantenido el modelo económico de la dictadura, su sistema político, profundizándose la desigualdad, el endeudamiento y la pobreza a plazos, la incertidumbre existencial, la privatización de la salud, la educación, las pensiones. La vida y la muerte. En todas estas el Frente no se equivocó, porque digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: esta ha sido una democracia con poco sabor a democracia.

Valparaíso es hermoso de día y más aún de noche, cuando las estrellas fulguran en los cerros para deslumbrar a corsarios y amantes ocasionales por igual. Por eso, cuando el compañero de la Dirección Nacional del Frente me dijo que no podía ir al puerto, que me necesitaba en Santiago, el corazón me dio un vuelco. Algo así como un breve desgarramiento de furia. Es que, mientras el auto se desplazaba por las calles de la capital en dirección a Ñuñoa, en medio de un profundo silencio pensaba lo que significaría trabajar en Santiago, ciudad que no conocía y que, por lo demás, no quería conocer. Porque siempre tuve un cierto rechazo a aquella ciudad habitada por seres distantes y a quienes consideraba tan diferentes a nosotros los porteños, que me provocaban recelo. Prejuicios que, a la sazón —década de los ochenta— parecían útiles para justificar mi deseo de estar en Valparaíso después de luengos años de exilio. Este comenzó abruptamente una tarde de junio de 1975 cuando oficiales de la Policía Internacional, Interpol, llegaron a la cárcel pública de Valparaíso en horas del encierro para expulsarnos del país a dos compañeros de las Juventudes Comunistas y a mí. El encierro era a las 5 de la tarde todos los días y se iniciaba con el sonido ensordecedor de pitos que, por doquier, retumbaban en las galerías y la cancha del presidio. Los gendarmes parecían solazarse en aquel bullicio infernal que les daba un poder, vacío y absurdo, pero poder al fin. Claro que aquella exigua omnipotencia iba disminuyendo poco a poco mientras los presos estábamos formados en el patio para la segunda cuenta del día. Es que los gendarmes no sabían contar y se perdían en la mitad de la cuenta. Y todo de nuevo. Y nosotros bajo el sol inclemente o la lluvia y el frío, empuetados primero y muertos de la risa después observando como los pacos se restregaban la cabeza tratando de cuadrar los números. Cosa no menor, porque si la población penal

ascendía a 800 personas, o lo que fuere, y en el conteo solo aparecían 790, quería decir que se habían fugado 10 internos, como gusta llamar Gendarmería a los presos. Inaceptable e insólito. Entonces nuevamente a calcular, pero más calmadamente, como masticando cada número, cada oscilación de los labios del preso —teníamos que gritar el número que nos correspondía acorde a nuestra ubicación en la cancha—, cada gesto, para no perderse en el fangal de los códigos matemáticos. Pero se perdían igual y nos culpaban a nosotros, por supuesto, hasta que lograban hacer coincidir las cifras y su angustia se transformaba en algo parecido a una sonrisa que, para ser sinceros, no era más que un efímero respiro hasta la cuenta de la mañana siguiente donde irremediamente se volvían a perder.

Nosotros no teníamos posibilidad de perdernos porque ese momento constituía un encierro dentro del encierro, una pena que debíamos cumplir sagradamente cada tarde en la tercera galería donde nos encontrábamos los presos políticos. Desde la cancha de fútbol, lugar de esparcimiento, de visitas, de conversaciones serias y banales, de elucubraciones y de todo tipo de conspiraciones, nos obligaban a subir las enmohecidas escalas hacia la galería. Ahí, en gélidas celdas diseñadas para dos personas, vivíamos, o sobrevivíamos o bajovivíamos, siete, ocho, diez compañeros. En esos minúsculos habitáculos cocinábamos, comíamos, descansábamos, trabajábamos —unos más que otros—. Pero también nos acechaba la zozobra de no saber qué pasaría con nosotros. Cada día era una interrogante, cada tarde una especie de velo gris que se cernía lentamente sobre nuestros hombros. Y, lo peor, las noches después del encierro, pues en ese momento uno se quedaba a solas con su propia soledad, pensaba sus pensamientos, soñaba sus sueños y maldecía la mala suerte de haber caído detenido habiendo hecho tan poco por defender al gobierno de la Unidad Popular. Es que, a pesar de todos nuestros esfuerzos e inmensas ganas juveniles, el golpe militar fue tan devastador que no tuvimos posibilidad alguna de contrarrestar la eficiente maquinaria de guerra enemiga. Ninguna. Aun así muchos compañeros y compañeras esbozaron formas de resistencia, atisbos de rebelión, con más

voluntad que organización. Pero, bueno, a fin de cuentas a uno le toca vivir en la medida y a la altura de su tiempo y sus posibilidades humanas, más de una noche divagamos en la celda 210 que compartíamos con el Pepe Valle, Armin Lühr y Mauricio Redolés. Pepe Valle, el viejo loco o Macabro, era el jefe de un grupo de dos guerrilleros rurales más extraños que él, que dormía con la ropa y botas puestas, por si acaso. Jamás se bañaba. Por eso toda la tercera galería salía de sus celdas y se ponía de pie a aplaudirlo cuando una vez al mes dejaba nuestra celda para recorrer sin apuro y sin vergüenza alguna, el trayecto que lo llevaba desde su transitorio hogar hasta las duchas, sitas al final del lóbrego pasillo. El viejo loco solo sonreía, retornando a la celda para proseguir narrando historias increíbles y tallar cuescos de palta con envidiable habilidad. Solamente estudió hasta segundo básico, pero escribía y leía más que cualquiera, recitando poemas de Kipling y de ignotos autores, al menos para jóvenes como nosotros. Armin estudiaba Derecho en la Universidad de Chile, estaba a punto de recibirse de abogado cuando sobrevino el golpe. Se acabaron la ley, la justicia, la norma y el debido proceso, apareciendo de súbito la tortura, la Academia de Guerra Naval, el buque Lebu y el campo de concentración de Isla Riesco. Lo mismo sucedió con Mauricio, quien también estudiaba Derecho. Los tres intentamos organizar un remedo de resistencia artesanal cuando muchos de nuestros compañeros de la universidad nos dieron la espalda. Fueron valientes Armin y Mauricio. Ambos pasaron años presos y en el exilio. Armin, una vez que retornó del exilio, tuvo que estudiar de nuevo, pues no le reconocieron las asignaturas antes cursadas. Un gran sacrificio, pero ya es abogado y frecuentemente nos cruzamos en las calles del puerto, siempre con un cigarrillo en sus labios, porque no hay nadie que fume más en este mundo que él. Alrededor de un millón y medio de cigarrillos estimo, sin ser experto en matemáticas, debe haber fumado en su vida. Mauricio tuvo la posibilidad de estudiar sociología en Inglaterra, pero eso no es lo más relevante en su vida, sino la música, la poesía, la literatura. La vida. O las vueltas de la vida, porque el flaco tocaba pésimo la guitarra y

cantaba tan mal que yo le pedía que por favor se callara. Después de todo más de alguna canción me sabía y era medianamente entonado, de manera que hería mi sensibilidad musical –escasa por cierto– que desentonara. A veces sospechaba que lo hacía a propósito, para molestarnos, una especie de venganza por su propia rabia de estar preso injustamente. Pero, pensándolo bien, en un gesto altruista, lo hacía para distraer nuestra atención de la oscuridad y las eternas noches de encierro. Sea como sea, Redolés se convirtió en uno de los mejores cantautores chilenos, toca la guitarra, canta, compone, escribe prosa y poesía, gana premios y se pasea por escenarios de todo el país. Mientras tanto, yo nunca aprendí a tocar la guitarra.

En esto cavilaba mientras Santiago se desplegaba ante mis ojos en una mañana nublada. Quería estar en Valparaíso, pero no dije nada, solamente bajé del auto y entramos al restaurante Don Peyo, allá en Lo Encalada, todo lo cual supe después, porque en ese momento nada pregunté. No recuerdo qué almorzamos, sólo que era comida casera y que había mucha gente en derredor y aparentemente indiferente a lo que hacíamos o decíamos. O no les importaba, lo que sí es indiscutible es que los dos compañeros conversaban tranquilamente mientras yo escudriñaba cada rincón del local, intentando detectar cualquier movimiento peculiar. Cada vez que alguien miraba hacia nuestra mesa, veía a agentes de la CNI; en el momento preciso en que alguien regresaba del baño creía captar en su mirada una risa escondida, quizás disfrutando lo que harían con nosotros una vez que nos arrestaran. Supongo que entre tanto duelo de miradas no tuve tiempo de disfrutar el almuerzo, aunque creo recordar que en algún momento uno de los compañeros me preguntó cómo estaba la comida. Buena, seguramente mascullé, aunque mis pensamientos estaban muy lejos de ahí, en el aeropuerto de Heathrow en Londres, una fría tarde de invierno cuando despedí a mis hijos y a mi compañera que regresaban a Chile desde el exilio. Yo no podía regresar con ellos, al menos no legalmente, por lo tanto ni siquiera sabía si iba a volver a verlos nuevamente. Fue uno de los días más tristes de mi vida besarlos y mirarles sus caritas sabiendo que no enten-

dían lo que realmente era esa despedida. Pero yo sí sabía, entonces, cuando los observé alejarse y desaparecer por la puerta de Salidas Internacionales, se me apretó la garganta, sentí un vacío helado en el cuerpo, como si hubiese perdido una parte de mí para siempre. Tenían apenas ocho y seis años y nos queríamos entrañablemente. Tokichen era dos años mayor que Paikavi y ambos fueron inseparables, casi antes de nacer. Quizás porque tuvieron un hermanito que nació antes que ellos pero que solo alcanzó a vivir un segundo. O tal vez menos, lo cierto es que con la flaca –mi compañera de entonces– llegamos al hospital La Rotunda en Dublín, la capital de Irlanda, donde vivíamos como refugiados, a las 2 de la madrugada. Era una fría y lluviosa madrugada de invierno y con sus dolores de parto a costas nos desplazamos por los oscuros y tenebrosos corredores de la maternidad construida en el siglo XVIII. Yo tenía autorización para entrar a pabellón y compartir ese momento con la flaca, pero la enfermera me lo impidió. Al espetarle su actitud, me respondió que había problemas y que debía esperar afuera, que eran órdenes del doctor. Opté por no reclamar para evitarle malos ratos a mi compañera. Pasaron los minutos o las horas, no sé. Tan solo recuerdo que en algún momento emerge una enfermera de una sala oscura –todo el hospital estaba en penumbras– y me dice que la guagua había fallecido y si la quería ver antes que se la llevaran. No dije nada, supongo que asentí con la cabeza, porque me condujo a una sala contigua, también escasamente iluminada, donde sobre una mesa metálica y semi-cubierto con una frazada gris se hallaba el cuerpecito inerte de nuestro primer hijo. Era hermoso, parecía que estaba dormido y que en cualquier momento despertaría y sonreiría para pedir un abrazo, un beso. Era demasiado bello para haberse muerto sin tener la posibilidad de vivir. Le toqué sus manitas, le di un beso en su carita, en un vano, último y fútil intento por despertarlo, sabiendo que no había esperanza alguna de que eso sucediera. Por ello, como un póstumo homenaje a ese hermano conocido-desconocido es que Tokichen y Paikavi se convirtieron en inseparables y, por lo mismo, fue tan difícil verlos partir en la desazón de un futuro nebuloso.

Fue distinto con mi compañera, pues ella estaba al tanto de nuestra situación, sabía perfectamente lo que representaba su retorno al país con los niños y que yo regresara por otra vía. No conocía ni el momento ni el modo exacto o lo que haría una vez en Chile, pero tenía meridiana claridad de que era peligroso. Probablemente más que yo, pero nada dijo, excepto una vez que –mirando a los niños mientras dormían– pensó en voz alta: qué injusta es la vida, cuando una es feliz todo tiene que terminar y comenzar de nuevo. Tal vez en su tristeza se hallaba incrustada la pena de Bulavari, nuestro primer hijo de tan solo un segundo que sepultamos en una fosa común de un cementerio en Dublín porque no tuvimos dinero para comprarle una tumba. Jamás volvimos a dejarle una flor pues era demasiado doloroso. Tampoco prometimos hacerlo algún día, porque eso era aún más triste. Prefiero recordarlo en la belleza de sus ojos de tul y su sonrisa dibujada en lluvia. Aunque a veces, en noches de insomnio, cada vez más recurrentes con los años, dan ganas de salir corriendo a una pérgola cualquiera del puerto y comprar un ramo de claveles o geranios o rosas y llevarlos al Patio de los Ángeles en el cementerio de Glasnevin en Dublín. Pero después, en medio de la penumbra, uno lucubra: ¿Para qué: para seguir sin dormir, para morir de angustia, para llorar de años sin llorar? Mi compañera ya falleció fulminada por una neumonía; hace más de 3 décadas que no he regresado a Irlanda y ha pasado tanto tiempo que pareciera que el olvido es más fácil que el recordar que no tuvimos ni un puto peso para pagar un ataúd.



La Flaca, madre de Bulavari, nuestro hijo de apenas 1 segundo

Retorné de golpe a la realidad cuando Daniel me pregunta si es que ya tenía dónde vivir. Le respondí que aún no, al menos no de manera definitiva. En seguida me dice que si puedo vivir legalmente que lo haga, que la clandestinidad constituye un problema y que solo hay que asumirla si es absolutamente indispensable. Lo que sí es necesario —enfatisa— es el trabajo conspirativo. Me dice que debo incorporarme al trabajo político, que ésa será mi tarea principal y que para eso me había llamado. No digo nada y solamente pienso que desde que ingresé a las Juventudes Comunistas mi destino había sido marcado por la labor política e ideológica. Era como si no pudiese o supiese hacer nada más. Desde los catorce o quince años mi quehacer predominante fue precisamente ese, aunque los mejores momentos y recuerdos que tengo han de hallarse en otros ámbitos —que indudablemente también están relacionados con la política—, pero de una manera distinta. Mi paso por la Brigada Ramona Parra haciendo rayados y murales por toda la quinta región fue una de tales actividades.

Pero, bueno, al parecer debía continuar en lo que supuestamente era mi sino: lo político. Daniel se dirige a Fernando diciéndole que debe llevarme a una reunión que se efectuaría esa tarde. Charlamos un rato más, comemos el postre, paga, salimos del restaurante, nos subimos al pequeño auto y nos alejamos raudamente. A los 15 minutos, el hermano de la Dirección nos deja en una calle de Providencia y se despide de ambos. Nunca más lo vi. Con Fernando nos dirigimos a un café pues debíamos hacer hora para otro punto —lugar de encuentro— con una compañera que nos llevaría a una casa de seguridad donde tendríamos la reunión. En ese encuentro se discutiría la coyuntura política nacional, la posición del Frente, los posibles escenarios políticos futuros. En fin, todo lo que implica un análisis político. Mientras tanto pedimos dos cortados: uno simple para él y uno cargado para mí. Le digo que no quería estar en Santiago y me dice que Valparaíso es una zona contaminada, que hace mucho tiempo que allá tienen problemas de seguridad y que ha sido muy difícil recomponer el Frente en el puerto. Además, siendo

tú de allá, sería imposible trabajar, así que olvídate de eso, no seas porfiado. El mismo Fernando me había dicho hace un tiempo que yo no tenía autorización para venirme de Argentina a Chile, pero a la semana yo ya estaba acá, de manera que él ya conocía de mi terquedad. No fue tan así, pero eso es lo que él recuerda. Sin embargo, en esta oportunidad no tenía intención de desobedecer. Nos tomamos el café pausadamente, conversamos de nuestro primer encuentro en Buenos Aires cuando nos vimos luego de un fallido intento por contactarnos en Europa. En aquella ocasión él me había esperado en Inglaterra mientras yo estaba en Bélgica; cuando llegué, él ya se había marchado, dejando solo una nota: Te contactaré luego, decía escuetamente. No volví a saber de él hasta una tarde en que nos reunimos en una cafetería de la capital argentina. Era pasado el mediodía, pedí un espresso mientras me acomodé en una mesa observando en todo momento la puerta de entrada. Yo llevaba un tiempo en la ciudad, había contactado al Partido y trabajaba en el Frente realizando tareas de apoyo mientras esperaba las órdenes para ingresar a Chile. A los 10 minutos entraron dos personas, uno espigado y otro bajo y con anteojos. Miraron en su derredor, uno se acercó al mozo, le preguntó algo y se dirigió hacia el fondo del local, después supe que era el baño. El otro se acercó a mí, miró el chaleco celeste recostado sobre la mesa y me consultó si mi apellido era Leblanc, porque andaba buscando a un amigo francés de su hermana para decirle que ella llegaría un poco más tarde. En esa época no había celular y una contraseña de ese tipo no llamaba la atención como sí lo haría hoy. Me llamo Le Brun, le respondo. Ah, bueno, me dice, Marcela manda saludos. Gracias por avisarme, siéntate, te invito a un café. Se sentó y me saludó con una sonrisa: Fernando, me dice. Manuel, le replico. En esos instantes llega el compañero del baño y se sienta junto a nosotros. Ambos piden un cortado y medialunas. Conversamos en voz baja tratando de pasar desapercibidos con nuestro acento chileno, aunque era difícil por lo que solo estuvimos ahí un rato charlando generalidades. Nos fuimos hacia un barrio más turístico y hablamos mientras caminábamos. El compañero me

dice que mi misión es hacerme cargo del Frente en Argentina. Le respondo que no, que ese no era el acuerdo, que solo estaba ahí de paso, que mi norte era Chile. Me dice que efectivamente ese era el plan, pero que la situación había cambiado, que había problemas en el interior y también en Buenos Aires y era indispensable reestructurar el trabajo en la retaguardia. No tenía claridad de lo que estaba sucediendo en Chile, de la proporción de las disputas con el Partido, aunque ya había experimentado roces con mi contacto partidario en Argentina. Cada vez que nos juntábamos, siempre en cafeterías de calles poco frecuentadas del centro, me miraba con cierto recelo. Era parco, muy moreno, canoso, ya mayor y de ceño duro. Solamente una vez lo vi sonreír levemente cuando me ofreció un cigarrillo y le señalé que no fumaba. Mira tú, exclamó, como si fuera algo curioso. O que yo era una especie rara. Menos mal que no le comenté que tampoco bebo alcohol, de lo contrario su incipiente y escasa sonrisa se habría transformado en sorna permanente.

Lo que sí está grabado nítidamente en mi mente es la tarde sofocante aquella en la que el compañero se indignó cuando, tres días después de haberme pasado un documento para leer, me consulta mi opinión al respecto. Le digo que en general estoy de acuerdo, pero tengo varias dudas y comentarios que hacer. Su rostro transmutó en algo parecido a una máscara de cera oscura que contrastaba aún más con su cabellera alba. Por supuesto que estás de acuerdo, me dice molesto. En ese momento no entendí cabalmente el alcance de su afirmación, lo atribuí más bien a una cierta arrogancia propia de algunos dirigentes del Partido que creían saberlo todo y que uno, por ser joven, no había alcanzado ni podía jamás alcanzar sus niveles de erudición. Pero el problema era mucho más profundo: El Partido y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez transitaban por derroteros paralelos y sinuosos. Lo que percibíamos muchos, pero de lo cual no conocíamos detalles, era una realidad, por lo que el encuentro con los compañeros en Buenos Aires se enmarcaba en este conflicto. El Partido hacía un tiempo estaba intentando desmantelar el Frente y limitar el trabajo militar. Por su parte, aquellos que pensaban que

la derrota de la dictadura pasaba por mantener el accionar armado, intentaban fortalecer el Frente. Miguel, el compañero que no había contenido las ganas de ir al baño, me reitera la necesidad de quedarme en Argentina, porque se necesitaría sostener el trabajo en el exterior también. Repito que no, que entiendo las razones, que comparto la posición que ellos postulan, pero que pienso que sería de mayor utilidad al interior del país y no en Buenos Aires. Se produce un largo silencio quebrantado solo por la pregunta de Miguel: ¿Tienen hambre? Sí, respondimos al unísono, aunque sin demasiada convicción. Entramos a una pizzería, miramos el menú y escogimos las más baratas. No alcanzó para bebidas. Proseguimos la conversación en medio de un cenagal de información que excluía la posibilidad de arribar a conclusiones definitivas a observadores externos o, incluso, a militantes como nosotros que llevábamos muchos años en política. Había retazos de información, datos contradictorios, compañeros que decían una cosa y otros que los desmentían. Confusión. No obstante, una cosa estaba clara: el Partido y el Frente tenían proyectos políticos diferentes. Entonces, ya fuera en Argentina o en Chile, mi accionar estaría indeleblemente marcado por este proceso.

La verdad es que no sabía bien qué decir, por un lado se arremolinaban las ganas de estar en Chile y, por el otro, la necesidad de llevar a cabo una misión esencial como era la de contribuir a la reconstrucción de las bases de una retaguardia debilitada. Llegamos a un compromiso, sería por un corto tiempo y asumiendo tareas muy concretas de establecimiento de una red de inteligencia, de trabajo de documentación falsa, de vínculos políticos bajo una cobertura legal, aunque de bajo perfil. Así lo hice, pero los resultados no fueron los que uno esperaría, pienso. Se avanzó en todos los ámbitos y se hicieron cosas, pero los efectos prácticos fueron casi siempre limitados, al menos en el corto plazo. A pesar de lo anterior, se formaron equipos de trabajo que no se cruzaban; nunca supe de su existencia ni de lo que hacían ni ellos de lo que nosotros hacíamos. Trajimos material desde otros países que posteriormente se ingresó a Chile; trasladamos documentación desde y hacia el interior; ocultamos

compañeros con problemas de seguridad; reclutamos decenas de ayudistas locales. Tuvimos y operamos uno de tres faxes que tenía el Frente, uno de los grandes avances tecnológicos para los tiempos. Otro estaba en Santiago y otro en Europa. Horacio era el nombre en clave de esta tecnología de punta del dispositivo de impresión térmica. Era sencillo de operar, pero en esos tiempos constituía no solo una novedad, sino también un desafío para nosotros; reto que posiblemente los niños de hoy mirarían con una sonrisa tatuada en la cara. O ni siquiera sabrían cómo usarlo o se preguntarían para qué usaba papel e imprimía los mensajes cuando actualmente es todo digital y muchísimo más expedito. En todo caso, las comunicaciones las hacíamos normalmente en las noches en la habitación de un departamento cuyo dueño no sabía de la existencia del aparato, aunque sí tenía conocimiento de quienes éramos. La conexión a veces era rápida, a veces no. Uno escribía un mensaje y debía esperar la respuesta que salía impresa en papel. Por prevención nunca estábamos demasiado rato conectados y, que yo sepa, Horacio nunca fue detectado. Por ahí debe andar como veterano de guerra en algún desván de Buenos Aires. Una ciudad de dulce y agraz donde hube de quedarme más de lo presupuestado, donde el trabajo de inteligencia progresó poco, el calor era insoportable, las tormentas tropicales te sorprendían en mitad de la calle. Nunca llegó ayuda económica, de manera que pasé mucha hambre, recurrí a unos amigos para dormir en una pieza. Uno de ellos trabajaba en una pizzería y terminaba su turno en la madrugada, yo lo esperaba despierto hasta las 2 de la mañana para comer los restos de masa con mozzarella que traía del trabajo. Cuando lo echaron de la pega me quedé sin nada. Estuve una semana sin comer hasta que recordé que en algún momento cuando recién había llegado a Argentina alguien me presentó a un compañero del Partido que tenía un pequeño restaurante en una calle central de la ciudad. Recordaba el nombre de la calle y que, además, estaba ubicado en una galería, pero no tenía idea dónde era exactamente. Obviamente, como todo en Buenos Aires, era una avenida interminable. La avenida Santa Fe tiene ¡¡¡40 cuadras!!! Afortunadamente re-

memoraba vagamente las coordenadas que la situaban en una zona circunscrita a 20 cuadras. Empecé el recorrido e ingresé a todas las galerías buscando el maldito restaurante y las tripas sonando cada vez más estruendosamente. De pronto di con un restaurant minúsculo ubicado al fondo de una galería. No sabía con certeza si era el que buscaba, tampoco conocía el nombre del compañero, miré por la vidriera que daba al pasillo. No había ningún hombre, sólo 3 mujeres. Era tanta el hambre que decidí entrar igual. Buenas tardes, dije. ¿Puedo hablar con el dueño por favor? ¿Con cuál de los dos?, me respondieron. Dudé por unos segundos y justo en esos momentos desde detrás del mostrador emerge el compañero, me reconoce, me mira extrañado, pero me saluda amablemente. Me lleva hacia un costado y me pregunta qué pasa. Le digo que nada, que tengo hambre y que no tengo ni un peso, que si me puede ayudar y después le pago. Claro, me dice. Al rato vuelve con un plato de carbonada; de segundo, carne al jugo con arroz, pan y pebre. No recuerdo si comí postre. No me podía mover. Le agradecí la comida, salí a la avenida Santa Fe agradeciendo que fuera tan larga para poder bajar la comida y no importándome el diluvio que ineluctablemente se dejaría caer en cualquier momento, porque ya todo daba igual.

Pero no daba igual estar en Buenos Aires que en Santiago. Por eso ahora, después de tomarnos el café y hacer hora, salimos con paso presuroso, pero sin correr. Caminamos por la calle Holanda en dirección sur, doblamos por Lota hacia el oriente y hacia nosotros ya venía acercándose una compañera joven quien, claramente, conocía a Fernando; lo saludó con un beso, a mí también, y nos llevó por una calle lateral hacia un automóvil que nos esperaba con el motor andando y un compañero al volante. Fernando se despidió, subí al auto mirando de inmediato hacia el piso y, por ende, no supe adonde me llevaron, tan solo que nos demoramos alrededor de 20 minutos en llegar a destino. Entramos al estacionamiento o garaje de una casa y nos bajamos. En la casa ya se encontraban otros cinco compañeros. Me miraron con una mezcla de extrañeza y desconfianza, o así lo sentí. Pensé que era natural, después de todo nunca me habían visto

antes, mas al poco tiempo conocería las razones de aquella desconfianza que poco o nada tenían que ver conmigo sino que eran mucho más profundas. Se relacionaban con las crecientes divergencias entre el Partido y el Frente y al interior del propio Partido comunista por el papel que debía desempeñar la lucha armada. La reunión se llevó a cabo como estaba planificada, discutiéndose latamente la situación política de ese momento, particularmente lo que representaba hacer frente a los desafíos de ese año.

Cuando terminó la reunión ya era de noche y, nuevamente, me sacaron en auto de la casa, dejándome en algún lugar en Ñuñoa, creo. Lo irrefutable es que yo estaba totalmente perdido y preocupado, además, porque al día siguiente tenía que juntarme con un hermano quien me daría las instrucciones definitivas acerca de la misión que debía cumplir en la organización. Entonces no podía fallar. Decidí indagar detalles acerca de las coordenadas para llegar de la mejor forma a un café en Providencia sin decir adónde iba. Al final me dijeron que era muy fácil ubicarse en la ciudad porque la cordillera de los Andes estaba al oriente y, por lo tanto, era el punto de referencia ideal. El problema es que la mayor parte del año la cordillera desaparecía con el esmog y, cuando era visible, también se veían otros cerros. Los santiaguinos sabían que era la cordillera de la Costa o el cerro Renca o el cerro Colorado o el cerro Blanco o qué sé yo, cualquier otro, pero a los afuerinos como yo se nos aparecía la cordillera por todas partes y yo solo necesitaba ir a una cafetería en Providencia. Al otro día, luego de dar innumerables vueltas por Las Condes y por la misma comuna de Providencia —no por estar extraviado— sino para asegurarme que nadie me seguía, arribé al lugar designado. Eran las 12:30 horas de un día jueves y, sentado en una mesa, me esperaba un compañero. La señal visual —necesaria para identificar a la persona que debía contactar y a quien no conocía— era una cajetilla de cigarrillos Life, un diario abierto en la sección deportiva y un encendedor azul. Solamente al ver aquellos tres elementos podía acercarme a la mesa, pero además, para garantizar que estaba todo bien y no caer en una trampa enemiga, uno siempre debía utilizar también una señal oral. Aquí, yo debía preguntar: Disculpe, ¿me puede decir dónde queda la Plaza de Armas? Y la

contraseña, lo que debía contestar el compañero, era: está muy lejos, mejor tome un taxi. Solo entonces ambos podíamos tener la convicción de que había normalidad y podíamos efectuar el contacto. Así lo hicimos, nos saludamos, intercambiamos un par de palabras, el compañero pidió la cuenta y nos fuimos. Caminamos en dirección norte, tomamos una micro hacia el centro, nos bajamos cerca del metro El Salvador, cruzamos el río Mapocho por el puente del Arzobispo y aterrizamos en la Costanera Norte. Dimos varios rodeos por las calles del barrio Bellavista hasta llegar al restaurant Galindo en la calle Dardignac. Nunca había ido ahí, pero aquella antigua casona colorida portaba reminiscencias de Valparaíso y de los barrios de San Telmo y La Boca en Buenos Aires, donde sí había estado muchas veces. En el Galindo se come bien y es barato, comida casera, afirmó con una sonrisa el hermano desconocido, aconsejándome probar los porotos con rienda. Dudé de su sugerencia, porque aunque me encantan las legumbres, consideraba poco prudente el consumir un almuerzo tan pesado ante la eventualidad de tener que salir rápidamente del lugar, escapar, correr. Pero al mirar de reojo los succulentos y humeantes platos que devoraban otros comensales alrededor nuestro, me rendí sin mucha resistencia y ordené porotos con la esperanza de que no pasara nada hasta por lo menos el día siguiente. El compañero pidió lo mismo y mientras esperábamos la comida comenzamos a conversar acerca de mi misión en la organización. Ese era el propósito de este segundo encuentro. El anterior, con el hermano de la Dirección Nacional, fue de vinculación a través de otro compañero con quien habíamos trabajado en Argentina. En esa oportunidad la decisión fue que debía quedarme en la capital e incorporarme a una estructura específica inmediatamente. Ahora se trataba de asignarme una misión determinada y definir las tareas asociadas a dicha responsabilidad. Así, en medio de la escandalera de tenedores, cucharas y aroma a albahaca, el compañero me comunica que debía integrarme al Mando Zonal de Santiago. Francamente nunca esperé que el compañero me informara de tal misión. Lo quedé mirando fijamente sin musitar palabra alguna, pensando que había oído mal, que la barahúnda circundante, propia de la hora de almuerzo en el popular restaurante, me había jugado

una mala pasada. Porque el Mando Zonal era una de las estructuras más importantes de la organización y yo no me sentía preparado para asumir una responsabilidad de tal magnitud. Además, no me parecía justo ser designado para dicha misión cuando había muchos otros compañeros y compañeras más experimentados que yo y que llevaban mucho tiempo combatiendo a la dictadura acá en el país, arriesgando sus vidas día a día. Por cierto que tenía la voluntad y el deseo de aportar donde fuese en la lucha contra la dictadura, pero sentía que formar parte de una jefatura de manera tan expedita era complejo y, además, algo apresurado. Nada dije, escuché las instrucciones que se me daban, y recibí el vínculo para contactarme con el hermano del Mando Zonal dos días después. Salí del lugar con sentimientos encontrados, por un lado vibraba con la alegría de poder finalmente combatir de modo directo al enemigo —no desde la retaguardia en el extranjero— y, por el otro, aquilataba el peso de la ingente responsabilidad que conllevaba formar parte del Mando Zonal. No tenía claridad absoluta de la misión, solamente lo que se me había informado en la reunión que, en términos generales, era el aseguramiento político de las misiones que se llevaban a cabo. En otras palabras, garantizar que las acciones realizadas por el Frente tuvieran un contenido político y no meramente militar. Esto decía relación con la creciente preocupación que tenía el Partido con el Frente el cual —según la apreciación de sectores conservadores de la organización— había adquirido una autonomía desmedida. Una peligrosa libertad que cuestionaba la disciplina comunista y la línea política del Partido que, a esas alturas —año 1985 y especialmente 1986— se hacía cada vez más errática, según mi parecer. O siempre fue errática, porque parte considerable de la dirección jamás estuvo convencida de la política militar. Y poco a poco los sectores más conservadores y reformistas fueron ganando terreno y neutralizando a aquellos sectores convencidos de que la única manera de derrotar a la dictadura era utilizando todas las formas de lucha, incluida la armada. Es en este contexto que el Partido comienza a intervenir el trabajo militar del propio Partido y más aún del Frente. En lo que a mí respecta, supongo que de algún modo se me veía como hombre

del Partido, militante leal y confiable que por mi historial de actividades eminentemente políticas e ideológicas en la organización podía ejercer el rol de supervigilar lo que se hacía en el Frente. A pesar de desconocer todos los detalles del debate que se verificaba al interior del Partido y la lucha ideológica entre este último y la Dirección del Frente en términos estratégicos de cómo enfrentar a la dictadura, mi posición estaba con la política de Sublevación Nacional y no por la claudicación de esta estrategia de lucha. A comienzos de los ochenta la dirección del Partido Comunista, o al menos un sector de ésta, había resuelto implementar la política de Rebelión Popular de masas que incluía el elemento militar. En 1983 había surgido el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y gradualmente se habían ido generando las condiciones para elaborar y ejecutar la estrategia de Sublevación Nacional. Esta consistía en la conjugación de varios elementos: paros, huelgas, movilizaciones callejeras, sabotajes, autodefensa, toma de radioemisoras para emisión de proclamas, cortes de vías, copamientos de centros urbanos y golpes a las Fuerzas Armadas y organismos de seguridad. Esto último llevado a cabo por la fuerza propia, fundamentalmente del Partido y del Frente. El FPMR no estaba pensado para un enfrentamiento frontal contra las Fuerzas Armadas o para el aniquilamiento del enemigo, sino que para asestarle golpes sorpresivos. Se trataba más bien de estar siempre vinculado al movimiento popular. Esto es lo que estábamos convencidos hacía el Frente y ya no estaba haciendo el Partido. La situación ya la habíamos conversado con hermanos con los cuales compartíamos la misma visión —tanto en Argentina como en Chile— y seguíamos trabajando sin respetar lo que dijese o quisiese el Partido. Entonces, más allá de las intenciones de un sector minoritario de la Dirección del Frente cercano al Partido que me destinaba a la Jefatura de Santiago a cumplir una tarea política a instancias del Partido, lo definitivo es que yo iba con la misión de desarrollar un trabajo político-militar muy preciso, previamente discutido con otros compañeros con quienes confluíamos en una postura política e ideológica común que se alejaba cada vez más de la del Partido Comunista.

Para mí, por razones que no alcanzaba a comprender, percibía que un sector de la dirección del Partido se había alejado de posiciones revolucionarias y había renunciado a la posibilidad de derrotar a la dictadura. O no quería comprender, porque era demasiado doloroso admitir que el Partido de toda una vida, aun siendo tan joven, no era —o quizás nunca fue— lo que uno pensaba. Después de todo uno seguía sintiéndose comunista, solo que ahora el ser rodriguista, ser miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, era el modo de ser comunista. Por ello era natural que muchos de nosotros continuáramos la lucha en el terreno político-militar, aunque la dirección del Partido decidiera desarbolar el Frente. Por consiguiente, mi designación en la Jefatura de Santiago del Frente, si bien es cierto se produjo a través del Partido, se relacionaba más con mi propia convicción del inalienable y legítimo derecho a la rebelión ante una tiranía. Por eso yo ya trabajaba en conjunción con otros hermanos que habíamos tomado la decisión de proseguir impulsando la estrategia de Sublevación Nacional, aunque el Partido renunciara a ésta. Era esta última misión lo que me incomodaba, pues si bien es cierto no existía exactitud aún de qué se trataba el rol exacto, uno podía imaginar lo que implicaba. Además, conocía perfectamente mis capacidades y mis limitaciones y de alguna manera tenía la sensación de que los compañeros —que posteriormente conformarían la Dirección de lo que se conocería como el Frente Autónomo— estaban sobrevalorando las primeras y subvalorando las segundas. Y esto me preocupaba sobremanera, pues me desvelaba la idea de no poder cumplir con las expectativas puestas en mi futuro trabajo, pero más aún me aterraba cometer errores que pudiesen costar vidas de hermanas o hermanos rodriguistas.

Posteriormente me enteraría de que no era inusual que sucediera este tipo de cosas. A Marcos le pasó algo similar. La Dirección le asignó la misión de hacerse cargo de Santiago un par de años antes y él también pensó lo mismo que yo, manifestándole a Cecilia Magni —la comandante “Tamara”, quien sería asesinada en 1988— que él no creía estar listo para asumir dicha responsabilidad. Marcos tenía mucha más experiencia combativa y había estado en tareas militares

desde los primeros años de la resistencia contra la dictadura. Primero en la universidad en Concepción como militante de las Juventudes Comunistas, realizando acciones de exploración y recolección de información, aprendiendo métodos conspirativos y contra-inteligencia. Fue allá en tierras sureñas donde efectuó las prácticas de tiro en los roqueríos de la zona y también sus primeras acciones. Después vinieron otras misiones de mucho mayor envergadura en Valparaíso y, posteriormente, en la zona de Rancagua, pero aun así Marcos no se consideraba apto para hacerse cargo de Santiago. La humildad propia de miles de combatientes que lo dieron todo en la brega antidictatorial, de aquellos que nunca pidieron nada y que nunca dijeron nada. Peor aún, jamás nadie les ha reconocido el aporte decisivo que realizaron para que hoy otros puedan decir, escribir y cantar lo que ellos y ellas no pudieron decir ni escribir ni cantar porque se les iba la vida en ello. De hecho, Marcos se hizo cargo de su responsabilidad en la capital el mismo día que murió Tatiana Fariña, una compañera que fue destrozada por una explosión en la municipalidad de Lo Prado en el sector poniente de Santiago. A Tati se le escurrió la vida a sus escasos 19 años por entre centelleos de fuego sin siquiera saber cómo, aunque los compañeros advierten que ella fue detenida y torturada en el cuartel Borgoño de la CNI y luego —tal como hicieron con otros combatientes— la asesinaron antes o le adosaron explosivos y la hicieron estallar a modo de escarmiento e intimidación a otros. A él, recién asumido su cargo, le preguntaron si sabía cómo ubicar a la familia de la compañera “Katia” —su chapa o seudónimo— porque había habido un estallido, ella no había llegado y nada se sabía de su paradero. Marcos la conocía, pues Tatiana era también de Concepción, penquista de corazón grande que poco tenía que ver con su frágil apariencia y diminuta estatura que hacían imposible adivinar la fortaleza y decisión de aquella hermana que ofrendó su vida por la democracia sin jamás conocerla. O si hubiese conocido esta democracia nuestra de cada día se hubiese vuelto a morir.

Esto me lo contó Marcos muchos años después en un cerro del puerto. Con tristeza lo hizo, a pesar del paso del tiempo, porque a veces es la distancia lo que a uno lo golpea con más fuerza. Porque

en esos momentos, en aquel mayo de 1985, él no sintió angustia, sino solamente rabia; no era indolencia, más bien la necesidad imperiosa de redoblar los esfuerzos por terminar con la dictadura. Aun así, en el pozo de sus ojos creí vislumbrar una brasa gélida, acaso una especie de furia acumulada por la derrota, pero acompañada de una inmensa pena por todos aquellos que ya no están y a quienes pocos recuerdan. Como al Pato González, un hermano del Frente que murió combatiendo en Puente Alto protegiendo la retirada de sus compañeros ¿Quién de todos los que ahora están en el gobierno o en el parlamento saben que “Cesar” cayó luchando para acabar con la dictadura? Es más, a muchos de ellos les importa un carajo aquel trabajador valiente que un día decidió tomar las armas porque quería terminar con el terror que se había entronizado en el país, su país. Apenas bordeaba los 23 años cuando fue acribillado por carabineros y militares del regimiento de Ingenieros N° 2 de Puente Alto.



Combatientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Fotografía: Rodrigo Casanova

La Jefatura de Santiago, el comandante Benito y 15 mil pesos para hacer la revolución

La tibia tarde primaveral porteña en la que Marcos evocaba a Tatiana y Patricio, distaba mucho de aquel atardecer santiaguino hace ya tres décadas cuando me encontré por vez primera con el compañero del mando Zonal. Con Ignacio Valenzuela, el comandante Benito, nos juntamos en una fuente de soda en la zona de Estación Central. Llegué primero, acompañado de un compañero con quien había tenido un punto en un lugar relativamente cercano. Pedimos un café y esperamos que llegara Ignacio. Lo hizo sonriendo, como siempre lo hacía cuando nos veíamos. Vestía su infaltable chaqueta de cuero y su pañuelo al cuello. Me saludo afablemente, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, se sentó a la mesa, ordenó un café, intercambió un par de palabras con nuestro acompañante quien al poco rato se despidió de nosotros. Quedamos solos, conversamos sobre asuntos triviales. Me preguntó cuánto me demoraría en hacer un informe acerca de la situación económica en el país, que si lo podía hacer en tres días. Pero requería un análisis académico, no un simple análisis político de coyuntura. Me llamó la atención su petición por lo inesperado y por el poco tiempo disponible para poder cumplir con la tarea. Le comuniqué que podía hacerlo, pero no en ese lapso, era imposible. Lo que más me sorprendió fue que me lo solicitara, puesto que significaba que sabía demasiado sobre mí. Yo era sociólogo, pero había hecho mi tesis de master en Inglaterra sobre el proceso de acumulación capitalista y el modelo neoliberal en Chile bajo la dictadura. Pero ¿cómo podía saberlo Ignacio? Después de todo, una norma elemental de seguridad es mantener siempre la compartimentación y el secreto, es decir, no saber nada del otro —excepto que ya conozcas a alguien desde antes— y no cruzar

las estructuras, no conocer a los compañeros que trabajan en otras áreas, que desempeñan otras tareas. No dije nada, señalé que no era tiempo suficiente para realizar el informe. Ignacio solo sonrió y me dijo que no importaba, que no me preocupara. Que nos juntaríamos al día siguiente con otro compañero del Mando para explicarme el funcionamiento de la estructura. Ah, me dice, tendrás un estipendio de 15 mil pesos mensuales para tus gastos. Te digo inmediatamente que no te alcanzará así que te aconsejo que te consigas un ayudista, alguien que te pueda suplementar el ingreso porque te tendrás que dedicar a tiempo completo a la revolución. Salimos del café, Ignacio en dirección poniente y yo en dirección oriente con 15 mil pesos en mi bolsillo izquierdo para hacer la revolución, sabiendo de antemano que no me iba a alcanzar.

Caminé por calles laterales, siempre hacia el sur, mientras la noche caía sobre la ciudad. Cavilando iba. Recordaba a un compañero de las Juventudes Comunistas de Valparaíso que se había transformado en funcionario, es decir, había abandonado todo para ser un revolucionario profesional. En esa época, con tan sólo 14 o 15 años, para mí eso era inconcebible e incomprensible; también fascinante que alguien tuviera el coraje de hacerlo, de atreverse a dejar carrera, profesión, no sé, todo, por sus ideales. En ello pensaba cuando retornaba nuevamente a la Alameda para tomar locomoción hacia la Avenida Grecia donde vivíamos momentáneamente con mi compañera en el departamento de unos amigos. Era una pieza que ellos nos facilitaban mientras conseguimos algo para nosotros. A Rocío la conocí en Londres en una actividad del Frente, creo que fue en 1984 u 85. Yo había ingresado al Frente y cumplía algunas tareas en Europa, siendo aún militante del Partido comunista. La actividad había sido organizada por un colectivo de organizaciones chilenas y otras solidarias con la lucha del pueblo chileno: palestinas, turcas, sudafricanas, creo. Ella controlaba la puerta con mano de hierro. Yo entré como cualquier mortal y aquella niña de 19 años, según supe después, apenas me miró, timbró mi mano y prosiguió con su labor. Quedé medio desconcertado y medio alucinado con su cara de virgen del siglo XV, aunque no era ni virgen

ni menos aún del siglo XV. Me senté en el lugar más alejado y más oscuro del recinto tratando de pasar desapercibido, tarea imposible, puesto que llevaba tiempo estudiando y trabajando en Irlanda e Inglaterra y conocía a mucha gente exiliada. Pero a ella no. Y mientras escuchaba el himno del Frente cantado por Patricio Manns, conjeturaba quién sería esa joven de quien ya me había enamorado perdida e inexorablemente para siempre. Esto a pesar de ser casado y tener dos hijos, pero el amor es así: viene y va sin aviso previo. Como el viento, como los temblores, como el Che Guevara, como los sandinistas en Nicaragua. El amor es capaz de promover huracanes de choroyes y estallidos de luciérnagas porque viene y va sin aviso previo. Por eso fue amor a primera vista, aunque ella no tenía idea, al fin y al cabo vivía en otro siglo. No sabía quién era, si era chilena o iraní, palestina o kurda. La busqué por un mes preguntando en todas partes, pero nadie la conocía. Además, era difícil descubrir su identidad solo describiéndola como una virgen del siglo XV, de manera que tuve que recurrir a todo mi ingenio para encontrar su paradero. Finalmente supe que era chilena, lo cual sirvió para acotar la investigación. También que era militante de la Jota –Juventudes Comunistas– lo que facilitó aún más la búsqueda, aunque todavía no averiguaba su nombre o lugar de residencia. En algún momento me enteré de que en una casa determinada habría una reunión de la Jota y me las arreglé para asistir con la excusa de conversar con una compañera que también iría. Yo no participaría en la reunión, solamente llegaría antes para encontrarme con la compañera y me demoraría lo suficiente para ver si a esa casa llegaba la virgen no-virgen que nadie conocía. De pronto apareció como levitando en un pasillo cuando yo ya me iba. Solo alcancé a divisarla lo suficiente para preguntar casualmente su nombre, como si no me importara mucho. Rocío creo que se llama, apuntó una compañera sin mucha convicción o interés. No dije nada más. Salí de la casa perdiéndome en la sempiterna lluvia londinense bajo una imperceptible luna.

Ahora me perdía en la noche santiaguina, pensando en las razones que tendría el comandante Benito para pedirme hacer un análisis de la situación económica cuando, la verdad, intuía que debía estar

preocupado de cosas mucho más relevantes. Porque a mí lo único que me interesaba era darle al enemigo donde más le doliera y ese era el terreno militar. No podía ni quería olvidar que el mayor desacierto del gobierno de la Unidad Popular fue el no haber tenido una política de defensa de la revolución. O haber sido tan ilusos de suponer que en la eventualidad de una crisis política terminal un sector de las Fuerzas Armadas se alinearía con el pueblo. Toda la historia de Chile, salvo acotadas veces, indicaba lo contrario: los militares siempre defendían los intereses de las clases dominantes. Fuesen estos terratenientes, empresarios, comerciantes, agricultores, capitalistas nacionales o transnacionales, bancos o financieras, las Fuerzas Armadas y la policía asumían obsecuentes su papel de sicarios y mercenarios. La Derecha siempre supo cuándo, cómo y dónde golpear. La Izquierda nunca entendió esto, o al menos un segmento de ésta. Por eso, antes del golpe de Estado, el Partido nos decía que estuviéramos tranquilos, que cuando llegara el momento el Partido nos haría llegar las armas. Pero las armas nunca llegaron. Mientras tanto los grupos paramilitares fascistas de la Derecha y demócrata-cristianos, nada esperaban, ni estaban tranquilos. Sencillamente actuaban, porque sabían muy bien cuándo, cómo y dónde golpear. Y tan bien lo sabían que nos asestaron un golpe mortal el martes 11 de septiembre de 1973. Y las putas armas nunca aparecieron, pero a pesar de ello hubo resistencia, conatos aislados sí, pero constituyeron los cimientos de una arquitectura de resistencia fraguada a pulso en medio de la represión. Fueron muchos los hermanos y hermanas que en la clandestinidad o realizando trabajo conspirativo de hormiga comenzaron a erigir una organización paramilitar. Muchos se formaron acá en el país y otros afuera, gracias a la solidaridad internacional. Algunos quedaron en el camino, consumidos por el desgaste del trabajo, encarcelados, torturados, asesinados. Quién sabe. Otros más continuaron luchando hasta el final, creyendo que con el advenimiento de la democracia todo cambiaría en nuestro país. Pronto se percataron de que parte de la clase política negoció con la dictadura, y a espaldas del pueblo comenzaron una transición tan larga

que dejó de ser transitoria. Ellos no quedaron en el camino, sino que los dejaron en el camino. Como dejaron a los desaparecidos, a las mujeres violadas, a los exiliados, a los torturados. Bajo un manto de impunidad los dejaron. Pero por alguna razón los desaparecidos siempre aparecen: por entre las nubes, las rocas, los cuernos de los unicornios. La mirada de un desaparecido siempre se le clavará en la frente a su asesino y hará temblar el corazón de aquel que le negó la justicia en esta democracia pactada. Porque digamos las cosas por su nombre: los militares y los civiles de derecha mataron durante la dictadura, y los gobiernos de la Concertación mataron de nuevo a los asesinados al enterrarlos bajo cien metros de impunidad.

Pero en esos momentos yo no deliberaba sobre esto, mientras observaba la ciudad pasar delante de mis ojos por la avenida Pedro de Valdivia camino a Grecia, pensaba en los albuces de la vida que desplaza a los seres humanos a puertos inesperados. Andrés fue formado en Cuba como combatiente clandestino; Deys Huerta, compañero de la Juventud Comunista en Valparaíso y del Liceo Eduardo De La Barra, fue oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y combatiente internacionalista en Nicaragua donde perdió la vida. Yo ni estuve en Cuba ni combatí en Nicaragua, pero estuve cerca de ambos lugares. Al final me formé militarmente o paramilitarmente o casimilitarmente o politicomilitarmente o de todo un poco, en Irlanda, en la República Democrática Alemana (RDA) y en Chile. Muchos de nosotros —los que todavía no podíamos regresar a Chile porque el Partido así lo había decidido— siempre quisimos ir a Nicaragua a solidarizar, no desde la distancia, sino que en terreno y con las armas, a la lucha del pueblo nicaragüense contra la dictadura de Somoza. Luego del alzamiento popular en 1978 que, si bien es cierto no culminó con un triunfo militar, puesto que no se logró el objetivo diseñado de tomar los cuarteles de la Guardia Nacional, constituyó un gran triunfo político porque de ahí en adelante la insurrección de masas parecía imparable, pensamos que se daban las condiciones para poder por fin partir a Nicaragua. Era incorrecto. El Partido optó por persistir en su política ambivalente, al menos en

lo concerniente a nosotros, ya que –al parecer– era más meritorio estudiar, realizar trabajo en el ámbito de la solidaridad, un ejercicio político o diplomático para conseguir apoyo a la lucha de nuestro pueblo y al aislamiento internacional de la dictadura. Todos fines loables y necesarios, sin duda, pero cuando uno tiene 22 años, ha sido torturado, encarcelado, ha visto a sus amigos y compañeros pasar por lo mismo y, además, ver desmoronarse violentamente un sueño hermoso, todo eso vale un carajo. Y si no puedes aún retornar a tu propio país, entonces puedes al menos acercarte un poco más si vas a Nicaragua o El Salvador, que están luchando su propia guerra. O si esto no era posible, ir a Mozambique, Angola, Sudáfrica, Zimbabue, Palestina o a cualquier parte del mundo donde hubiera dictaduras de cualquier signo.

Empero, uno era comunista: disciplinado, consecuente, acético. La palabra del Partido era sagrada, porque el Partido jamás se equivocaba, entonces uno obedecía y continuaba languideciendo en el exilio y auto convenciendo de que adquirir un título profesional podría ser útil. Después de todo, la sociología, la ciencia política y la economía podían servir para comprender los fenómenos mundiales pasados, presentes y futuros. Aunque mientras asistía a clases o pasaba horas en la bella y extraordinaria biblioteca de la universidad más antigua de Irlanda, fundada en 1592, discurría que me daba lo mismo, porque sabía lo suficiente para entender que si en Chile o en América Latina asesinaban a mis hermanos y hermanas no necesitaba ni profesión ni carrera ni academia para combatir a los hijos de puta que lo hacían. Que los compañeros en nuestro país no tenían que ir a universidad alguna para darse cuenta de que los estaban reprimiendo, que los estaban haciendo desaparecer. En fin, que había dictadura y que para enfrentarse a ésta la universidad estaba demás –o mejor dicho– podía ser parte de tu formación, pero a los militares no los puedes confrontar solamente con ideas. Estas pueden dañar, molestar, hilvanar oraciones, ofender, movilizar, crear conciencia, pero las balas matan. Ese es el problema: las palabras te hieren, las balas te matan. El Partido Comunista por décadas pre-

firió lo primero y las Fuerzas Armadas y la Derecha por décadas optaron por lo segundo, y el resultado fueron masacres de obreros y campesinos, de mapuche y estudiantes. No era responsabilidad de los comunistas, por supuesto, que fueron siempre reprimidos, sino que de las clases dominantes. El punto es que se entendía la historia –o entendíamos la historia– de manera monocromática y mecanicista. Así se comprendía la revolución y uno de los corolarios es que la política del Partido era esencialmente reformista. No tengo derecho a decir que estaban errados, porque fueron millares de comunistas dignos y consecuentes que entregaron todo sin pedir nada a cambio en nombre de la revolución. Pero sí puedo decir que en algún momento el Partido se inclinó hacia un lado de la historia que bordeaba el reformismo, el consenso y el acuerdo con sectores de la burguesía, más que acercarse a la toma del poder. También tengo el deber de asumir mi responsabilidad –sea ésta mayor o menor– en ser uno de aquellos dirigentes medios que recibía y transmitía ordenes partidarias sin compartirlas. O que las obedecía disciplinadamente, aunque no estuviese de acuerdo con ellas. Entonces, no fui a Nicaragua después del alzamiento de 1978. Con posterioridad al triunfo de la revolución sandinista en julio de 1979, el imperialismo norteamericano y las fuerzas reaccionarias nicaragüenses comenzaron inmediatamente una campaña contra-revolucionaria. El presidente Ronald Reagan y la CIA, entre otras agencias, organizaron, financiaron y armaron campamentos de mercenarios en Honduras. Allí fueron entrenados por agentes estadounidenses y argentinos. Eran los Contras que iniciaron una feroz y cruel guerra contra el pueblo nicaragüense, que costó miles de vidas.

Fue en este contexto que, en 1981 me parece, el Partido me comunicó que iría a la RDA a un curso de formación político-militar para eventualmente retornar a Chile, aunque el destino más probable era Nicaragua, ya que la guerra contra la Contra estaba recién comenzando y se necesitaba gente allá. Estaba feliz. Conversé con mi compañera, le expliqué que me ausentaría por un tiempo y que no se preocupara, aunque no podría comunicarme con ella, porque

en esos tiempos no había celular, ni internet, ni Skype ni ninguna de las maravillas tecnológicas actuales. Pero ella comprendía, porque también militaba en el Partido. Nada dijo, fuera de: cuidate. Nos despedimos con un beso. Ambos percibíamos, creo, que desde ahí en adelante nada volvería a ser igual.

Partí hacia Inglaterra, luego a Francia, Bélgica, Polonia y Berlín del Este. Ahí, en algún lugar en las afueras de la ciudad o en el campo, no sé exactamente dónde, estaba la escuela. La instrucción incluía clases de marxismo, prácticas de tiro, primeros auxilios, inteligencia y contra-inteligencia. De hecho, en lo personal, el énfasis fue en este último campo, lo cual a juzgar por mi historia ulterior, de poco sirvió. Aun así, fue la primera vez que sentí que el Partido en el exterior se tomaba medianamente en serio el tema militar. Estaba equivocado. El encargado militar del Partido en ese momento, más otro compañero, me llama a conversar y me dice que habían estado discutiendo mi situación, que les interesaba que trabajara en el área de inteligencia. Que yo era demasiado valioso para irme a Nicaragua o retornar a Chile. Lo escuché atónito, pero en silencio. Sinceramente, continuó, es que para la guerra necesitamos gente joven de 18 o 19 años y además solteros, sin familia, sin compromisos, sin ataduras. Usted compañero, acota, es gente instruida, nos puede ser de gran utilidad. Yo seguía estupefacto. Apretando los dientes y mordiéndome la lengua para no mandarlos a la mierda. Primero: ellos me llevaron al curso para supuestamente ir a Nicaragua y luego regresar a Chile. Yo no lo pedí. Segundo: me parecía una soberana estupidez ponerle edad a los revolucionarios ¿O es que antes de los 18 y después de los 19 no se puede hacer la revolución o la guerra? Tercero: decirme que ser casado era un problema, era otra forma de decir que no importaba mandar a otros compañeros o compañeras jóvenes a la guerra, que se podían morir, no tenían familia ¿Y sus padres, madres, hermanos y abuelas? Lo peor de todo es que lo verbalizaron con absoluta calma y pomposidad, como si me estuviesen haciendo un favor. El encuentro se llevó a cabo en un enorme salón de la escuela, en una noche fría de invierno. El responsable de lo que

se denominó la Tarea Militar del Partido, estaba sentado en un sillón de respaldo marrón y el otro compañero, su subalterno, sentado a su diestra en otro sillón. Yo en una silla al otro lado de una gran mesa desnuda de madera antigua. En ese tiempo para mí los viejos del Partido eran eso: los viejos del Partido, los hombrones. La palabra primera y la última. El Verbo divino. Por eso el Partido no erraba. Y si uno a veces dudaba o creía que algo no encajaba en alguna decisión o política adoptada por la Dirección, siempre existía la posibilidad de que los viejos –con su ancestral sapiencia– escudriñaran bajo el agua y supieran cosas que nosotros ni siquiera imaginábamos. De esta forma nos conformábamos y reconfortábamos entre nosotros los militantes. Es lo que sucedió en ese instante cuando, a pesar de que les dije lo que pensaba, no lo hice confrontacionalmente porque supuse que ellos sabían algo que yo no sabía. Sí les señalé que yo volvería a Chile pasara lo que pasara, con Partido o sin Partido. Ambos se miraron, me miraron sincronizadamente, los miré en la más absoluta de las soledades en una justa medieval de miradas que debe haberse prolongado por apenas dos segundos, pero que parecieron horas. Mire compañero, afirmó adusto el enjuto y largo camarada de la Dirección: usted termine el curso y luego lo contactaremos.

En ese exacto momento supe que no habría Nicaragua ni Contras ni nada. Al día siguiente en la tarde, en el polígono de la escuela vaciaba el cargador del fusil AK-47 con más rabia que nunca, pero sin un horizonte cristalino, por el contrario, más aborrecido. El Partido, mi Partido, una vez más me estaba negando la posibilidad de volver a mi propio país a luchar contra la dictadura. No podía regresar legalmente, pues no solamente había sido expulsado de Chile, sino que además tenía prohibición expresa de ingresar al país. Mi pasaporte tenía estampada una letra L mayúscula en sus páginas, lo cual denotaba que tu nombre estaba consignado en un listado de personas que no podían entrar a Chile. O sea, estaba autorizado a entrar a cualquier país del mundo menos al mío. Absurdo. Entonces, la única posibilidad real era retornar clandestinamente y ello solo era viable con la ayuda de la organización. Por eso, cuando me dijeron

“lo contactaremos”, me asistía la certidumbre de que tendría que buscar otra forma de hacerlo u olvidarme de todo. Lo último no era opción, ni siquiera se me pasó por la cabeza, pero seguramente tendría que replantearme los plazos. Lo que más me dolió es que hubo varios compañeros a quienes les sucedió lo mismo. Es más, desarmaron casa, familia, abandonaron su empleo, se despidieron de amigos, derramaron lágrimas de abur y nunca se fueron, porque el Partido dilató su partida hasta que la situación se hizo insostenible. Algunos se quedaron en el exilio para siempre, otros volvieron como pudieron, otros lo hicieron después del término de la dictadura. Todos indignados con un Partido que, acorde a su percepción, les había mentido.

Igualmente continué militando, porque –aun estando molesto con la posición que no entendía del todo– buscaba ganar tiempo, ya que consideraba que no estaba preparado para retornar y aportar de modo efectivo a la lucha anti-dictatorial. Necesitaba instrucción técnica que fuese más allá de la esfera de la inteligencia y contra-inteligencia, y no estaba dispuesto a esperar que el Partido me contactara, cosa que de hecho jamás hizo. Bueno, para ser justo, sí lo hizo, pero mucho tiempo después. Nos juntamos fuera de Irlanda con el mismo compañero encargado del trabajo militar. Esperaba que me comunicara que por fin regresaría a Chile, que antes haría otro curso. Pero no aconteció nada de eso. Simplemente reiteró sus dichos: que siguiera estudiando, que trabajara en Inteligencia, que ayudara en la selección de compañeros jóvenes para ir a Nicaragua y El Salvador. Mientras hablaba, yo sospechaba que la historia se estaba escribiendo por otros lares y que una vez más me estaba quedando varado en una roca oceánica. Le oía como en sordina, a lo lejos, casi inaudible era su voz de camarada de otra era que jamás estuvo convencido de la necesidad de la lucha armada. Estaba en la comisión militar, como podría haber estado en la comisión de organización o de propaganda o sindical. Cualquiera, daba lo mismo, era sólo una tarea más en su extensa trayectoria militante donde fue diputado y senador. Jorge Montes era buena gente, pero nunca creyó en lo mili-

tar, tanto así que una vez manifestó con fastidio que no entendía por qué los jóvenes del Frente –que recién se había creado– se hacían llamar comandantes, que eso no era chileno. Podría haber retornado igual, pero no lo hice, porque aun siendo crítico, mantenía una disciplina a toda prueba: aquella disciplina y consecuencia comunista, impronta centenaria y mítica del Partido. No sé si fue un error, pero a estas alturas no se puede reescribir la historia personal, menos aún la historia colectiva. Lo cierto es que en esos momentos decidí obedecer las órdenes de mi Partido una vez más, aunque también había sido de aquellos que habían desarmado casa –más bien piezas arrendadas–, desechado la posibilidad de proseguir estudios de postgrado y generado las condiciones, compra de pasajes incluido, para el regreso de mi compañera e hijos a Chile.

Fernando sí lo hizo. Él estaba en España y, en conjunto con otros compañeros de la Juventud Comunista de Santiago, también motivados por los acontecimientos en Nicaragua, pero mayormente por la necesidad de contribuir a la lucha contra la dictadura en nuestro país, discutían cómo retornar. Afortunadamente él y su compañera pudieron hacerlo legalmente y así lo hicieron en 1980, integrándose tempranamente a la lucha armada que en esos momentos era de carácter más bien rudimentaria y artesanal, ya que por la naturaleza masiva y el terror generalizado que se había cernido sobre la población, era muy difícil de llevar a cabo. Fernando e Ignacio Valenzuela, quien llegaría a ser uno de los principales dirigentes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, comenzaron a tomar contacto con jóvenes con quienes fueron compañeros en los equipos de autodefensa de la Jota de la Enseñanza Media, compañeros en los cuales podían confiar. Conformaron un grupo pequeño de cinco hombres y dos mujeres que realizaron acciones básicamente de propaganda armada. Una de las primeras, audaz para esos tiempos, fue un rayado hecho en Colón oriente, donde pintaron la consigna: “la insurrección va”. No podían saber, por cierto, que pasarían muchos años más antes que terminara la dictadura. Lo importante en ese momento era la valentía y la decisión de los muchachos y muchachas que a pesar de

la represión, el temor y el inmenso poder enemigo, osaban enfrentarla casi a pulso. Y lo hicieron autónomamente, sin vinculación orgánica con el Partido, nada más apertrechados de sus ideales y convencimiento revolucionario, porque ni siquiera tenían preparación militar. Fabricaban pólvora negra picando carbón en una molinex 1,2,3. En un simple tarro de café, ponían tuercas y clavos. Con un reloj de marca Rula –fabricado en la RDA, país socialista– porque era fácil de perforar y preparar las agujas y no tocar los filamentos, armaban mecanismos simples de relojería para cargas explosivas. Consiguieron 2 revólveres y llevaron a cabo una acción de propaganda armada en el Paseo Las Palmas, ubicado en el Metro Los Leones. Descubrieron que Lucía Hiriart, la señora del dictador, le había robado una empresa de cerámica a sus legítimos dueños. La empresa CALA tenía una sala de ventas en aquel Paseo y la idea era colocar una carga con un temporizador para que explotara a las dos de la mañana y no hiriera a nadie. El objetivo era golpear simbólicamente a la dictadura, demostrar que la resistencia tenía la capacidad de efectuar operaciones, incluso en lugares cercanos al círculo íntimo de Pinochet. Cuatro compañeros lo hicieron. Una pareja entretuvo a la dependiente del lugar, otro esperó afuera cumpliendo un papel de contención, por si aparecía alguien y para proteger la retirada, mientras otro compañero depositó la carga al interior de un jarrón. Efectivamente el explosivo detonó a la hora planificada e inmediatamente los medios de comunicación hablaron del terrorismo marxista.

No obstante, los medios de comunicación no requerían de excusas para hacerlo, lo venían haciendo por años para justificar la represión y estaban controlados por la dictadura mediante la censura, la autocensura y el control de la DINA y la CNI después, de periodistas que trabajaban para ellos o se prestaban para montajes y difusión de mentiras, como Claudio Sánchez de Canal 13; Julio López Blanco de Televisión Nacional (TVN); Silvia Pinto, agregada de Prensa en Buenos Aires; Roberto Araya –expulsado del Colegio de Periodistas– Vicente Pérez Zurita y Manfredo Mayol, también de TVN. Manuel Fuentes, director de la revista *Tiempos del Mundo*; Abel

Esquivel de la revista *Ercilla*; Beatriz Undurraga de *El Mercurio*. Y los ex directores de los diarios *La Tercera*, Alberto Guerrero; René Silva de *El Mercurio*; Fernando Díaz de *Las Últimas Noticias* y Mario Carneyro de *La Segunda*. Sin mencionar al propietario de *El Mercurio*, Agustín Edwards, instigador, organizador y quien justificara el golpe y posteriormente todas las atrocidades cometidas por los militares. Ninguno de los mencionados ha mostrado arrepentimiento por su aberrante y cobarde comportamiento durante un periodo donde una palabra, una denuncia, una mentira, te costaba la vida. Solo una periodista que trabajó en el diario *El Mercurio*, María Angélica De Luigi, tuvo el coraje de hacer un mea culpa por no haber hecho nada para denunciar lo que acontecía cuando sus compañeros eran asesinados, desaparecidos o torturados; mientras otros valientes colegas suyos arriesgaban sus vidas para contar la verdad de lo que sucedía en Chile, De Luigi no hizo nada. Fui una perra, declaró. Claro que lo fue, pero al menos lo dijo, no como otros hijos e hijas de perras que nunca han admitido que fueron cómplices por acción u omisión de crímenes horribles.

Y no me refiero sólo a los políticos y empresarios por todos conocidos que actualmente se han reciclado como demócratas y deambulan por los pasillos del Congreso o de las Administradoras de Fondos de Pensiones, Isapres, universidades privadas, multitiendas o cadenas de farmacias erigidas sobre los cadáveres de millares de chilenos. También aludo a los que cantaron, bailaron, actuaron, rieron o comentaron el deporte en televisión mientras otros eran torturados, violados o asesinados. José Alfredo Fuentes, Pedro Carcuro, Elías Figueroa, Cecilia Bolocco, Antonio Vodanovic, César Antonio Santis, Raquel Argandoña, Antonio Zabaleta, Patricia Maldonado, Horacio Saavedra, Gonzalo Cáceres, los Huasos Quincheros; Willy Bascuñán, Enrique Maluenda, Jorge Hevia, Peter Rock, Checho Hirane, son solo algunos de los integrantes de la farándula pinochetista a quienes les daba lo mismo la muerte mientras ellos disfrutaban la vida.

Es que a muchos chilenos les daba lo mismo lo que pasaba en su propio país. A mí no, aunque continuaba en el exilio. Después de haber conversado con la Dirección y constatar que no existía por parte de ésta la decisión de que regresara aún a Chile o a América Latina, volví a Irlanda dispuesto a arreglármelas solo. Descubrí que el Ejército irlandés tenía una fuerza de reserva y que uno podía postular e ingresar a ésta cumpliendo ciertos requisitos. Realicé las averiguaciones correspondientes, reuní los antecedentes necesarios, hice los trámites y postulé formalmente en la esperanza de ser aceptado. Pasó un tiempo y nada supe al respecto. Supuse que había sido rechazado por mi condición de refugiado, a pesar de tener residencia legal en el país, pero un tiempo después, uno o dos meses, no recuerdo bien, llega una carta de aceptación. Fue una gran sorpresa y, al mismo tiempo, una gran alegría, porque sabía que así se acortaba la brecha del regreso al país. Fue una experiencia extraña porque estaba en el ejército, no era el ejército chileno, pero debía vestir uniforme, obedecer órdenes, saludar a mis superiores, marchar. En fin, hacer todas las cosas que aborrecía. Pero debo admitir que los oficiales, suboficiales y soldados con los cuales me relacioné eran todos gente decente y jamás tuve problemas con ellos. No sé lo que habrán pensado ellos de mí, pero jamás me dijeron nada. Sea como sea, mi ingreso y participación fue absolutamente legal y lo que aprendí fue en lo que se instruye a cualquier otro soldado. La instrucción era como en cualquier ejército: táctica, uso de armamento, orientación, ejercicios militares en terreno, práctica de tiro. De hecho, yo no destacaba en nada, excepto en tiro, donde incluso gané trofeos como mejor tirador en competencias llevadas a cabo en campamentos. Ni yo sabía la firmeza de mi pulso o lo atinado de mi puntería hasta una lluviosa noche de otoño cuando por vez primera tuvimos que ir a practicar tiro al polígono del cuartel en Dublín. Al momento de mi turno, el sargento a cargo me pasa el fusil Lee-Enfield con un cargador y cinco tiros. Me muestra cómo posicionarme en el suelo, cómo acomodar el rifle en el hombro —todo lo cual ya sabía— y me advierte que debo esperar la orden para pasar la bala, apuntar y disparar.

Espero, dan la orden, paso la bala, apunto, sostengo la respiración, disparo. Repito la operación en cinco oportunidades. Dan la orden de alto el fuego. Van a observar los blancos. El sargento toma el mío, me mira perplejo. No digo nada. Llama al oficial, éste se dirige hacia el lugar con paso cansino. Mira el cartón, abre la boca. Me contempla todavía más confundido. Ya no sé qué pensar. Ambos se dirigen hacia mí con el blanco en sus manos, sin siquiera molestarse en mirar los blancos de los otros soldados que se hallaban en el polígono realizando su primera práctica de tiro conmigo. Me piden que me ponga de pie. Lo hago. Me preguntan si es primera vez que disparo. Les respondo que sí. Me miran nuevamente, el teniente marca el centro del blanco y subraya que hay un solo orificio de bala con 5 aristas, es decir, había incrustado los 5 tiros en el centro y en el mismo agujero. Nunca hemos visto nada igual, dijo. ¿Seguro que nunca has disparado antes?, pregunta nuevamente. Seguro, reiteré. No sé si me creyeron o quedaron con la duda de si realmente había acertado todos los tiros o quizás había sido solamente un tiro perfecto y había fallado totalmente los otros 4 tiros y se habían perdido en alguna parte del techo del polígono o en los sacos de arena o en cualquier parte. Creo que al final se convencieron de que era bueno cuando en un campamento de instrucción tuvimos que realizar extensas prácticas de tiro con fusiles FAL —fusiles de asalto de fabricación belga— y obtuve también los mejores resultados, esta vez a mucha mayor distancia, en terreno y a campo traviesa.

No deja de ser interesante y curioso, que uno pueda ser excelso tirador con fusil y tan solo regular con pistola. Además de la gran coincidencia de que lo mismo fuera el caso con Andrés. Era muy buen tirador con fusil, no así con pistola, lo cual demostró en el curso de combatiente clandestino que realizó en Cuba en Pinar del Río, en la zona de El Taburete, en el mismo lugar donde el Che preparó a su gente antes de partir a Bolivia. Por eso aún no comprende por qué no fue uno de los elegidos para haber participado de la emboscada a Pinochet en septiembre de 1986. Pero, bueno, hay muchas cosas en la vida que carecen de explicación. De hecho hay muchos exégetas

de la emboscada de aniquilamiento al tirano que aducen que una de las razones del fracaso militar de la misma se debió a la inexperiencia de varios de los fusileros. También se argumenta que el malogro de dicha acción habría precipitado el aislamiento del Partido Comunista, de la izquierda y de la política de Rebelión Popular. Esto es una falacia histórica, porque esta política de sistemático aislamiento venía produciéndose desde mucho antes, tanto por sectores de la democracia cristiana, por distintas corrientes del Partido Socialista, del segmento conservador de la iglesia católica y del imperialismo estadounidense. Obviamente es muy fácil realizar análisis con posterioridad a una operación de esta envergadura, pero muchísimo más grave y políticamente nefasto para la configuración de la democracia que hoy tenemos es que después de 24 años de “democracia” y seis gobiernos civiles todavía tengamos una constitución gestada e impuesta en dictadura. Ese sí que es un gran fracaso.

Sea como fuere, independiente de haber participado en la emboscada al dictador o no, Andrés, al igual que muchos otros chilenos y chilenas, estuvo desde el comienzo intentando organizar la resistencia a la dictadura. En los primeros momentos participó, como militante de las Juventudes Comunistas, en unidades de información, recolectando inteligencia, realizando estudios de situaciones operativas, es decir de lugares donde se podrían concretar acciones por parte de otros grupos de la Juventud. Uno de aquellos que proveía información era el joven Luis Herмосilla, también militante comunista en los años setenta y que con los años se convertiría en un conocido abogado. Eventualmente Herмосilla apoyaría la candidatura de Joaquín Lavín, sería el abogado de la familia de Jaime Guzmán y socio en el estudio jurídico con Andrés Chadwick. El equipo donde trabajaba Andrés efectuaba seguimiento de militares, miembros de los aparatos de seguridad o políticos que apoyaban a Pinochet. Es un trabajo difícil cuando eres designado en responsabilidades de jefatura y eres muy joven. Y Andrés era muy joven, tenía la edad de mi compañera –apenas 20 años– cuando arriesga desinteresadamente su vida asumiendo el justo derecho a la rebelión.

Rocío estaba en el departamento cuando llegué con el pan para tomar once, pan batido comprado con parte de los 15 mil pesos del primer estipendio que me había entregado el comandante Benito para hacer la revolución. Ambos esbozamos una sonrisa al vernos, ella por el re-encuentro, como siempre lo hacía y yo, además de eso, porque pensaba en la reunión con Ignacio. Esa noche hicimos el amor tal vez con más pasión, con más futuro. Como la primera vez en Londres. Allá también fue en la noche, pero con lluvia, ahora solo ladraban los perros de la Villa. En Inglaterra nos habíamos conocido hacía apenas cinco horas, nos fuimos a una pieza que ella arrendaba en un barrio paquistaní en Londres y no nos separamos más hasta el día de hoy. Por eso, no celebramos aniversarios de boda ni nada de eso, sino que nuestro primer polvo. De hecho, hace unos años conmemoramos el polvo de plata, es decir, los 25 años de aquella noche de ardiente garúa londinense.

Las Escuelas clandestinas con el hermano del cementerio

También lloviznaba levemente cuando Carlos tocó el timbre de una casa con reja y antejardín en el sector alto de Santiago, al día siguiente. Tengo vagos recuerdos de cómo llegamos a la casa, solo sé que fue en la noche, alrededor de la siete. Miró a ambos lados de la calle, me preguntó si estaba bien, le respondí que sí. En ese momento una mujer de mediana edad abrió la puerta. Carlos explicó que venía a buscar una encomienda de una tía. Ah, pase no más, le respondió la señora. Ingresamos a la vivienda en silencio, pasamos rápidamente a la parte posterior de la casa. Ahí, sentado en una pequeña mesa nos esperaba un hermano de unos treinta años. Nunca lo había visto antes, pero Carlos y él se conocían. A los diez minutos alguien golpea la puerta. Carlos se levanta en silencio, la abre lentamente, musita algo y retorna con una bandeja en sus manos. Varias tazas, una tetera con agua hirviendo, té, azúcar y pan batido tostado con palta. Una delicia en medio de la lluvia. Tomé dos tazas de té, a pesar de que no me gusta y solo tomo café, menos una vez que tuve la oportunidad de beber el té más exquisito que jamás he bebido en un convento de monjas en Irlanda. Nunca probé algo igual. Era increíble, pero aun así seguí prefiriendo el café. Esta vez el té preparado con la ternura de manos anónimas para compañeros también anónimos, sabía a cielo, a estrella de mar, a galaxia. No sé, al canto cósmico de las musas del Parnaso. Me asombró que, en medio de la seriedad de lo que hacíamos, uno pudiera –al mismo tiempo– comer apaciblemente pan con palta y disfrutarlo como en tiempos de la infancia en la casa materna o de la abuela. Aunque, de hecho, el más exquisito pan batido calentito se comía a la salida del liceo Eduardo de La Barra, el mejor de Valparaíso y de Chile y donde estudió Sal-

vador Allende. Uno atravesaba el Parque Italia, caminaba por la avenida Pedro Montt hacia el sur y compraba un pan recién salido del horno en una panadería a metros de la plaza Victoria. Esos recuerdos evocaban el aroma a pan tostado en una pequeña habitación iluminada con una potente lámpara en aquella residencia del barrio alto. Estuvimos ahí alrededor de una hora, sentados en torno a una mesa, hablando de las actividades que se avecinaban. Una labor fundamental era organizar e implementar escuelas en el litoral central y algunas en Santiago, escuelas de instrucción técnica y, especialmente, políticas. Marcos recuerda que las escuelas que se iniciaron en enero de 1986 duraban entre cuatro y cinco días y estaban diseñadas para jefes de pelotón y de columnas. La idea era preparar compañeros con capacidad para planificar el trabajo político-militar, dirigir gente, más que ejecutar acciones. Era lo que se denominó el año decisivo, el año en que supuestamente se desmoronaría la dictadura y caería Pinochet. La historia, lamentablemente, diría otra cosa, porque pareció escribirse sola, o se escribió al revés por aquellos que no quisieron que el dictador fuera derrocado por el pueblo y optaron por negociar con las Fuerzas Armadas y con Estados Unidos. Por supuesto que antes y después de esa fecha también hubo escuelas y tuve la oportunidad de participar en la organización de varias de éstas, ya sea en la planificación o como instructor. Mi misión era básicamente garantizar la preparación política de los combatientes del Frente. Para precisar detalles de la primera en la cual participé, en algún momento me junté con un compañero en el cementerio metropolitano de Santiago. Caminamos entre las tumbas bajo un suave sol otoñal conversando acerca de la tarea encomendada. Era muy joven, me trataba de usted y nunca miraba a los ojos cuando hablaba. Tampoco decía mucho, más bien escuchaba atentamente lo que uno decía mientras esquivábamos las criptas. Aun así me dio la impresión de que él quería que me callara, que ponía atención por respeto nada más. Yo sentía lo mismo, que mis palabras sobraban, que poco importaban, que él sabía perfectamente lo que debía hacer. O lisa y llanamente pensaba que yo era un pedante de mierda

que no tenía nada que enseñarle a él o a nadie. Lo cierto es que mi voz reverberaba entre las sepulturas y se perdía entre los huesos de los millares de muertos. Y el compañero impasible sin decir nada hasta que se detuvo en su silencio de indio y me dijo: sabe hermano, yo nunca le he pedido nada al Frente, pero ahora le pido una sola cosa que nunca he tenido: educación. Por eso estoy emocionado con esta tarea que empezaremos. Nosotros con otros compañeros hemos hecho muchos cursos y tenemos siempre grupos de discusión política, pero no escuelas formales como las que tendremos ahora. No estoy seguro, pero creo que en lontananza percibí un leve crujir metálico desde el más allá, o desde el más acá, quién sabe, posiblemente porque mucho tiempo después Marcos repitió – palabra por palabra– lo que le dijo “Cesar” en una ocasión antes de morir. Solo quiero que la organización me dé educación, que me enseñe...sostuvo humildemente. Por eso emputece, irrita la piel y alborota los dientes cuando algunos viejos del Partido, aquellos que creen saberlo todo pero que no saben nada, acusaban al Frente de ser efebos que solo jugaban a la revolución, que se encandilaban con los fierros, que no reflexionaban. En fin, que no eran políticos ni hacían política, como ellos, los sabios griegos. Pero entre los antiguos y míticos siete sabios griegos hubo varios que conocían de máximas y aforismos, pero nada de democracia, al igual que en el comité central del Partido Comunista de Chile. Un Partido político donde no se hacía política, sino que se obedecía lo que decía la Dirección. Es indudable que en el Frente también hubo compañeros que privilegiaron la acción combativa por sobre el análisis y el debate político, óptica nutrida, además, por las características de la lucha anti-dictatorial. Un torbellino esperpéntico donde se entrecruzaban urgencias, detenciones, operaciones, conspiraciones, secretos, apagones, protestas, barricadas, asesinatos, cantos y más urgencias. Entonces, ¿quién tenía tanto tiempo para detenerse a polemizar sobre la situación política cuando ésta te golpeaba por todos lados? O sea, la analizabas en la calle, por las noches, te entraba por la nariz, te salía convertida en lágrimas de furia y pena.



Combatiente rodriguista. Fotografía: Rodrigo Casanova.

Por consiguiente, hay ribetes de veracidad en el aserto de que en ciertos compañeros y compañeras sí existía una disposición hacia la acción más que al debate o a las disquisiciones políticas. Inclusive, es dable señalar que en muchos de ellos podría haberse dado un grado de menosprecio en torno a aquellos hermanos que por distintas razones no estaban directamente involucrados en tareas operativas. Esto pudiera haber conducido a errores de apreciación de condiciones particulares, a formas tensionales de relacionarse con otros, hasta molestia por parte de los afectados por dichas actitudes. Algo muy diferente es sostener una carencia absoluta de preparación ideológica o política que habría impulsado a estos compañeros a actuar de esta manera. Porque aun así esos jóvenes del Frente denostados por el Partido se daban el tiempo para estudiar y discutir políticamente a diario. Quizás no todos, a lo mejor no de manera sistemática, pero se hacía. No solamente eso, existía un proyecto político y una estrategia para impulsarlo. Notoriamente, como cualquier proyecto, era por definición un esbozo, un conjunto de trazos de cómo delineábamos el futuro sin Pinochet, sin dictadura. Era un bosquejo inacabado, ni apolíneo ni execrable ¿Pero qué proyecto no lo es? Lo que sí puedo asegurar es que ninguno de nosotros jamás nunca presagió la configuración de una democracia neoliberal como la que tenemos actualmente. Ello solo comenzó a hacerse patente en 1986 cuando el Partido Comunista renunció a su política de Rebelión de Masas y Sublevación Nacional y resolvió dismantelar el Frente. Pero daba igual, con el compañero del cementerio conformamos un equipo con tres hermanos más y establecimos un plan de comunicaciones para seguir viéndonos de manera permanente. Eran dos hombres y una mujer, todos jóvenes y muy bajos, lo cual me sorprendió, no por ser bajos, sino porque parecían niños y era como hablar y compartir con niños que conversaban y se comportaban como adultos. Paula era morena, de pelo negro y ojos claros. No decía mucho, ninguno de ellos, en realidad, sólo preguntaban lo justo y necesario para agenciar las tareas relacionadas con la organización de la Escuela. Gerardo, el hermano del cementerio, era el

responsable de la Escuela; Alexis, extremadamente pálido y enjuto, estudiante de Historia según supe después, quedó encargado de la seguridad, mientras Paula debía encontrar la casa adecuada para realizar la Escuela. La misión era hallar una casa en el balneario de El Quisco y para ello fue necesario conseguir una pareja que no llamara demasiado la atención y que la arrendara por 4 semanas. No fue tan fácil como pensábamos encontrar a dos compañeros que reunieran características físicas de un matrimonio de clase media y que, además, estuvieran dispuestos a vivir casi un mes en esa casa sin saber lo que allí sucedía.

Finalmente se hizo, se arrendó un lugar a cinco cuerdas de la playa para la Escuela. En las tres semanas que duró la Escuela pasaron por ella 24 combatientes, ocho por cada grupo. Entre cada grupo había intervalos para normalizar la casa y fortalecer los necesarios aseguramientos. Se adoptaron estrictas medidas de seguridad desde antes de la llegada de los compañeros a la Escuela. En primer lugar, ni los dueños de casa ni la pareja de Santiago que arrendó el lugar legalmente sabían lo que sucedería. Segundo, los arrendatarios eran ayudistas, compañeros de izquierda, pero no hacían preguntas y desconocían quienes éramos. Tampoco conocían la identidad de sus “hijos”. Todos llegaron una semana antes que cualquiera de nosotros y desarrollaron una vida completamente normal: pasearon, fueron a la playa, a los restaurantes del pueblo, a los almacenes, la panadería. Lo primordial era que la gente se familiarizara con ellos. Asimismo, gradualmente, fueron adquiriendo las provisiones indispensables para alimentar a varias personas sin que se notara, aunque ya en el vehículo habían traído provisiones. También le habían dicho a los dueños de casa que probablemente visitarían a sus hijos algunos amigos por unos días, por si se oía ruido o música.

Y los amigos llegaron, mayoritariamente desde Santiago, pero antes hubo un riguroso plan de contrachequeo, es decir se comprobó que los futuros alumnos de la Escuela no tuvieran chequeo o seguimiento del enemigo. A ninguno se le dijo adónde iba o qué iba a hacer, únicamente que comunicara, si es que debía hacerlo, en el trabajo, en el colegio, en la universidad, en el hogar, que estaría ausente por

tres días. Debía inventar cualquier excusa creíble. En el intertanto, se conformó un equipo de contrachequeo de ocho compañeros y compañeras que implementó un estricto plan de trabajo para garantizar que los compañeros llegaran sin “cola”, sin seguimiento, a la Escuela. A cada alumno se le ordenó llevar una señal visual para poder ser identificado por el equipo de contrachequeo y un plan de recorrido que debía cumplir al pie de la letra. El plan pormenorizaba el punto y la hora de partida de la ruta y todas las calles por las cuales debía desplazarse el o la compañera. Al comienzo del recorrido era seguido, desde la vereda del frente, por alguien del grupo de contrachequeo, luego de un par de cuerdas, era tomado por otro compañero y así sucesivamente hasta asegurarse que no era seguido por nadie. Al culminar la ruta se le entregaba el vínculo para dirigirse al o la compañera que lo ingresaría a la escuela, aunque todavía sin saber que iba a una escuela y menos aún el lugar. Así llegaron los primeros ocho compañeros a la escuela. Hacía muchísimo calor el día que di una clase sobre Rodriguismo en la mañana y otra sobre planificación político-militar en la tarde. El pasamontañas de lana era insoportable y lo único que deseaba era sacármelo lo antes posible. Hube de esperar hasta la primera pausa cuando fui a la pieza donde se encontraba Gerardo para quitármelo un rato. Tomé una bebida, le pregunté al hermano cómo iba todo, me respondió: bien, con su calma acostumbrada. Volví al otro cuarto y proseguimos con la clase donde no solamente hablamos del Rodriguismo en términos conceptuales, sino que cómo éste se traducía en una estrategia concreta que era la Sublevación Nacional, la articulación de aquellos elementos que tenían que ver, principalmente, con la rebelión del pueblo, la movilización generalizada, paros nacionales prolongados, copamientos de centros urbanos, golpes armados al enemigo. Una avalancha de acciones que conducirían al desmoronamiento de la dictadura. Esto no era nuevo para los alumnos-combatientes, ya lo sabían, pero ahora lo conocían y debatían de manera más metódica. Ellos también tuvieron instrucción técnica, vital para cumplir el papel que al Frente le competía en la estrategia de Sublevación Nacional.

La Escuela comenzó y finalizó exitosamente. La familia santiaguina tuvo sus vacaciones en El Quisco, los 24 combatientes su instrucción, Paula, Alexis, Gerardo y yo nuestra primera experiencia de este tipo. La segunda no sería tan tranquila. Porque nada era sencillo en esa época cuando cualquier acción podía significar la cárcel, la tortura, la desaparición, la muerte. También una gran alegría si es que las operaciones resultaban bien y constituían un aporte a la lucha contra la dictadura. En este sentido Marcos tiene experiencia en ambas, de las buenas y de las malas. El Festival de Viña del Mar, icono de la mediocridad artística e instrumento de la dictadura para desviar la atención del pueblo chileno de las atrocidades cometidas a diario por las Fuerzas Armadas, pasó a ser objetivo legítimo para el FPMR. Marcos era jefe de la Zona de Valparaíso en 1985 y, a través de la unidad especial, decidió realizar una operación de propaganda armada para demostrar la vulnerabilidad de los organismos de seguridad de la dictadura y, al mismo tiempo, la eficiencia del Frente. Se resolvió estacionar un automóvil con propaganda del Frente afuera del Hotel O'Higgins donde se alojaban todos los artistas del Festival. Para llevar a cabo la misión se realizó un minucioso estudio de la situación operativa y se constató, como era de esperar, que estaba todo el perímetro cercado y que a todo el mundo se le pedía identificación. Era imposible traspasar las barreras de seguridad en automóvil, sin embargo, los compañeros se percataron de que no se les solicitaba documentación a aquellos que llegaban en autos Mercedes Benz. Entonces, solamente había que conseguirse un auto de esa marca y listo. ¡Algo muy fácil! Aun así, dice Marcos, decidieron hacer la operación. Descubrieron una empresa de radiotaxis en la ciudad de Villa Alemana donde poseían un Mercedes color azul metálico. Ahora quedaban por resolver varios problemas. Arrendarlo, disponer qué hacer con el chofer, conseguir una pareja de combatientes con apariencia de artistas o de gente cuica, ingresar el auto al perímetro de seguridad y estacionarlo frente al Hotel. Lo más complicado fue hallar a una pareja de compañeros con aspecto de estrellas de cine, pero de alguna manera se logró. Se arrendó el auto,

al chofer se le retuvo en un lugar específico lejos de Viña, acompañándolo con café y sándwiches para evitar cualquier problema. Se organizó una acción distractiva en Valparaíso para dispersar a las fuerzas enemigas y se penetró el cerco de seguridad sin dificultades. La CNI y otros organismos represivos no podían creer que el Frente fuera capaz de realizar una acción de ese tipo en pleno centro de Viña del Mar y bajo sus propias narices.

Audacia y creatividad, la impronta rodriguista, la misma que debía imprimir constantemente Andrés con su equipo de logística. El área de logística era la encargada de suministrar todo el apoyo necesario para las operaciones del Frente, una de éstas era la esfera relacionada con armamento y explosivos. En ese tiempo arrendaban 1 o 2 veces al mes un furgón Suzuki a un hombre que prestaba servicios a una pequeña empresa textil. En ese vehículo transportaban fusiles, cohetes Low, cartuchos de dinamita, explosivo plástico. En una oportunidad hubo de realizarse un traslado en medio de sacos de carbón ensuciando todo el furgón, el mismo que el dueño debía usar al día siguiente para transportar telas, por ende hubo que limpiarlo en una bencinera para retornárselo impecable, pero fue una tarea titánica, casi imposible. Por eso había que recurrir constantemente al ingenio cuando te encargaban misiones casi inverosímiles, como dejar un refrigerador usado adquirido en el persa Bío-Bío en una casa determinada, pasar a buscarlo y llevarlo a un garaje para cargarlo con fusiles M-16. El problema es que el refrigerador pesaba una tonelada y al introducir el vehículo con el refrigerador al garaje no quedaba espacio alguno para maniobrar. No se podía hacer nada. Por último, recurriendo a la agudeza rodriguista, con destornilladores y mucha paciencia, fueron desarmando y armando pieza por pieza el aparato. Estuvieron horas en eso, pero lograron esconder los fusiles y los hicieron llegar al Destacamento Norte, su lugar de destino. Fue tan exitosa su faena que un par de días después les llegó un reto de la jefatura porque habían fallado en la misión y habían mandado el refrigerador vacío. ¡¡No encontraron los fusiles!! Así de buenos eran los hermanos.

También a la zona norte de Santiago, pero por razones muy distintas hube de ir una mañana muy temprano. Fue todo muy extraño; un compañero del Mando Zonal aún afín al Partido, me encomienda la tarea de atender a un grupo de compañeros que aparentemente se encontraban políticamente desorientados. Esto en jerga comunista evidencia que los compañeros son críticos de la línea del Partido, que tienen dudas, que hay cosas que no entienden. En suma: están equivocados y es menester clarificarles su yerro. En el contexto que se vivía a la sazón la confusión estaba directamente relacionada con la confrontación ideológica y política entre el sector conservador del Partido y la mayoría del Frente. Se me pedía cumplir la labor de un comisario político que garantizara la corrección ideológica de los militantes, una especie de Papa de cardenales, un cardenal de obispos, un obispo de sacerdotes, un pastor de ovejas descarriadas. El problema es que no creo en dios ni menos todavía en el Vaticano, entonces, ¿qué puede uno hacer en esas circunstancias? Lo único que podía hacer era decir la verdad: el Frente está abocado a crear las condiciones para la Sublevación. Llegamos otro compañero y yo a una casona antigua enorme y a una pieza más grande aún. Solo había una pequeña mesa en el centro y tres sillas. Nos sentamos y el resto de los presentes —no más de cinco— en la silla vacía y en el suelo. En un rincón de la sala, cerca de una ventana, la radio toca una canción de José Luis Perales. Comienzan de inmediato las preguntas. Compañeros: ¿Qué está pasando? Sabemos de rumores, de problemas, divisiones, de separaciones, discusiones y peleas entre el Partido y el Frente. ¿Qué está pasando? Los miro en silencio, a diferencia de la mayoría de los rodriguistas con los cuales he trabajado hasta ahora, ellos son mayores. Y claramente mayores que yo. No estoy ahí para alinear ideológica ni políticamente a nadie, no puedo ni quiero hacerlo. Soy rodriguista, o al menos aspiro a serlo, no soy cardenal ni deidad, ni siquiera poseo el don de la palabra para convencer a alguien si es que ni yo mismo estoy persuadido de una postura política cualquiera que esta sea. De suerte que sencillamente les digo que como Frente estamos por proseguir la lucha mediante la

estrategia de Sublevación Nacional lo cual incluye los golpes armados al enemigo, siempre en conjunto con la movilización del pueblo. El Partido ha abandonado esta política, está desarmando el Trabajo Militar de Masas, ha comenzado hace ya un tiempo el desmantelamiento del Frente, ha removido a sus cuadros, singularmente a los oficiales, entre otras medidas. Nadie decía nada, todos observaban callados. Nadie se movía. En la radio ahora sonaba una canción de Emanuel, estoy casi seguro. De pronto una compañera levanta su mano diciendo: ¿Y entonces qué hacemos hermano? Podría haber respondido de un modo políticamente correcto como se estila decir en estos tiempos; puntualizar que toda posición es legítima, que cada cual opta por la vía que estime más adecuada o justa. Haber recurrido a la descalificación del otro y al auto-ensalzamiento, indicar que nosotros teníamos toda la razón y que el Partido era la sinrazón. No hice ni lo uno ni lo otro por deferencia a aquellos compañeros que sin duda llevaban años luchando contra la dictadura y que ahora se encontraban inadvertidamente en medio de una pugna de la cual ni siquiera eran parte. Miren, dije —no debería decirles esto, pero me parece insoslayable hacerlo— yo entré a militar a las Juventudes Comunistas a los 15 años, luego al Partido y después al Frente en 1984. Es decir, mi historia está ligada al Partido y soy categórico en apuntar que siempre lo llevé en mi corazón, pero con igual vehemencia y tristeza hoy digo que el Partido ha abandonado la vía insurreccional. Ha abandonado al Frente y yo no voy a hacerlo. No supe qué más decir, ellos no dijeron nada. A uno de los compañeros se le llenaron los ojos de lágrimas y solo masculló, gracias hermano. Nada más. Terminó la reunión. Nos fuimos de ahí con la inusitada sensación de haber terminado un ciclo y de haber empezado otro. En tanto caminábamos por calles aledañas a Independencia pensaba en lo insensato de lo que estaba sucediendo: mientras más unidad se requería para derrocar a la dictadura, más división había entre nosotros. Me dolía el pecho tratando de comprender estas contiendas intestinas que, acaso por definición, son muchas veces viscerales, al menos a nivel de base. Pero en los estamentos de dirección esto

era ideológico y político, puesto que a mediados de la década de los ochenta ya colisionaban dos estrategias distintas de lucha. Los combatientes, los militantes, la gente de a pie, poco o nada de esto conocían hasta que la situación comenzó a decantarse en el año 1986 y aun así fue de manera confusa. Puede que la hojarasca de la actividad cotidiana contra la dictadura ensombreciera el traslado de la información hacia todos y todas, pero lo más factible es que ni siquiera a niveles medios se tuviera claridad de lo que acontecía. Incluso me atrevería a sugerir que ni aún todos los jefes superiores sabían con prístina exactitud la profundidad de la crisis que se vivía ni el desenlace de la misma.

Vivir con la muerte y superando el miedo

Por lo anterior, por la posibilidad apocalíptica del desenlace es que la interrogante de la compañera adquiría todavía más relevancia. ¿Y entonces qué hacemos, hermano? Debo admitir que jamás dudé cuando tuve que optar entre una posición que me parecía vacilante –la del Partido Comunista– y otra que me parecía consecuente con los principios revolucionarios, la del Frente. Ya lo había hecho en 1981 en Europa, no solo en la RDA, sino también en Inglaterra cuando en 1983 la dirección del Partido me quiso enviar a Bulgaria a estudiar por cuatro años. Y lo hice en Argentina, porque mi lectura era que todas estas decisiones afloraban como elementos de una política para la futura construcción reformista de un Estado capitalista más que de una eventual revolución. Por tanto, ahora yo me quedaba en el Frente y punto. Podría haber sido un punto seguido, una continuación de toda una vida de militancia, el decurso de la lucha simplemente en otro rincón del camino. Pero estuvo lejos de ser así. Fue un punto final, una ruptura total, dolorosa y violenta por lado y lado. Comunistas y rodriguistas enrevesados en una conflagración fratricida desgastando fuerzas, inteligencia y arriesgando la seguridad de personas, armas e infraestructura. Entretanto, la dictadura boyante disfrutando el paisaje que desgarraba el corazón de aquellos jóvenes que habían sido paridos del vientre del Partido, pero que ahora abjuraba de ellos. Para ser honestos, el Partido Comunista siempre mantuvo una relación extraña, incestuosa y, al mismo tiempo, sociopática con el Frente. En un primer momento se intentan variadas prácticas abortivas por los sectores conservadores de la organización, no solo en lo concerniente al FPMR sino que al trabajo militar en su conjunto. Posteriormente, cuando logran imponerse gradualmente las posiciones más consecuentemente revolucionarias

al interior del Partido, jamás se deja cercenar el cordón umbilical. El niño y la placenta continúan unidos, pero lo que el Partido nunca entendió es que el cogito hacía ya tiempo había transmutado en embrión feto y niño. Los militantes comunistas del Frente, los ahora rodriguistas, tenían, a su vez, una relación edípica con el Partido. Provenían de su útero, eran comunistas, pero al mismo tiempo rodriguistas, además públicamente —por razones políticas— el Partido negaba cualquier conexión con el Frente. Fue un vínculo complejo esto de lo político y lo militar y, por cierto, el surgimiento del Frente. Lo fue desde antes de la concepción, desde antes del coito; de hecho fue un *coitus interruptus*, porque se intentó en los años sesenta, luego durante el gobierno de la Unidad Popular y después en la década del setenta cuando se preparó a un centenar de jóvenes chilenos como oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. El Partido no supo qué hacer con estos oficiales de tropas regulares que deseaban retornar a Chile a combatir a la dictadura. Fue el comandante Fidel Castro quien jugaría un papel trascendental para que un contingente de oficiales chilenos se trasladara a Nicaragua a combatir junto al Frente Sandinista por la Liberación Nacional contra la dictadura de Anastasio Somoza. Juan Carlos, uno de aquellos oficiales, tiene claro que sin la intervención directa de Fidel, previsiblemente el destino de ellos hubiese sido otro. ¿Cumpliendo para siempre tareas en alguna unidad del ejército cubano; volviendo a estudiar medicina? Quién sabe. Después de tanto tiempo, ya todo cae en el terreno de la especulación.

En síntesis, al Frente se le intentó abortar; luego, cuando emergió, se le controló totalmente pues dependía del encargado del trabajo militar del Partido y éste último de la dirección del Partido. La dirección del FPMR no era independiente, el Frente pertenecía al Partido. El problema para el Partido —o para el sector más derechista de la dirección— el Frente, los rodriguistas y el Rodriguismo se erigieron como un actor político que no solo cumplía órdenes. Todo esto hacía todavía más confusa la situación, ya que por una parte el Partido creó el Frente como un aparato militar para im-

plementar operaciones combativas y ahora lo acusaba precisamente de aquello: de reducir su práctica a un accionar combativo sin una dimensión política. Insólito. Sea como sea, ya estaba todo dicho, por lo tanto, mientras viajábamos en un auto por la avenida Chile-España e Ignacio me dice: Mira Manuel, tal como lo hemos venido conversando antes, ya no hay vuelta atrás. Le respondo que lo sé, que hace tiempo lo tengo decidido. No sabemos lo que pasará, pero sabe que puede contar conmigo. Me pregunta cuánta gente y medios tengo porque debemos seguir en proceso de rearticulación. Le respondo su interrogante: Aparte de lo que tú ya conoces, trabajo con otras estructuras en cuestiones particulares y podemos reorganizar las tareas. Nos ponemos de acuerdo y le entrego vínculos para gente con quien contactarse. En todo caso, cuando Ignacio argumentó que debíamos llevar adelante el proceso es porque éste lo habíamos iniciado hacía bastante tiempo, de hecho, para mí la tarea comenzó en Buenos Aires mucho antes.

No obstante todo lo sostenido, es esencial establecer que la agudización del conflicto entre el Partido y el Frente se dio a mediados de la década de los ochenta y no a todos los niveles. El enemigo fue y continuó siendo la dictadura y en esa lucha diaria a nadie se le preguntaba si era comunista o rodriguista. Si ingresabas al Frente era porque cumplías ciertos requisitos y punto. A Marcos la dirección lo envió a la V zona, que comprendía el territorio desde Angostura de Paine hasta Talca, la cual era estratégicamente neurálgica en términos de suministro energético. Además, con una buena planificación operativa podías aislar a la capital cortando las vías de acceso, como la panamericana y las líneas férreas. Ahí estaban los verdaderos rodriguistas, los campesinos que te recitaban todas las anécdotas del guerrillero con lujo de detalles; gente de la zona que te recibía siempre en sus casas con un buen plato de legumbres. Fue en esa área donde para el Paro Nacional del 2 y 3 de julio de 1986 se derribaron 15 torres de alta tensión cumpliéndose con el 100% de las misiones asignadas. Los torreros fueron icónicos, arrojados y pioneros en el arte del apagón que oscurecía el país para iluminar la movilización

popular. Fernando e Ignacio fueron algunos de los primeros que comenzaron a experimentar con cargas explosivas en torres de alta tensión. Lo hicieron en el tendido eléctrico en las cercanías de la laguna Carén. Ya habían explorado el lugar y esa noche de fines de 1983 fueron junto a un tercer compañero, pero se encontraron con la sorpresa de un auto estacionado con una pareja dentro. Lo obvio y aconsejable era retirarse, pero Ignacio no quiso hacerlo y decidieron seguir adelante, pasaron reptando a un costado del vehículo de los amantes, instalaron el mecanismo de relojería. El compañero nuevo se puso a vomitar del susto, regresaron a Santiago y se separaron en Pajaritos. Fernando se dirigió a casa de su suegro de entonces justo cuando empezó a cortarse la luz. Estos son los milicos que están planeando algo, reclamó airado su suegro. Fernando no pudo decir nada. Finalmente se cortó la luz. Un éxito. Del compañero nuevo poco se sabe, salvo que hace tiempo que no vive en Chile.



Torreros. Fotografía: Rodrigo Casanova

El que todavía vive en Chile es Andrés, quien en el aparato logístico en los ochenta prosiguió creando barretines para ocultar armamento, arrendando casas, reclutando ayudistas, transportando explosivos o lanzacohetes. Esta última tarea puede ser muy peligrosa, puesto que el riesgo de explosión al contacto es alta, además, la mayoría de las veces tales tareas se hacían sin armas para la defensa, solamente recurriendo a la intrepidez y la astucia. Con él nos encontramos en una reunión ampliada de la Jefatura de Santiago al mediodía de un soleado otoño. Allá por Colón fue. Éramos aproximadamente ocho compañeros, dos de los cuales serían posteriormente asesinados por la CNI. La casa nos la había conseguido un ayudista, un estudiante universitario, y nuestra leyenda – la historia a contar si es que llegaba alguien– es que éramos compañeros de curso que preparábamos un trabajo para uno de nuestros ramos. Nos sentamos en la mesa del comedor, cuadernos, libros y demases, como parte de la escenografía. En algún momento llegó la madre del ayudista, nos saludó pero a los segundos vi cómo se le caía la mandíbula y palidecía. Llamó al hijo y dejó la habitación. No dijimos nada, miré detrás de mí y vi que debajo del mueble se podían apreciar perfectamente dos subametralladoras P-25 y tres fusiles M-16. Con razón la pobre señora casi sufrió un infarto. Se acabó la reunión, tuvimos que salir de la casa, y no volví a ver a Andrés, pero seguramente en algún momento nuestros compañeros o grupos utilizaron sus materiales, sus casas, sus barretines, su creatividad, probablemente en junio de 1987, cuando grupos operativos del Frente atacaron el cuartel Loyola de la CNI en Quinta Normal y, la misma noche, una imprenta en Avenida La Paz que era utilizada por ese organismo represor. Esa tarde nos topamos en la calle Curicó con Ignacio para analizar los últimos detalles. Cuídate, me dijo. Igual, respondí. No lo vería nunca más.

Con Marcos no compartimos encuentros clandestinos, solo la cárcel, además de haber experimentado la tortura a manos de la CNI, aunque en lugares y momentos distintos. Y la proximidad de la muerte, que en dictadura parece respirarte mucho más cerca de la

nuca aún. Fueron muchos los que ni siquiera supieron cómo les cayó encima la puta muerte; otros la sufrieron lentamente, otros hasta la buscaron porque se les hizo insoportable cohabitar con ésta. Para Marcos no era tema porque debido a problemas de salud de una u otra forma siempre ha tenido que lidiar con ella. Cuando lo detuvieron no le pusieron capucha y eso suponía que lo iban a matar, pero no sintió miedo. Es más, en medio de las sesiones de tortura en algún momento, esposado y vendado, lo llevan a una cancha de fútbol, le colocan una carga y prenden una mecha, gritándole sarcásticamente: ¡Nos vemos en la otra vida! Lejos de atemorizar, invade una gran serenidad, una placidez difícil de explicar cuando una persona se halla en una situación extrema como la descrita, pero cada persona reacciona de manera diversa ante coyunturas específicas. Por su parte, Andrés siempre le ha tenido miedo a la muerte, pero no entonces; su mayor temor era a caer detenido, a la tortura. El miedo era real, estaba siempre presente, el enemigo estaba en todos lados y, por lo mismo, el miedo estaba en todos lados también, pero no había tiempo para pensar en eso, había que superarlo, de lo contrario habría sido imposible hacer nada. Marcos sentía exactamente igual, iba a una acción, ponía una carga, pero no hallaba la hora de irse. Ahí conoció lo que era el olor del miedo, pero no podías dejar que eso te paralizara. Por supuesto que hubo muchos compañeros y compañeras quienes jamás sintieron temor de nada y todo les fluía con absoluta naturalidad, pero para la mayoría no era así, incluso para los que habían pasado por cursos de instrucción militar.

Es que una cosa es la teoría y otra muy distinta es la práctica. En una oportunidad, salí del departamento que arrendaba en una villa en La Florida, caminé varias cuadras para tomar la micro en dirección al centro. Cuando creí que no tenía seguimiento llegué a un paradero en avenida la Florida; esperé que pasaran un par de micros para que se subiera la gente que estaba ahí. Observé que había un hombre que también dejó pasar los micros y que, además, tenía los zapatos limpios a pesar de estar en un vereda de tierra. Me subí en la próxima micro y me senté en el último asiento al lado de la puerta

trasera. No se subió. Dos paraderos más adelante se suben cuatro hombres, todos se desplazan hacia el fondo de la micro, uno se sienta al lado mío, los otros tres se quedan de pie. Ninguno me mira, ni siquiera el que se sienta a mi costado. Muy raro. Casi con certeza son de la CNI o de algún organismo de seguridad. No estoy armado, solo llevo varios documentos. El corazón me late rápidamente mientras pienso qué hacer, cómo salir de ahí. Vamos por Macul y de pronto a uno de los tipos, el más alto y que viste una chaqueta de cuero café oscura, le suena la radio. No se inmuta, tampoco ninguno de los demás. Ya no hay duda alguna: son de la CNI. Estamos cerca de Grecia, una señora toca el timbre, se abre la puerta y me bajo corriendo antes que ella. Hago parar un taxi que justo iba pasando, diciéndole que me deje en Pedro de Valdivia con Carlos Antúnez. Cuando nos aproximamos al lugar donde debo bajarme, lo primero que veo en la esquina es el agente que estaba sentado al lado mío en la micro. Le digo al taxista que mejor me deje en 11 de Septiembre. Me bajo aceleradamente, cruzo la calle, me detengo en un quiosco de diarios para observar si aún tengo seguimiento y a pocos metros distingo al tipo de la chaqueta de cuero. Siento que no podré romper el seguimiento, que la detención es inminente, que están por todas partes. No logro entender cómo pueden adivinar cada paso que doy, deben tener visión aérea, pero en esos tiempos no era habitual, menos todavía para alguien de menor jerarquía como yo, a menos que pensarán que sí la tenía. Después me enteraría que sí lo creían. Me inundaba la adrenalina, no quería caer preso ni ser torturado, menos morir; crucé la calle entre los vehículos, ingresé a la galería Drugstore de Providencia por una de sus puertas y salí por otra caminando presurosamente, tomé un taxi y me alejé de la zona con el corazón todavía palpitando a mil y el olor al miedo impregnando la ropa. No volví al departamento.

Sí volví a organizar una segunda Escuela junto al equipo del hermano del cementerio, pero esta vez no todo salió bien. Fue en El Tabo, ahí arrendamos dos casas, una para la Escuela y otra para cualquier eventualidad. Los alumnos llegaron sin problemas y los

instructores también, pero al tercer día, cuando me encontraba realizando instrucción de armamento, el compañero da la alerta de seguridad. Eran alrededor de las cinco de la tarde y todos nos quedamos en silencio y dispuestos a evacuar la casa. Los alumnos eran todos milicianos muy jóvenes –seis hombres y dos mujeres– y todos se pusieron extremadamente nerviosos. Temblaban, la verdad. La más tranquila era la compañera que me miraba asustada mientras yo, susurrando, trataba de recordarles el plan de escape. Yo, la verdad, tampoco estaba muy quieto. La compañera que hacía de arrendataria de la casa entró a la pieza y me dice que el dueño de casa había recibido quejas del vecino que señalaba que en la casa había visto mucha gente, que por eso lo había llamado. El compañero que lo recibió le dijo que no pasaba nada, que el fin de semana habían venido unos amigos, pero nada más. El dueño les pidió disculpas y se marchó. Pero tomé la decisión de evacuar inmediatamente, el problema es que eran ocho compañeros y dos instructores, porque los arrendatarios se quedaban. Además, había que llevarse el armamento, los documentos y todo esto en un día domingo de verano donde obtener un asiento en bus hacia Santiago, Valparaíso o Viña es muy difícil. Al final recurrimos a la casa auxiliar, a buses legales y piratas y todo el mundo salió de El Tabo. Lo increíble es que 20 años después, en el terminal de buses de Santiago, se acerca un hombre de mediana edad y me dice: hola compañero. Lo miro pasmado. No se preocupe, me dice, sé que no me reconoce, pero usted me hizo clases en la playa hace mucho tiempo. Me alegra mucho verlo y que esté bien. Me sonrío, se da media vuelta y se aleja. Es en esos momentos cuando uno recapacita acerca del papel que cumple en esta vida o que viene a cumplir según los que creen en el destino o en la predestinación. O, para nosotros los más simples y prosaicos: ¿De qué mierda sirvió un sociólogo en la lucha armada contra la dictadura?

En realidad la interrogante es demasiado genérica, debe ser acotada, pormenorizada. Hay que ponerle nombre y apellido, porque existieron muchos sociólogos que pública o clandestinamente rea-

lizaron una inmensa contribución al combate contra la dictadura y sería injusto generalizar. Entonces, ¿cuál es el aporte que uno hizo? Casi nada, un centelleo en la oscuridad, un relámpago distante en la borrasca. Muy distante. Una estalactita en una caverna eterna, o sea nada, hermano. ¿De qué sirvió la sociología? De casi nada. Un análisis por aquí, otro por allá, un escrito, decenas de artículos, de informes. Elaboraciones sobre estrategias político-militares, sistematizaciones sobre el Rodriguismo. Casi nada, porque la sociología en abstracto no tira tiros, no arma granadas caseras, no engrasa fusiles, no ajusticia asesinos, no ataca cuarteles de la CNI. Desempeña un papel sí, pero casi nada, creo. Tantos autores, tantas escuelas de pensamiento, ideas, conceptos, reflexiones, debates para que al final nos mataran igual. Acá solo se requería la sociología militante, la que te ponía en la calle, pero no disparando putas letras. Por eso, si bien es cierto que la sociología no había servido para casi nada y que ser sociólogo no sirvió para casi nada durante la dictadura, cuando aquel señor del terminal de buses me saludó sentí que algo había contribuido. También me invadió una gran tristeza por todos los hermanos y hermanas que cayeron en la lucha contra la dictadura y que ya no están aquí como el compañero del terminal y como yo. Pero ellos no son solo víctimas, sino que por sobre todo combatientes sociales, aunque hayan enfrentado la muerte en condiciones espeluznantes, como en la Operación Albania.

La Operación Albania: los zapatos del comandante Benito

Nos encontramos en una fuente de soda aquella tarde. Ella lloraba desconsoladamente mientras yo trataba de libar el café humeante. Hay que seguir adelante, le decía con firmeza, así es la lucha. Y la compañera con los ojos llenos de lágrimas, diciéndome: ¿Pero cómo puedes ser así, cómo puedes decir eso? Nunca pensé que alguien pudiese llorar tanto, era como si todo el mar se desbordara desde sus ojos azabache; olas gigantescas, sin narvales ni peces azules, tan solo dolor. Un dolor abrumador, espeso, de esos que se te pegan a la espalda para no soltarte jamás, y por eso posiblemente yo trataba de evitar la congoja observando el café, quemándome los labios con cada sorbo, levantando apenas la vista para barbotear un par de palabras que de nada servían pues la compañera seguía llorando sin parar. Y lo más impresionante es que por entre el huracán de lágrimas que emanaban de sus ojos negros, nadie decía nada, nadie parecía percibir algo, sentir algo. No sé, impactarse. Por último, acercarse a la mesa y gritar: oye hijo de puta, ¡déjala en paz! Decir algo, hacer algo, porque yo solo atinaba a reiterar que había que seguir adelante y ella a repetir que cómo podía ser así, y más café y más lágrimas. La verdad es que no recuerdo como terminó aquel encuentro, solamente que estaba oscureciendo y que una brisa helada se posaba sobre la ciudad. Nunca más vi a esa joven sollozante quien era enlace de Ignacio. Así se le denominaba a los compañeros que traían y llevaban mensajes o los dejaban en buzones destinados para ese fin y donde uno los recogía cuando correspondía. La veía de tanto en tanto cuando Ignacio no podía juntarse conmigo personalmente pues se lo impedían otras obligaciones. Era seria y extremadamente respetuosa de sus jefes y muy responsable en las misiones que eje-

cutaba. Desconozco qué hacía en su vida privada o si desempeñaba otras tareas en la organización. Nunca pregunté, porque no se debía hacer, pero tenía apariencia de secretaria, por su modo de vestir, de hablar, su formalidad. De ser nortina. Quizás lo figuré porque en una ocasión me bisbiseó al oído que por favor le dijera a Ignacio que se había conseguido una casa de seguridad en Chañaral, que podía usarse en cualquier momento si es que era necesario. Lo dijo con orgullo, muy grave, pero insinuando una breve sonrisa en la comisura de sus labios oscuros. Cuando se lo conté a Ignacio éste se rio. ¡Pero si eso está muy lejos! No nos sirve. Nunca le dije a la compañera cual había sido la reacción de Ignacio, pues la hubiese afectado profundamente. Solo le transmití su agradecimiento y que le comunicaríamos si es que alguna vez requeriéramos la casa. Nunca le admití a Ignacio que yo tampoco estaba muy seguro donde quedaba Chañaral, porque —la verdad— después de haber sido expulsado tan joven del país, casi no tuve tiempo de viajar, otear montañas, escudriñar valles, aprender toponimias ancestrales. Además, ni siquiera existía la tercera región cuando me exiliaron, entonces no era mi culpa, pero aun así sentía pudor de confesar mi ignorancia, así que preferí callar y no decir nada. Tampoco podía aparecer ante los ojos de aquella compañera desconocedor del país cuando se suponía que uno debía desplazarse con fluidez por todas partes.

Al final da lo mismo de dónde provenía o lo que hacía, porque lo único relevante es que ella fue valiente y arriesgó su vida en momentos difíciles, al igual que Ignacio, y por eso lo mataron. Ella lloró como nunca vi a nadie llorar y él murió clavado al sol a pasos de la casa de su madre, como ningún hijo debe morir. Lo mataron mientras nosotros lo esperábamos en una pequeña oficina que arrendábamos en el centro de Santiago, en la calle Moneda. Nuestra fachada era la de una microempresa importadora de productos agrícolas. O tal vez era exportadora, la verdad es que no lo recuerdo muy bien, solo sé que debíamos ir un par de veces al mes a reunirnos con Benito y con otro compañero del Mando Zonal de Santiago para planificar y evaluar el trabajo. Para aquello quedamos de juntarnos a

la una de la tarde de ese lunes. Ignacio no llegó a la hora estipulada. Nos preocupamos porque siempre era puntual. Estábamos de pie en la minúscula oficina que daba hacia un hall de entrada y a una escala que descendía hacia la calle. Esperamos cinco minutos y nos fuimos, estableciendo un punto alternativo de encuentro para esa misma tarde, suponiendo que algo había pasado, pero jamás imaginando que era el comienzo de una masacre. A Ignacio lo habían asesinado mientras nosotros lo esperábamos en medio de catálogos de maquinaria agrícola sobre las cuales no sabíamos nada, como nada sabíamos de la maldita Operación Albania que cobró su primera víctima con la muerte del comandante Benito al mediodía de un invierno que ni siquiera había comenzado. En todo caso da lo mismo morir de día o de noche, excepto cuando eres tú el que te mueres, porque ahí sí que cambia todo, uno puede suponer, porque nadie sabe realmente. La muerte en dictadura es traicionera, tiene ojos de escarcha y manos de granito. Es desalmada y mata porque es su esencia matar, porque es de la esencia de los militares matar. Así a Ignacio Valenzuela la impenetrable muerte lo sorprendió en una apacible calle de Las Condes. Alcanzó a desenfundar su pistola, pero le dispararon desde un furgón y desde varios lados. El comandante Benito cayó herido de muerte, como caen los valientes, los héroes de carne y hueso, los de verdad. Eran las 12:10 del 15 de junio de 1987 y la vida de Ignacio se extinguió instantáneamente. Y yo me quedé con las llaves de la oficina de la Jefatura de Santiago del Frente en el bolsillo, esperando a Ignacio. Todavía las tengo.

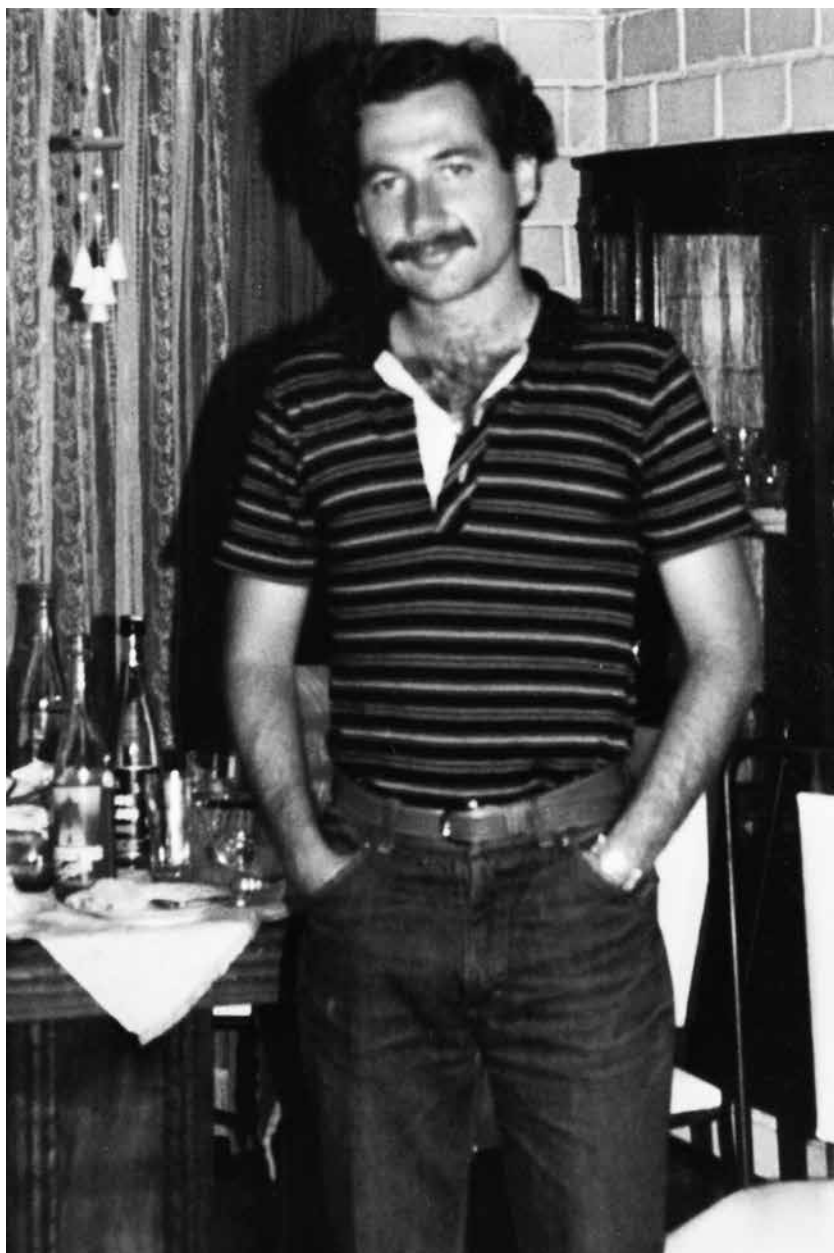
Él sabía que lo seguían, de hecho ese mismo día en la mañana se había juntado con un compañero en la calle Irarrázaval y éste, al percatarse de que Benito tenía seguimiento le comentó: hermano, cuidado, estás marcado. Benito le respondió: tranquilo, no te preocupes y se tocó el lado izquierdo de su chaqueta palpando la sobaquera donde llevaba su pistola. Se despidieron. Se dirigió a la casa de su madre y allá lo asesinaron. La tranquilidad le jugó una mala pasada, pero quien lo mató fue la CNI, de la misma manera que a todos los compañeros y compañeras del Frente capturados y

asesinados el 15 y 16 de junio de ese año. Fue una masacre convertida en un montaje mediático por la CNI y cubierta con un manto de legalidad por el fiscal de la segunda fiscalía militar, capitán de carabineros Luis Acevedo. El objetivo era asestar un golpe mortal al Frente. Para lograrlo, el mismo general Pinochet ordenó al general Hugo Salas, director de la Central Nacional de Informaciones, el despliegue de la División Antisubversiva Bernardo O'Higgins y en particular de la Brigada Azul al mando del capitán Krantz Bauer que estaba destinada a la represión del FPMR. A ésta se unió la Brigada Especial liderada por el capitán de Carabineros Francisco Zúñiga y la Unidad Anti-Terrorista, comandada por el capitán Rodrigo Pérez. Además, se congregaron en el cuartel Borgoño de la CNI efectivos de Investigaciones para participar en el operativo. En otras palabras, un enorme poder de fuego y un gran desplazamiento de fuerzas para aniquilar al Frente.

Esto lo supimos después, puesto que en ese tiempo solamente recibimos fragmentos de información, básicamente a través de la prensa escrita y de las radios. Había que discernir la verdad de la mentira. *El Mercurio*, *La Tercera*, *Las Últimas Noticias*, *La Segunda*, *La Nación*, transmitían la versión oficial —entregada por la CNI— de terroristas muertos en enfrentamientos. Revistas opositoras, *Análisis*, *Cauce* y *Apsi* y diarios como *Fortín Mapocho* denunciaban un montaje, desmentían al gobierno y denunciaban una masacre. Temprano en la mañana del día martes 16 vi la portada del diario *La Tercera*: Cuatro extremistas caen en tiroteos, decía. Tres en Santa Rosa y uno en Las Condes. Había una foto de un cuerpo tirado en la calle, tapado con diarios y rodeado por carabineros. Mencionaba el nombre del muerto: Recaredo Valenzuela. No sabía el verdadero nombre de Ignacio, de manera que no lo asocié inmediatamente con él. Para Andrés fue diferente, porque ese mismo día lunes tenían un punto a las 18:30 horas e Ignacio palmariamente no llegó. Dejó el lugar con una sensación extraña, sin saber exactamente por qué. Andrés tomó un micro por Pedro de Valdivia hacia La Florida, pasando por Macul y Agrícola, todavía con una corazonada amarga. Ya en una casa, vio

en las noticias en la televisión el cuerpo de un hombre cubierto con diarios. No se identificaba el rostro, pero se alcanzaban a divisar sus zapatos y Andrés lo supo de inmediato: era Benito. Calzaba zapatos Hush Puppies que Benito le había recomendado a Andrés, porque aunque eran caros, duraban más. Valía la pena. Es más, el mismo Benito le había prestado un líquido especial para limpiarlos. Por eso Andrés reconoció de inmediato que el supuesto extremista abatido en Las Condes era Ignacio Valenzuela. Aun así salió a la calle, encontró un teléfono público y llamó a su jefe para tratar de confirmar la noticia. Era él, el comandante Benito, que se había granjeado la confianza y el respeto de todos por su trayectoria y arrojo, había sido asesinado.

Nos dolieron profundamente las muertes de las que nos enteramos ese día, aunque no sabíamos mayores detalles, pero el rostro sonriente de Ignacio solo me golpeó brutalmente al día siguiente, creo, cuando lo vi precintado para siempre en un diario cualquiera. Ahí la herida abierta por el horror de esos días interminables se cerró de un portazo, como un huracán de hielo que se te clava en el pecho y no te deja respirar. Ahí estaba Ignacio abrazándote con su mirada infantil, musitando al oído de todos: no importa hermanos, harto daño le hicimos a estos hijos de puta. Lucha que había comenzado temprano en los años ochenta, como recordó Fernando quien estuvo con él la noche anterior en el Festival Víctor Jara. Al comandante Benito no le partió la Citroneta, Fernando ofreció llevarlo a casa, pero éste declinó la oferta diciendo que no se preocupara, partiendo del ex pedagógico, en Macul, en taxi para perderse en la noche por última vez.



Ignacio Valenzuela, Comandante Benito.

Fue el primero de doce asesinados. Luego vino Patricio Acosta en la calle Varas Mena en San Miguel, donde participó el suboficial de ejército y agente de la CNI Juan Alejandro Jorquera, entre varios otros. Lo menciono, porque el “muerto” está directamente involucrado en mi ulterior detención. Wilson Henríquez y Waldemar Henríquez fueron abatidos en la misma Calle, pero en una casa que funcionaba como Escuela, donde se detuvo a otros compañeros. En el ataque a la casa participaron también detectives de la Brigada Investigadora de Asaltos encabezada por el prefecto Sergio Oviedo, quien dirigió las sesiones de tortura en contra mía. En la noche, en la Villa Olímpica, fue asesinado Julio Guerra, el capitán de ejército, Arturo Sanhueza Ross le disparó dos tiros en sus ojos. Él fue el jefe del comando que participaría posteriormente en nuestra detención. En conclusión, fueron ejecutados siete compañeros y compañeras, una de ellas embarazada, que habían sido secuestrados, llevados al cuartel Borgoño de la CNI y torturados ahí. Se les trasladó en la madrugada del día 16 de junio a una casa vacía de la calle Pedro Donoso en la comuna de Conchalí, se les asesinó con decenas de disparos y se les remató a todos con un tiro en la cabeza. Se simuló un enfrentamiento que nunca existió.

Era demasiada tenebrosa la oscurana de la muerte como para mirarla de frente, por eso le repetía a la compañera que había que seguir adelante, aunque sospecho que era exclusivamente porque no podía creer que a Ignacio no lo vería más. Que a Manuel Valencia, de solamente 21 años, no lo vería más. No llevaba demasiado tiempo en Chile cuando hube de trasladarme hacia la comuna de La Cisterna en Santiago para cumplir la tarea de arengar a un grupo operativo que llevaría a cabo una operación esa noche. Manuel formaba parte de ese grupo. Bajé de la micro esa tarde lluviosa, crucé la calle y caminé tres cuadras en dirección hacia donde me esperaba un compañero quien se cobijaba del aguacero solo con un gorro de fieltro. Nos internamos por las estrechas calles de una población cerca de Ochagavía. Todavía siento la humedad, el barro y el olor a humo de la especie de galpón de madera de piso de tie-

rra al que entré. Estaba en penumbras, me pongo el pasamontañas que me pasa el compañero y me acerco al grupo de cuatro combatientes formados al centro del cobertizo. Todos jóvenes, todos audaces, todos dispuestos a realizar la operación encomendada. Se veían tensos, pero muy emocionados de que un miembro de la jefatura estuviera ahí en terreno acompañándolos. La arenga, cuyo contenido exacto no recuerdo, fue relativamente sucinta, haciendo alusión a la importancia de la acción y a la contribución que ellos hacían a la estrategia del Frente al apoyar la lucha de nuestro pueblo. Por sobre todo –y esto sí lo recuerdo perfectamente– la necesidad de continuar la lucha armada como un elemento vital, no el único, pero sí crucial, del combate contra la dictadura. Nadie dijo nada. Los saludé uno por uno, les deseé éxito y, en silencio, salí a la lluvia. Eran las 8 de la noche. La acción de hostigamiento –ataque– a una comisaría de carabineros de la comuna se efectuó a la 23:00 horas y culminó con éxito. Fue la única vez que vi a Manuel. La segunda vez su cara se me apareció de golpe en la página de un diario gris de una también gris mañana. Su misma cara de niño de población que nunca supo que su compañera estaba embarazada de una hijita, Daniela. Y no es justo que Manuel no haya tenido la posibilidad de acariciarla, de pasear con ella, de besar a su compañera y caminar juntos por cualquier rincón de la Quinta Normal o de otro parque. Tantos hermanos caídos en tan solo un par de días era injusto. Que 14 años de violencia cívico- militar era demasiado, que un día de violencia cívico- militar es demasiado, por ello era necesario ponerle fin, y una forma de hacerlo era tomar las armas. Pero jamás nunca encontré a alguna hermana o hermano del Frente que creyera en la violencia como una necesidad, menos aún como un modo de vida. Una cosa es combatir a la dictadura en condiciones políticas muy concretas de opresión y profesar el derecho a la autodefensa y a la rebelión, y otra muy distinta es reivindicar la violencia como praxis política. En una conversación con dos compañeras en una fuente de soda de Gran Avenida, donde nos comíamos un completo, una de ellas, miliciana rodriguista –pobladora que llevaba bastante tiempo

realizando acciones de propaganda armada: apagones en noches de protesta, apoyo a recuperaciones de alimentos en supermercados– me contaba, con un cierto dejo de tristeza en su mirada, que estaba cansada, no porque estuviese todo el día o todos los días trabajando en las milicias, sino porque veía como en su población se había enraizado la violencia. Se respiraba cotidianamente, se transformaba en miedo a carabineros y organismos represivos, pero también en coraje y éste en resistencia. Ella ya no quería más violencia, deseaba el término de la dictadura y por eso continuaba aportando al trabajo militar de masas, porque pensaba que era otra forma más de batallar, junto con las barricadas, las protestas, los rayados, las peñas folclóricas. Ansiaba volver a pasear por el zoológico con sus niños. Al menos eso opinó mientras terminábamos el completo. Lo paradójico es que no estábamos lejos de la base área de El Bosque de la Fuerza Aérea de donde provenían muchos de los integrantes del Comando Conjunto, agrupación de exterminio que asesinó e hizo desaparecer a decenas de chilenos y chilenos. Estaba compuesto, además, por marinos, detectives, militares, civiles de Patria y Libertad y carabineros. Estos últimos secuestraron, asesinaron y degollaron cruelmente a tres compañeros en marzo de 1985. Uno de ellos fue el profesor Manuel Guerrero. A él lo conocí en Irlanda; estuvo en mi casa un par de días, conversamos extensamente de política mientras tomábamos onces o caminábamos por las estrechas y hermosas calles dublinesas. Era serio y sonría poco, al menos es lo que recuerdo, a diferencia de su hijo Manuel a quien conocí muchos años después acá en Chile. Coincidimos en el doctorado en Sociología en la Universidad Alberto Hurtado, el primero en el país. Manuel tenía tan solo 14 años cuando mataron a su viejo y con una entereza y valentía impresionantes pronunció un discurso que a cualquiera que lo escuche le estremece el alma y le aprieta la garganta. Sus palabras interpelaban a todos aquellos que permanecían indolentes ante el horror circundante, a los que poco o nada hacían contra la dictadura. A sus escasos años Manuel clamaba justicia sin derramar una lágrima. Conmover y horrisono al mismo tiempo. En esos

años de violencia Manuel imponía un sello de ternura, porque así era él. No siempre estábamos de acuerdo, él cree mucho más en esta democracia que yo. Yo sigo creyendo en Marx y me da la impresión que él menos, pero puede que me equivoque. No sé, lo importante es que compartimos asados, guitarreos, clases, discusiones teóricas, políticas y de todo un poco con compañeros del doctorado en esta democracia por la cual él luchó. Compartimos la necesidad capital de no morirnos de olvido y preservar la memoria. Muchos otros también lucharon por la democracia, pero no por una que después de dos décadas tiene la misma constitución dictatorial, tanta injusticia social y tanta impunidad. Porque ¿cómo es posible, entre tantos otros ejemplos, que los tribunales se hayan demorado 15 años en hacer algo de justicia en el proceso de la Operación Albania y que la mayoría de los culpables se hallen actualmente en libertad? ¿Cómo es que se condenó al capitán de ejército Arturo Sanhueza que re-mató en el suelo al inerte Julio Guerra con un par de balazos en sus ojos a tres años y un día de presidio? ¿Cómo se le absolvió del secuestro de la joven Esther Angélica Cabrera quien fue después ejecutada en la calle Pedro Donoso?

Vengando a los hermanos y hermanas caídos en la Operación Albania

Llegué al encuentro en una fuente de soda en el sector de Franklin al mediodía del domingo 21 de junio, en el umbral del invierno. Ahí estaba Manuel Sepúlveda, posteriormente secuestrado y asesinado por la CNI y con quien habíamos trabajado en la zona sur de Santiago. Se desplazaba por entre las callejuelas de las poblaciones con propiedad y siempre con una sonrisa en los labios. Era flaco, alto y desgarbado, con un bigotito casi pintado a mano. Inspiraba confianza, pues cualquiera que se encontraba con él en alguna reunión, en algún punto, en una sesión de instrucción, sabía que llegado el momento, Manuel estaría ahí, que no era solo palabras. Además, era de esos hombres que, sin alardear, irradiaba aplomo. Caminaba con aplomo, como si la calle le perteneciera, como si nada le pudiera pasar a él ni a ninguno de lo que le rodeaban. Lo conocí por primera vez una tarde de lluvia en una calle de la población La Victoria en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, en la zona centro- sur de la capital. Llegué ahí en compañía de otro hermano rodriguista, un joven silencioso, pálido y muy serio, quien me había recogido en un punto a aproximadamente diez cuadras de la población. Luego de la habitual seña y contraseña usada por razones de seguridad, no pronunció palabra alguna hasta que me entregó a Manuel quien, por cierto, usaba otro nombre. Con Manuel dimos vueltas por varias cuadras hasta que ingresamos a una casa en la parte posterior de otra casa. Hacía frío mientras afuera ya oscurecía. Manuel me pasó un pasamontañas y reiteró –ya me lo había dicho en el camino– que la casa tenía tres piezas y nosotros nos ubicaríamos en una pieza al fondo, donde había una puerta que daba a un pequeño patio y por donde se podía escapar en caso de ser necesario. Allí nos esperaban

cuatro compañeros. Todos se ponen de pie al vernos entrar. Manuel los forma y los saluda a todos individualmente. Se ven nerviosos, pero decididos y contentos de estar ahí. Siempre uno está tenso en estas circunstancias. Al menos para mí siempre los momentos más complicados fueron al llegar a una reunión, a un punto, o al salir de los mismos, porque uno nunca sabe que va a encontrar, con quién o qué se va a encontrar. En esos instantes estás solo. Llegas o te vas, pero siempre solo. Después, cuando uno ya está inmerso en una situación determinada, da lo mismo, estás con alguien y, por lo demás, tienes pocas opciones: o te enfrentas o te detienen o te matan, pero al menos estás acompañado. Es una especie de consuelo absurdo, pero te da fuerzas, ánimo, te da esperanza de que, a lo mejor, podrás salir de ahí con vida. Es el calor de la hermandad, la compañía, el abrigo, la mano, el brazo que te cobijará llegado el momento. Por último, el grito que darás en conjunto cuando ya no haya nada más que hacer. Un campanario desesperado, pero valiente hasta el final, un carillón al viento dejando patente que aunque te maten una y mil veces no te pudieron vencer. Un grito hermanado, un hermano gritado, aunque sea solo para vivir unos segundos más. Ahí estaban ellos, todos jóvenes, todos aguerridos, todos decididos a combatir a una dictadura que se prolongaba demasiado, mientras algunos partidos claudicaban cobardemente y dialogaban con ésta o pensaban en hacerlo. Pero no aquellos jóvenes que, pletóricos de entusiasmo, solo esperaban las órdenes para emprender las siguientes acciones. Manuel solo sonreía, lo cual acentuaba todavía más sus rasgos orientales y eso, sumado al hecho de que practicaba artes marciales, le hicieron acreedor del sobrenombre de Jackie con el cual aún se le recuerda.

Aquel domingo me recibió con la sonrisa orientalizada de siempre a pesar del dolor que nos embargaba. Pedimos una bebida mientras hacíamos hora para dirigirnos a otro punto donde nos reuniríamos con otro compañero para aquilatar los pasos a adoptar después del golpe asestado a la organización. Le pregunté cómo estaba y me respondió que bien, aunque preocupado porque sabía

que andaba con cola desde hacía un tiempo. Le dije que también estaba seguro de que yo tenía seguimiento de la CNI, que lo había detectado hacía al menos un mes atrás, que lo habíamos conversado con Benito y otros hermanos, pero decidimos no hacer nada porque si se dejaban ver —suponíamos— era para amedrentarnos, para que dejáramos de hacer lo que ellos suponían haríamos. De lo contrario, conjeturábamos, harían lo imposible por ocultarse. Entonces, bastaba con extremar las medidas de seguridad. En fin, siempre partir de la premisa de que el enemigo te está siguiendo, que te va a detener y que te va a matar y debes intentar no caer preso. Y, si no puedes romper con el chequeo enemigo, jamás hacer contacto con nadie y descolgarte de todo hasta nuevo aviso, así pasaran semanas o meses. Huelga decir que estábamos profundamente errados, que la CNI no buscaba solo intimidarnos, sino destruirnos. Es lo que tratábamos de entender esa tarde soleada de invierno en un año en un restaurante de Franklin, ya reunidos los tres compañeros en torno a un café y un sándwich. La verdad es que nadie tenía hambre, pero había que mantener las apariencias. No estuvimos mucho tiempo, había nerviosismo, rabia, tristeza y deseos de justicia. Repasamos la situación de seguridad de cada uno, cómo habíamos llegado hasta ahí, si es que habíamos detectado chanchos —agentes de la CNI— esa mañana. Todos dijimos que no, que pensábamos que no, pero nadie podía estar cien por ciento seguro, después de todo hacía tan solo cinco días habían asesinado a doce hermanos. Tampoco teníamos certeza en ese momento de por qué la CNI decidió matar a esos compañeros y no a otros, por qué habían elegido ese momento. En fin, eran más las interrogantes que las respuestas y, por lo demás, las comunicaciones con otras estructuras de la organización estaban cortadas y no sabíamos cuánto más duraría esa situación. Ni siquiera estaba claro si nosotros podríamos contactarnos nuevamente de manera fiable. Pero, la verdad, en ese minuto a ninguno de los tres nos preocupaba ni la seguridad, ni los seguimientos, ni la vida. Por el contrario, lo único que queríamos era que apareciera la CNI, que se atrevieran a acercarse, a ver si eran tan bravos. Era tanta nuestra

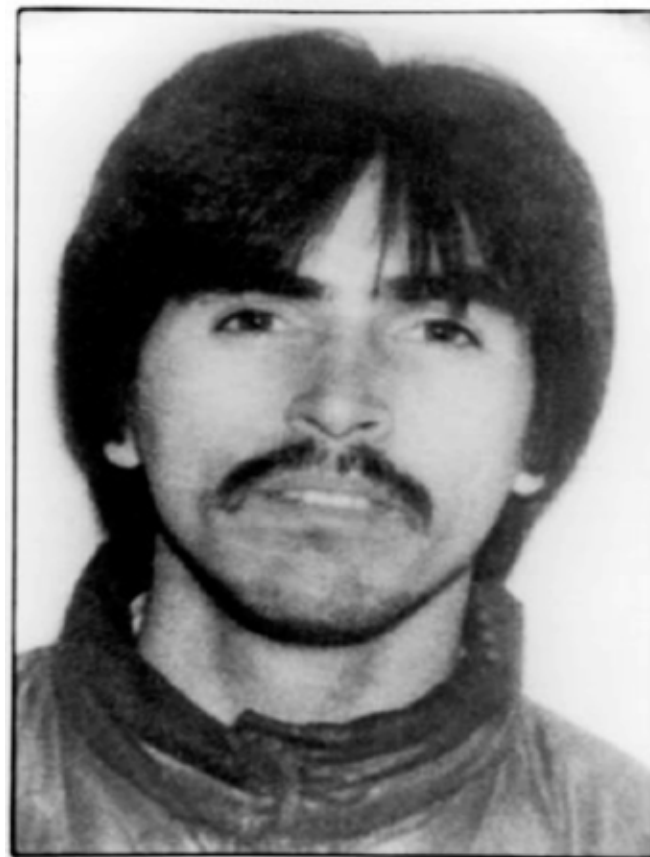
cólera y nuestro dolor por los hermanos y hermanas asesinados que no nos importaba morir ahí mismo, siempre y cuando pudiésemos mandar al infierno a unos cuantos hijos de puta. Estábamos todos armados: dos pistolas y un revólver para combatir contra la CNI, a todas luces, un suicidio. Pero juro que en ese instante nos daba lo mismo y ninguno de nosotros llamó a la cordura, nadie dijo: hermanos, calmémonos, los compañeros caídos no querían que hiciéramos locuras, o toda esa mierda que uno dice en estas ocasiones a los demás pero que no se cree a sí mismo. Estoy convencido de que los compañeros asesinados hubiesen querido que hiciéramos locuras, miles de locuras y vengáramos sus muertes, sus putas muertes, sus inmerecidas muertes. Si fueron torturados bestialmente y luego ametrallados y ejecutados con un tiro en la nuca, ¿cómo vamos a apaciguarnos, cómo no vamos a querer salir a matar a estos hijos de las mil putas? ¿Es una locura? Desde luego que es una locura, pero una locura justa que ni siquiera requiere motivos para ser justa, tan solo mirar al espejo un par de días atrás y ver como agentes de la dictadura secuestraban o acribillaban en la calles de Santiago a doce compañeros y compañeras del Frente.

Nuestra furia se mezclaba con el desconcierto y el no saber muy bien qué hacer. Una prueba de esto es el hecho de que mientras nosotros estábamos en el sector de Franklin, otro grupo de compañeros se encontraba reunido también en el área. Veintiocho años después, Andrés y yo nos sorprendemos al saber que estuvimos tan cerca sin tener idea, porque nos encontrábamos intentando hacer lo mismo: darle sentido a lo que nos estaba pasando. Uno de los principales problemas, obviamente, era la seguridad ¡y estábamos quebrantando uno de los principios básicos: no realizar actividades simultáneas en lugares o espacios cercanos! Claramente un indicio de nuestra turbación. Desconozco si esto sucedía a todo nivel, pero al menos fue mi experiencia en esos días, esa mixtura de desorientación, frustración, ira, deseos de justicia. Porque no creo en eso de poner la otra mejilla ni en el perdón. Es que se mezclan tantos sentimientos, clama Andrés: están matando a tus compañeros, a gente buena, como Ignacio.

El no solo se ganó estimación por su trayectoria como combatiente y jefe, sino que también por su calidad humana. Cuando supo que mi compañera estaba embarazada, revive Andrés en la fría tarde de Valparaíso, me preguntó si ya tenía cuna para la guagua, le respondí que no. Me dijo que él me iba a traer una. Así fue, un día me pasó a buscar a San Joaquín en auto y me trajo la cuna que usaron mis dos hijos. Era un hermano que llegué a querer y admirar, denotó con sus ojos negros donde creí atisbar un alabeo de tristeza por tantos que ya no están y por tantos que están pero pudieran no estar y a nadie le importaría. Es que casi toda la historia oficial de la lucha contra la dictadura se ha escrito por los que no estuvieron en la lucha armada o por algunos que sí estuvieron o la apoyaron pero que ahora reniegan de ella. Más aún, es una etapa de la historia de Chile, o para ser más precisos, una forma de lucha, que han pretendido ocultar y denostar, como si nunca hubiese existido. Aquellos que tomaron las armas pasaron a ser fantasmas que es mejor ignorar, espectros que más vale enclaustrar en covachas escarchadas antes que peregrinar por las calles de Chile vociferando revolución o sublevación. No vaya a ser cosa que alguien pregunte: ¿Cómo fue papá, es verdad mamá que así pasó? Y así fue, porque éramos todos gente común y corriente y la gente común y corriente no solo come, ríe, canta, baila, hace el amor, estudia, trabaja, sino que también se organiza para defender su dignidad. Llámesele democracia, libertad, rebelión, sublevación o revolución, el pueblo tenía la soberanía de expresarse del modo que deseara. Así lo hizo y el costo fue grande y, por lo mismo, nadie ni nada tiene la atribución de arrebatarle su sacrificio y entrega a millares de combatientes conocidos y anónimos que se rehúsan a languidecer en sus grutas. Porque pese a quien le pese y guste a quien le guste, la derrota de la dictadura no fue con un lápiz y un papel como han tratado de instalar en la subjetividad social. No comenzó con el plebiscito de 1988, con el Arco Iris y las canciones de La Alegría Ya Viene. Las dictaduras militares jamás caen con ráfagas de lápices o de luces multicolores; ni los papelitos esos, ni las urnas, ni las elecciones hubieran sido posibles sin el aporte

previo de las movilizaciones callejeras, las barricadas, las obras de teatro, las manifestaciones por los derechos humanos, las peñas, los actos culturales, las tomas de colegios y universidades, las huelgas. Y, por supuesto, las acciones armadas. Estas últimas desempeñaron un papel crucial en elevar el estado de ánimo de las masas, desestabilizar al enemigo y generar condiciones para organizar e instruir paramilitar y militarmente al pueblo. No fue solamente el Frente, hubo otras organizaciones que recurrieron a estas formas de lucha y pagaron con creces esta opción, pero sin duda que el FPMR tuvo un crecimiento exponencial y sostenido a partir de 1983. Así se sucedieron miles de pequeñas y grandes acciones que estremecieron al país, convirtiéndose los apagones en el sello de presentación del Frente. Los torreros, combatientes especializados en volar torres de alta tensión, las hacían explotar, Chile se oscurecía y el pueblo salía a las calles, particularmente en las poblaciones, a levantar barricadas y protestar. El Frente estaba al frente, pero también atrás y al lado y al otro lado. Y la CNI no entendía y no sabía por dónde asirlo, por dónde golpearlo, pero poco a poco fueron aprendiendo y, además, contaban con muchos recursos financieros, técnicos, humanos, logísticos. Tenían a la dictadura, a las Fuerzas Armadas y a los Estados Unidos detrás. Una contienda desigual, y la Operación Albania es consecuencia de esa guerra dispar. Obtuvieron información y la utilizaron para matar, pero nosotros, aunque vapuleados y turbados por el dolor y la ira, queríamos, necesitábamos responder. Por eso nos reunimos esa tarde dominical en el barrio Franklin: para preparar acciones de respuesta. Seguramente otros hermanos se hallaban en otros lugares haciendo exactamente lo mismo, no lo sabíamos. Para mí la conversación en un rincón de la fuente de soda transcurrió lenta, como en un mal sueño. No recuerdo bien lo que se habló, más bien palabras sueltas, miradas, el resplandor del tenue sol en la puerta de entrada. Un fuerte olor a humedad y la ansiedad de salir de aquel lugar lo antes posible constituyen la huella más fuerte incrustada en mi memoria. Salimos juntos con Jackie, caminamos un par de cuadras y nos separamos. Quedamos de vernos al día siguiente

en la tarde en Ñuñoa. Cuídate hermano, me dijo. Igual, le respondí. Di varias vueltas por el sector, entré al mercado Persa, deambulé por entre sus vericuetos y cachivaches y salí por el otro lado.



Manuel Sepúlveda. "Jackie".

Manuel era jefe del Destacamento Centro, que dependía del Mando zonal. Al comandante Benito lo habían asesinado y el otro compañero de la jefatura con quien nos habíamos reunido en Franklin intentaba restablecer comunicación con otras estructuras. En consecuencia, acordamos que con Manuel planificaríamos las operaciones de castigo que estuviesen a nuestro alcance con los limitados medios

de que disponían los grupos operativos de sus columnas. Todo lo anterior considerando la precaria situación de seguridad en que se encontraba la organización. Escuchábamos rumores de que se estaban haciendo cosas, que en la zona norte se había atacado una comisaría, que en tal parte se había ajusticiado a un chanco, que en otro lugar se había rafagueado un cuartel de la CNI. Pero no teníamos certidumbre de nada, solo sabíamos que nosotros debíamos hacer algo y tampoco sabíamos qué. Para eso nos juntamos con Jackie esa tarde en Larraín, en las proximidades de la Plaza Egaña. Evaluamos los medios de los cuales disponíamos, qué objetivos eran susceptibles de ser atacados —los con un bajo nivel de protección— y las probabilidades reales de no generar bajas propias, porque no queríamos exponer ni menos perder a más hermanos en esos momentos, debíamos mantener la calma. Hicimos un punto en las cercanías de Club Hípico con Carlos Valdovinos a la noche siguiente, posteriormente nos dirigimos a una casa de seguridad en un lugar que, para ser honesto, ya no era muy segura. Exactamente igual le sucedió a Marcos cuando un par de años antes llegó a hacerse cargo de Valparaíso. El mismo día que llegó al puerto detectó seguimiento de la CNI, trató de evadirlos. Afortunadamente, en algún momento se encontró con Manuel quien era de Valparaíso, éste lo rescató, llevándolo a un cerro donde desde las alturas podían ver perfectamente los furgones de la CNI que buscaban a Marcos por el Plan de la ciudad. Manuel fue su salvación y Marcos pudo realizar su trabajo en la región hasta que fue trasladado a Santiago, y al momento de la matanza de Corpus Christi u Operación Albania se encontraba preso. Nosotros, afortunadamente, nos habíamos escapado de la masacre y teníamos la posibilidad de vengar a los hermanos caídos, aunque de poco servía porque jamás volverían a estar con sus familias, sus amigos, sus compañeros. La Biblia, uno de los libros más violentos que conozco, explícita prístinamente que la venganza debería ser ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe. Yo no soy creyente, de modo que jamás me regiría por tal máxima. Lo mío tenía

más que ver con justicia, con un deber moral, con la eticidad de la política. No se desplegaba en el horizonte de la tortura o la muerte, sino que en el planisferio de la vida, no en la biología, sino que en la vida, en la humanidad, en el ser humano dominado por el poder. En este caso por el poder cívico- militar. Entonces, el ejército, la armada, la policía, la CNI, los carabineros, no sé, cualquiera relacionado con la represión se transformaba en un objetivo legítimo. Así lo definimos con Manuel. ¿Los objetivos? Podrían ser dos cuarteles policiales de la zona que ya habían sido estudiados antes, pero nunca se habían atacado por diversos motivos. Habría que realizar nuevamente labores de exploración, chequear rutinas, horarios, cambios de guardias, personal, rutas de llegada, escape y todo lo necesario. En el intertanto, fuimos a una casa donde un compañero guardaba al menos seis fusiles M-16; una gran cantidad de anfo para explosivos, pistolas, revólveres; un AK-47; cuatro sub-ametralladoras P-25 y mucha munición. Tenía el armamento en una pieza y ni siquiera estaba embarretinado. Él no debería estar ahí, nosotros no deberíamos estar ahí, pero estábamos. El hermano vivía en esa casa que, en verdad, no era más que una mediagua. No quería cambiarse y, por lo demás, no tenía los medios para hacerlo. Había nacido y crecido en esa población, ahí estaban su familia, sus amigos. Todo. Ahora también el Frente, de manera que no había razón para partir. Nosotros teníamos toda la razón del mundo para estar ahí, pero partimos presurosos antes de que se hiciera demasiado tarde. Las semanas venideras fueron un tráfago de puntos, reuniones de planificación, exploración de los objetivos, evaluación y chequeo de información. Aseguramiento de los medios, garantizar que el armamento estuviera engrasado y listo para ser usado, que las granadas caseras fueran debidamente confeccionadas con amongelatina y metralla. En fin, que estuviera todo listo. Y así fue. Una madrugada, a fines de julio, de manera simultánea, dos grupos operativos salieron de sus lugares de acuartelamiento y atacaron dos cuarteles policiales en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, uno cerca de la población La Victoria y otro en la población Dávila. El grupo de asalto, en una camione-

ta que se detuvo por no más de dos minutos, lanzó granadas a la comisaría y disparó ráfagas con fusiles M-16 a los carabineros de guardia. Continuaron disparando mientras se retiraban. El grupo de contención no tuvo necesidad de intervenir, pues nadie respondió el fuego y tampoco nadie los siguió. En la acción de hostigamiento y castigo al cuartel de Dávila, el grupo atacó el lugar como estaba planificado. Se bajaron tres compañeros del vehículo, uno de ellos lanzó dos bombas, mientras los otros dos disparaban sus fusiles. No hubo respuesta desde el interior, tan solo gritos. La retirada fue por la ruta prevista, pero ahí se cruzaron con un furgón policial que venía llegando al cuartel o por casualidad o alertado por el enfrentamiento. El furgón fue neutralizado a balazos por los combatientes que huyeron rápidamente del lugar, aunque esta vez sí se escucharon disparos aislados de carabineros. Los hermanos habían cumplido exitosamente la misión y comenzaron su proceso de normalización, bajándose en distintos lugares, perdiéndose en la noche para confundirse con el resto de los santiaguinos. No tuvimos bajas y, por lo que supimos, el enemigo sí las tuvo, aunque nunca las reconoció. De hecho, nada salió en la prensa, jamás se publicó la acción en medio alguno, ni siquiera en los nuestros, porque en esos días el Frente aún trataba de reponerse del duro golpe y suponemos que acciones como estas u otras similares o de carácter espontáneo no se consignaron, ni siquiera en El Rodriguista, el órgano oficial del Frente.

Haciendo lo que no se debía hacer

A pesar de lo frágil de la situación de seguridad, igualmente proseguimos nuestro quehacer. Una noche nos dirigimos con Fernando a un punto cerca de Los Cobres de Vitacura. Allí nos encontramos con Roberto Nordenflytch, el comandante “Aurelio”, jefe del destacamento especial del Frente. Necesitaba hablar conmigo y, además, me había solicitado un documento que le entregué embutido en un libro de filosofía. El texto me lo prestó un viejo amigo masón que no tenía idea lo que yo hacía ni menos aún en manos de quién terminó su vetusto libro. El documento lo puse entre dos hojas cuyas orillas pegué cuidadosamente con una fina capa de cola fría. Nunca más vi el libro, aunque sí a mi amigo que, afortunadamente, tiene mala memoria. Roberto le mostró una foto a Fernando donde aparecía éste junto a Ignacio Valenzuela y le dijo: tienes que irte, te van a matar. Fernando lo miró desconcertado y luego de unos segundos le contestó que él no se iba a ninguna parte. Yo no dije nada, simplemente observé aquel lance de miradas mientras sobre nuestras cabezas caía la noche santiaguina. Te van a matar, repitió Aurelio, debes irte, es una orden. Fernando insistió en que no se iría. El compañero se encogió de hombros, nos despedimos de Fernando y éste se alejó en dirección al centro, tomando una micro un poco más allá. Nosotros nos fuimos caminando hacia el sur por la vereda oriente de la calle Charles Dickens. Ya estaba oscuro, andábamos rápido y Roberto hablaba sin mirarme, con el libro de filosofía de mi amigo bajo el brazo izquierdo. Supe que sabes karate, me dijo súbitamente. Sí, le respondí. Te necesito para una operación especial, ¿puedes reducir a una persona robusta, pero sin armas y sin provocarle daño? Sí, dije escuetamente, aunque en verdad solo lo había realizado en sesiones de instrucción, sabiendo perfectamente que en la vida real es algo totalmente distinto, pero en esos momentos y en esa época

no había espacio para vacilaciones y cuestionarse la posibilidad de participar en una acción de envergadura. O, mejor dicho, no quería quedar excluido de la operación, aunque no tenía idea de qué se trataba. Tampoco debatí el hecho de que yo pertenecía a otra estructura y que, en rigor, significaba participar de una acción de otra, lo cual supuestamente no debía hacerse. No obstante, era una orden de un jefe del Frente. No dijo nada más, me dio un vínculo —un contacto— para dos días después, con otro hermano. Llegamos a Blaise Cendrars, él dobló hacia el oriente y yo hacia el poniente, hacia Walter Scott. Scott era un escritor conservador escocés, gran exponente del romanticismo y de la novela histórica. Precisamente esto último —redefinición de la novela épica, pero con el pueblo como protagonista y no los grandes héroes o adalides militares— hizo que George Lukács, eximio marxista húngaro, lo calificara como un retratista de su tiempo histórico. Y, de algún modo, los compañeros y compañeras del tiempo de la dictadura no solo reflejaban aquel momento histórico, sino que intentaban influir en él. Cambiarlo, fisurararlo, atizarlo con tal fuerza que jamás nunca volviese a ser el mismo. Para ser honesto, yo no pensaba ni en Scott ni en Lukács ni en Escocia, sino solamente en la misión que en un futuro cercano acometería. O sería mucho tiempo después, no sabía. No recuerdo cómo salí del barrio alto, pero sí que la ciudad me envolvía con su filón de lobreguez, esa especie de medusa que en cualquier momento te convertía en piedra si la mirabas fijamente a los ojos. Es decir, pasabas ineluctablemente a ser parte del mismo cemento, te deshumanizabas, te encementabas, te ensantiagabas. No sé, quizás exagere, mas para mí la ciudad fue invariablemente grisácea. Es como si estuviese continuamente anocheciendo. Era la peor hora del día, porque las sombras se hacían más espesas, viscosas y eternas. Las sombras parecían esfumarse en otras sombras más oscuras y éstas en otras y otras más. Eran interminables espirales de sombras profundas, oquedades infernales que, paradójicamente, podían ser tus mejores aliadas en noches de protestas en las poblaciones, en los pocos cerros circundantes, en los barrios. Pero también en trampas mortales cuando te dificultaba o te hacía imposible detectar seguimientos enemigos.

Una de esas noches opacas caminábamos con una compañera por una calle de La Granja, cerca de la población Yungay, doblamos una esquina y de pronto ella se detuvo una fracción de segundo. Instintivamente levanté la vista y a unos 50 metros delante nuestro creí divisar un furgón estacionado por el mismo lado de la calzada por donde habíamos enfilado nosotros. Apenas se perfilaba su silueta en la borrosidad de la neblina, pero simultáneamente a ambos el corazón se nos salió por la boca. Porque no cabía duda que era la CNI y si ahí estaba el vehículo es porque nos seguían desde antes, nos estaban esperando y, había otros agentes detrás de nosotros o en calles aledañas. Nada era al azar o casualidad, aunque siempre existía la posibilidad de que el furgón fuera una mera coincidencia, que perteneciera a algún vecino, pero en ese tiempo los organismos de seguridad los usaban recurrentemente para seguimientos y detenciones. Entonces era mejor presumir lo peor y pensar rápidamente en qué hacer o decir en la eventualidad de que nos detuvieran, nos preguntaran quiénes éramos y qué hacíamos ahí. Uno siempre debía tener una leyenda, una historia que contar: que éramos pareja, que andábamos paseando, que éramos simples amigos, que vivíamos cerca. No sé, cualquier cosa que tuviera rasgos de verosimilitud y se sostuviera por el tiempo justo para salvar la situación de manera momentánea. Ese tipo de leyenda solamente servía para una detención por sospecha, si querían indagar más a fondo, no tenías ninguna posibilidad, excepto que poseyeras una extraordinaria capacidad de persuasión o un sólido relato que incluyera documentación falsa. Yo no tenía ninguna de las anteriores y temía que la compañera tampoco. Eran alrededor de las ocho de la noche y la compañera me llevaba a una casa de seguridad donde se efectuaría una reunión con otras personas. Yo no sabía dónde estábamos y solo lo supe años después cuando nos reencontramos por casualidad. Optamos por abrazarnos y detenernos a besar, aunque —para ser francos— lo que menos hicimos fue eso, pues lo único que pensábamos los dos era qué hacer, cómo salir de ahí y, lo crucial, cómo avisarle a los compañeros de la casa la cual, posiblemente ya había sido detectada. Entre el nerviosismo, el apuro, y la adrenalina, a la compañera se le cayó el

fierro que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Dejó caer el bolso que portaba, se agachó rápidamente para recogerlo y, junto con esto, asir el revólver 32. Aprovechamos el momento para darnos vuelta e irnos por donde veníamos. No había nadie, solo oscuridad. Llegamos a una bencinera en las proximidades de Vicuña Mackenna, la compañera llamó desde un teléfono público a alguien y me señaló que todo estaba bien. Nos despedimos. Tal como ahora con Aurelio, la vi alejarse en medio de la noche santiaguina.

Dos días después me dirigí al punto indicado por el jefe del destacamento especial. Era en la comuna de Las Condes, cerca de la avenida Apoquindo, debía enrumbar hacia el sur por la calle Las Malvas. Así lo hice. Eran exactamente las 18: 00 horas de aquel día jueves cuando inicié el recorrido. Por el lado opuesto de la calle, por la misma vereda, debía aparecer mi contacto, pero ello no ocurrió. Mal indicio. Algo no estaba bien, pero debía terminar el trayecto. Lo hice y me retiré rápidamente del lugar. Existían dos posibilidades: que el o la compañera tuviera un problema de seguridad o que tuviese una dificultad más pedestre —de índole doméstico, por ejemplo— que le impidió llegar a la hora establecida. Para estos casos siempre se designaba un punto alternativo o más tarde ese mismo día o al día siguiente. En esta oportunidad fue el viernes, pero esta vez en Providencia. La misma rutina, el mismo cuidado, los sentidos más aguzados por el desasosiego de lo que pudiese haber sucedido el día previo. Ahora sí emergió desde la esquina acordada el compañero. Era joven, como casi todos en ese periodo. Como si en algún momento se hubiesen autoconvocado miríadas de muchachos y muchachas en algún rincón ignoto para decidir ser más viejos que su edad. O quien sabe, madurar de golpe o advertir colectivamente que el golpe los había hecho madurar a punta de balazos. Al final da lo mismo, lo notable es que ahí estaban, listos para morir si era necesario, sin siquiera pensarlo mucho, porque a veces cuando uno se detiene a reflexionar acerca de las cosas serias de la vida —cualesquiera que éstas sean, o se sobreentiende que sean— parece que el aire empieza a escasear, se te aprieta la garganta y empiezan a pesar los pies. Entonces, un velo espeso te cubre la mirada y se buscan miles de excusas para no hacer nada en nombre

de cualquier cosa. Pero también hay otros que lo piensan muy bien y encuentran aún menos excusas para no hacer nada; por el contrario, nutren de esas razones su rabia. Y así vuelcan su indignación en acción, y por eso estaba ahí aquel compañero que esa mañana me estrechó la mano y me encaminó por una cuadra hacia un auto que nos esperaba. Nos subimos y nos marchamos. Llegamos a una casa del sector oriente de la capital al mediodía de un fin de semana que recién se iniciaba. La casa, de color pastel y que en su insulsa arquitectura se confundía y difuminaba con las otras casas del sector, albergaba a una pareja de ayudistas y a dos hijos pequeños. Ahí me reuní con dos compañeros. Me explicaron mi parte de la operación, sin entregarme pormenor alguno, solo aspectos generales de lo que debía hacer. No me revelaron lugar, ni día, ni hora. Nada. Únicamente que no podía salir de la casa. Les dije que entendía, pero que era imposible porque eso encendería todas las alarmas. No te preocupes, me respondieron. Me preocupo igual, insistí, no puedo ser tan irresponsable. No dicen nada, se miran en silencio. Todos tenemos más o menos la misma edad, entre 27 y 30 años, si no menos. El mismo ímpetu que impelía a devorar la noche para que otros pudieran algún día dormir tranquilos. El que no estaba calmado era yo, pues sabía que estaba cometiendo una imprudencia. Transcurre el tiempo lentamente mientras leo el diario solo en una pieza. Aproximadamente una hora después escucho el sonido del timbre, pasos, abrir y cerrar de puertas. Personas hablando. Golpean la puerta del cuarto y entra Roberto. Hola, dice. Se aborta la misión hermano. Tenemos problemas. No dije nada. ¿Y ahora qué? Pregunto. Ahora nada, dice, hay que sacarte de aquí. Voy a hablar con los compañeros. No volví a saber de él hasta 1989 cuando murió en un enfrentamiento en el aeródromo de Tobalaba, en Santiago. Dos décadas más tarde, de manera indirecta, supe de qué se trataba la operación. También conocí a su hijo que es su viva imagen. Su físico, sus mohines, su forma de andar, de ser. Todo. Increíble para alguien que nunca tuvo la dicha de compartir con Roberto, porque nació después de su muerte. Por mi parte, a diferencia de Roberto, tuve la suerte de sobrevivir, aunque apenas, el secuestro de un coronel.

El secuestro del coronel Carreño y nuestra detención por un comando de la CNI

La Nación
 Santiago de Chile, Lunes 7 de Noviembre de 1987 - Año LXXXI - N° 22.000 - 1° Edición - Páginas - 4 (70) Páginas (2 y 10)

Detienen a un miembro de la cúpula de FMR

■ Fuerzas de seguridad tuvieron éxito en operación "anillo" realizada en Nuflos ■ El extremista cayó junto a su conviviente, quien también estaba involucrada en acciones terroristas ■ Cardenal Juan Francisco Fresno, al presidir celebración del día de la peregrinación cuaresimológica, en el Templo Viejo de Maipo, rogó a la Virgen del Carmen para que los plagueros "desahuyan al teniente coronel Carreño sano y salvo" y al mismo tiempo "reconozcan el error de usar métodos violentos"

■ Fuerzas de seguridad, en las labores de intensa búsqueda de los secuestradores del teniente coronel Carlos Carreño, detuvieron a uno de los integrantes de la cúpula del autodenominado Frente Manuel Rodríguez. La detención se produjo en el curso de las operaciones "anillo" que han estado reali-

zando conjuntamente efectivos militares de Carabineros, Investigaciones y Central Nacional de Informaciones. El subversivo fue identificado como Luis Ernesto Tricot Novos, quien fue capturado en el interior de una residencia de

Parque Metropolitano. La primera de continuar desfilando el Sagrado de Maipo y en sus respectivas familias, momentos que los peregrinos de Chile, durante el día de la peregrinación anual al Templo Viejo que fue presidido por el Cardenal Arzobispo de Santiago, manifestar la presencia de un momento y tiempo público.

Entra en vigencia a partir de hoy

Rector decretó receso preventivo en la U.

■ Se procura evitar los actos vandálicos que impulsan elementos terroristas, que inducen a la ingobernabilidad. Se buscarán fórmulas para reanudar las actividades e impedir el retraso en los planes de estudio.

■ Fuerza pública desalojó las facultades de Medicina Norte, y Ciencias Físicas y Matemáticas, con que se registraron incidentes. Pág. 8

El rector de la Universidad de Chile, José Luis Pedreros, decretó un receso preventivo de clases de urgencia desvirtuando las actividades de una comisión de estudios superiores para

En el día de hoy, Católica ganó 2-1 a la "U".

7

Reconocen el error de usar métodos violentos

Fuerzas de seguridad, en las labores de intensa búsqueda de los secuestradores del teniente coronel Carlos Carreño, detuvieron a uno de los integrantes de la cúpula del autodenominado Frente Manuel Rodríguez. La detención se produjo en el curso de las operaciones "anillo" que han estado reali-

zando conjuntamente efectivos militares de Carabineros, Investigaciones y Central Nacional de Informaciones. El subversivo fue identificado como Luis Ernesto Tricot Novos, quien fue capturado en el interior de una residencia de

7

El día que secuestraron al coronel Carreño me enteré por la radio Cooperativa. Fue en la mañana temprano y le dije a mi compañera que había que tener cuidado porque inevitablemente se iba a dejar caer la repre con todo. Nosotros arrendábamos una pieza en la parte trasera de una casa en la calle Montenegro, en un barrio residencial de Ñuñoa. Era un sector apacible a unas pocas cuadras del vértice de las calles Emilia Téllez, Coventry y Amapolas. Un lugar hermoso, un pequeño oasis en una ciudad hosca. No teníamos mucho; para ser honestos no teníamos casi nada. Una mesa y cuatro sillas de melamina que fui a comprar a una mueblería de la calle San Diego y que no tengo idea cómo las llevamos a la pieza. Y, aunque parezca asombroso, aún las tenemos ¡30 años después! Porque las cosas antes duraban, no tenían fecha de expiración como ahora. La mesa está intacta, se usa para eventos especiales cuando vienen muchos amigos y necesitamos poner más platos, vasos, botellas, choripanes, completos y sopaipillas mapuche con merken. Porque en mi casa no se come sushi. Esa mesa ha visto y sentido de todo: risas, llantos, orgasmos, cantos, desencantos, comida india y tailandesa, pastas italianas, quesos azules y plásticos, cervezas artesanales, vinos más o menos finos y en caja, whisky de malta irlandés, aceitunas de Azapa y pan con mortadela. De todo un poco, igual que las sillas. Lo triste es que hace poco una de ellas casi murió de un ataque de viento. Una noche sentimos un gran estruendo y nunca supimos que fue. Al día siguiente, al partir a la universidad, por casualidad miré hacia arriba y ahí, en medio de las ramas del palto estaba sentada la silla. Después de haber sobrevivido a la dictadura, mudanzas, temblores, terremotos y a un verano infernal cuando se nos quedó inexcusablemente olvidada en el techo de la casa y la encontramos moribunda semi calcinada y corroída de sal marina, se había salvado apenas, aferrada a la copa de un árbol porteño. Grande la silla de San Diego.

Cuando la observaba esa mañana de primavera, no pude recordar cómo llegamos a esa pequeña pieza de Ñuñoa que compartimos con mi compañera. Solamente sé que debimos dejar el departamento de los compañeros por razones de seguridad, ellos también participa-

ban de la lucha contra la dictadura. Preguntamos, husmeamos los avisos económicos, salimos diariamente a ver casas, piezas, departamentos al alcance de nuestro escuálido presupuesto. A veces nos quedábamos en moteles para no volver al departamento y evitarles problemas a los amigos. Esperábamos nuestro turno en espacios cubiertos por cortinas desteñidas mientras se desocupaba un cuarto. Nadie hacía preguntas, nadie pedía documentos, por eso íbamos a esos lugares. Todo el mundo gemía, gritaba, sudaba, suspiraba, emitía llantitos indescifrables. Se oían orgasmos interminables, eyaculaciones precoces y las consiguientes recriminaciones y silencios espantosos que podían entrañar cualquier cosa. Todos parecían ser amantes secretos, algunos profesionales y otros aficionados. Nosotros éramos amantes sin muchas ganas de serlo, la verdad, porque llegábamos agotados de tanto caminar por Santiago y no encontrar dónde vivir. Hasta que hallamos aquella pieza en la calle Montenegro 1542, en Ñuñoa.

Rocío afirma que el cuarto estaba vacío y que en un taxi trasladamos un colchón raído, de esos antiguos, regalado por su hermano. Dos tazones, dos cucharas, dos tenedores, dos cuchillos, todo prestado, más algo de ropa propia. Nada más. Era lo que teníamos en el cuarto que nos prestaban temporalmente nuestros amigos. Luego vinieron la mesa, las sillas y la pequeña cocina. Es que Rocío siempre ha sido así, más Fama que Cronopio. Recuerda todo, planifica todo, piensa en todo, resuelve todo. Yo voy por la vida elucubrando teorías sociológicas que no sirven para nada concreto, o por lo menos no para recordar cómo llegamos a la casa de Montenegro. Yo supe de Famas y Cronopios por Redolés. Él había leído a Julio Cortázar y yo no, aunque desde pequeño fui un ávido lector de diarios y revistas, de cada uno de los tomos de la enciclopedia Sopena; de los libros de Salgari y de todo tipo de cuentos y novelas. Pero no había leído a Cortázar. Mauricio me habló de *Historias de Cronopios y de Famas*. Incluso él había dibujado un Cronopio, o como él se representaba un Cronopio. Yo quedé fascinado con Cortázar y sus Cronopios y, simultáneamente, odié un poquito a los Famas. Es

que éstos eran demasiado metódicos, terrenales, ordenados, poco espontáneos. Los Cronopios, en cambio, eran un desastre; todo les salía mal, no tanto por mala suerte, sino que por dejar todo al azar. Julio Cortázar lo ejemplificaba con los viajes, pues cuando los Famas iban de vacaciones planificaban hasta el último detalle. Con meses de antelación averiguaban el estado del clima para los días de la estadía en el lugar, si había consultorios u hospitales para emergencias; si había bomberos y, qué decir de reservar habitaciones adecuadas, limpias y con baño privado. Hacían lo mismo cuando llegaban al lugar. Un Cronopio llegaba tarde una noche, encontraba todo cerrado, no había lugar alguno para hospedarse y tendría que pernoctar en la plaza del pueblo bajo la lluvia, porque, por supuesto, esa noche llovería torrencialmente como nunca había sucedido en 50 años. Y, probablemente, el Fama le estaría observando desde la ventana de su hostel con una sonrisa en los labios. Por ello es que a los Famas les tenía un poco de animadversión. No a Rocío, qué va. Por el contrario, la amaba como nunca. A sus 21 años, tenía los ojos más hermosos de la historia del universo y una mirada melancólica donde se reflejaba el diluvio, albergando peces prehistóricos, calamares y galeones azules. Por eso era imposible no enamorarse de ella y soñar con un simple beso bajo cualquier estrella. Así pasó en Inglaterra y nada había cambiado. Es más, una tibia noche de febrero, recostados en la penumbra del húmedo departamento de Villa los Presidentes, repentinamente le susurré al oído: tengamos un hijo. Y ella me dijo: bueno. Así hicimos el amor con tanta ternura que cuentan los vecinos antiguos que esa noche vieron volar un ángel rosado. Incluso, dicen algunos, creen haber visto un furioso batir de alas en el momento mismo del orgasmo final. Todo esto lo dice mi compañera, porque ella es Fama y yo un simple Cronopio, pero da lo mismo, lo que importa es que cuando llegamos a vivir a la pieza de la calle Montenegro en Ñuñoa ya estaba embarazada, aunque aún no lo sabíamos. El 1 de septiembre de 1987 cuando un grupo operativo del Frente Patriótico Manuel Rodríguez secuestró al coronel Carlos Carreño, Rocío tenía cinco meses de embarazo.

La operación llevada a cabo por el comando del FPMR se produjo en la avenida Simón Bolívar, en la comuna de La Reina, fuera de la casa del coronel. El subdirector de FAMAE –Fábrica de Armamentos y Maestranzas del Ejército– salía hacia su trabajo como todos los días. Rutina que, obviamente, había sido estudiada por los compañeros del Frente. Seguimos escuchando la Cooperativa mientras ella tomaba un té en bolsa y yo un café barato. Sin pan, porque no quisimos salir a comprar esa mañana, expectantes y sin saber aún qué hacer. Mi compañera estudiaba sociología en la universidad Arcis, pero ese día no fue a clases. Yo supuestamente trabajaba en la ya mencionada empresa importadora-exportadora y, además, realizaba investigaciones relacionadas con mi profesión de manera independiente. Solo esto último sabía Rocío, porque en la casa tenía algunos libros, revistas, notas y también documentos que escribía a modo de avance de mis investigaciones. Porque mis preocupaciones principales eran otras y acerca de éstas nada conocía. Evidentemente ambos compartíamos la misma posición política e ideológica, pero ella jamás preguntó lo que yo hacía cada vez que salía de casa. Tampoco inquirí nunca lo que ella hacía. Más allá de la labor conspirativa, llevábamos una vida absolutamente normal. Ningún compañero conocía dónde vivíamos, tampoco nuestra familia, pero sí mis hijos más pequeños que nos visitaron un par de veces. Viajamos varias veces a Valparaíso a la casa de mis viejos, juntándonos en reuniones familiares donde conversábamos banalidades, pero también de política. Nunca ocultamos nuestra posición en relación a la dictadura, pero jamás dimos señal alguna de lo que hacíamos. No sé si alguna vez presagiaron que uno pudiera estar involucrado en algo o si creyeron que solamente trabajaba en el campo de las ciencias sociales y estaba abocado a buscar un empleo más estable en el ámbito de mi profesión. En realidad nunca pensé en la estabilidad laboral, aunque en algún momento se me planteó la necesidad de incorporarme a un centro de estudios, primero como una forma de contribuir de manera más sistemática a la preparación de análisis y a la investigación y, posteriormente tal vez a un empleo remunerado. No lo pensé,

porque mi interés era contribuir en la urgencia del momento, en el minuto del día, en la oscuridad de la noche. Es que ya había perdido demasiado tiempo analizando lo sabido, conociendo lo conocido. Al fin y al cabo, a veces la historia habla por sí sola, acaso ni siquiera hay que escribirla, basta con olerla para que te desborde la memoria. ¡Y vaya que hay dolor en la historia de Chile! Y donde hay asesinatos se nos aparecen los militares y la derecha. Entonces la historia grita por sí sola y en esos años yo no requería estar en un centro de estudios para saber lo sabido. Había que estar en la calle y no perder un segundo más, que ya bastantes había perdido en el exilio. No necesitaba más dinero, me bastaban los 15 mil pesos mensuales —que no siempre llegaban—, aunque ocasionalmente no nos alcanzaba el balón de gas para una ducha con agua caliente.

Era mejor estar en la calle, como los hermanos del Frente que esa mañana realizaron la operación en el sector oriente de la capital. Ese día fue complicado porque no cabía duda de que sobrevendría una ola represiva. Nunca vislumbramos que sería de la magnitud que fue. La dictadura sintió el golpe de que uno de sus oficiales fuera plagiado por el FPMR y, una vez más, sacó las tropas a la calle. La ciudad fue copada por las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas, carabineros, investigaciones y, la CNI. Todos desesperadamente buscando al coronel que ya había sido trasladado por el comando rodriguista a una casa de seguridad en la población Dávila la cual, paradójicamente, era una villa de militares. De hecho, la Fuerza Aérea allanó la población, no encontrando al coronel quien se hallaba encerrado en un barretín —lugar habilitado para dicho efecto— resguardado por combatientes del Frente. Estos estaban fuertemente armados, con armas largas, cortas, explosivos y dispuestos a morir. Además, estaban convencidos de que la intención de la dictadura era ejecutar a Carreño para inculpar al Frente. Lo mismo suponía el coronel. El objetivo del FPMR, por otro lado, era canjear al coronel Carreño por alimentos para ser distribuidos en poblaciones de Santiago.

Entretanto, nosotros continuábamos pendientes de la radio para informarnos de los últimos hechos. No salí hasta la tarde para intentar comunicarme con mi contacto en la jefatura. No había celular y, debido a los acontecimientos, tratar de asistir a los puntos regulares de encuentro era peligroso. No había aún movimiento de tropas en los alrededores y, por lo que pude observar, tampoco de vehículos extraños. Di un par de vueltas y me dirigí a un teléfono público. A la sazón llamábamos a una central telefónica y decíamos: soy don Daniel Ramírez, ejecutivo de ventas de la empresa Electra S.A., quisiera saber si hay un mensaje para mí. El operador me podía responder: sí, efectivamente el Sr. Jaime López, gerente de la empresa, cita a reunión del directorio para el día miércoles 24 a las 10 de la mañana. O, a la inversa, decir: no, señor, no hay mensajes. En esta oportunidad me comunicó que no había mensajes, algo ciertamente esperable, pero necesario confirmar, pensaba yo, si es que fuera necesario trasladarse a algún lugar. Nada de eso ocurrió, solo silencio e incomunicación, a no ser por las constantes noticias, tanto radiales como impresas, pues los diarios y revistas copaban sus titulares con los sucesos relacionados con el secuestro, la acción misma, las declaraciones de Pinochet o voceros de la dictadura, de la familia de Carreño, de los centenares de allanamientos, de las detenciones, de la represión. Esta última aumentaba en la medida en que se intensificaba la exasperación de la dictadura y de los organismos de seguridad por su incapacidad para encontrar al coronel. Se comenzó a realizar allanamientos casa por casa en toda la ciudad y a detener y a torturar a decenas de personas tratando de recabar información sobre el paradero del coronel Carreño. Este seguía todavía en el mismo lugar. En un momento los efectivos militares llegaron peligrosamente cerca de la casa donde se encontraban escondidos. De acuerdo al plan de defensa y de seguridad, un par de ellos se quedaron en la parte de arriba de la casa para contener al enemigo y otros bajaron donde se hallaba el coronel. Las órdenes eran no rendirse y resistir hasta la muerte. Nadie se entregaba.

Al tercer día, el ejército también llegó a Ñuñoa. Todas las calles aledañas a la casa estaban repletas de militares, de vehículos y tanquetas. Reminiscencias del golpe, pero década y media después. El 11 de septiembre de 1973, en Valparaíso, salí de mi casa en Valparaíso armado con un revolver calibre 22 para enfrentar a todas las Fuerzas Armadas de Chile. Absurdo, pero era casi un niño y tal era la furia ante la destrucción de un bello sueño como lo fue el gobierno de la Unidad Popular que nada importaba. Ahora tampoco estaba armado, aunque solo una semana antes había trasladado un pequeño bolso con cinco revólveres desde una población en el sur de Santiago hacia la Gran Avenida. Ahí se los entregué a un compañero quien, a su vez, se los llevaría a un armero para su reparación porque estaban todos en mal estado. Los armeros son otros tantos de aquellos héroes desconocidos que en el silencio de sus casas, a lo mejor en las noches cuando todos dormían, se las arreglaban para limpiar, engrasar, reparar, rehacer o hacer piezas de armas, muchas veces inservibles, que gracias a su arte volvían a la calle a manos de la resistencia. Pero ese 3 de septiembre de 1987 del tercer día del secuestro, yo no tenía armas ni servibles ni inservibles, aunque de poca utilidad hubiesen sido. En cualquier caso, la presencia de tantos efectivos en toda la zona nos tenía nerviosos y era solo cuestión de tiempo antes que allanaran la casa. Esta estaba limpia, no existía nada incriminador, salvo que se considerara como tal los papeles que usaba en mi trabajo investigativo que no contenían nada singular, aunque en esos días cualquier cosa podía suponer algo subversivo. Lo concreto es que no quise o no pude esperar más. El estar encerrado aguardando que en cualquier momento tocaran a la puerta o irrumpieran en la casa arrasando con todo, sin tener oportunidad alguna de reaccionar, de resistir, de que fuera nuevamente 11 de septiembre de 1973, me emputecía. Mi compañera había salido en la mañana hacia la universidad para proseguir con sus actividades de manera habitual y evitar despertar sospechas, al fin y al cabo nada teníamos que ver con el secuestro. Yo seguía en la casa, pero decidí salir. Ese día en la tarde, a las 17:00 horas, tenía un punto habitual

con un compañero y resolví ir, a sabiendas de que tendría que sor-tear patrullas militares nada más doblando la esquina y, además, con la casi certeza de que nadie asistiría al punto. Pero tenía que salir de la casa. Lo que pretendía hacer, si es que lograba hacer contacto, era encontrar alguna casa de seguridad para irnos. La posibilidad era mínima, porque suponía que todos los hermanos y hermanas que conocía estaban pasando por lo mismo. La situación era muy difícil, pero aun así sentí que era lo que correspondía en esos momentos.

Estaba nublado aquel jueves de tardío invierno cuando partí caminando por Montenegro en dirección a Amapolas. Los milicos aún se hallaban en los alrededores de la calle Emilia Téllez más hacia el oriente, aproximadamente a seis cuadras de nuestra casa. Mi esperanza era que no la allanaran cuando mi compañera estuviese sola y que yo no alcanzara a volver e irnos a otra parte. A poco andar por la calle divisé los vehículos militares y la patrulla en las cercanías de Amapolas. Antes que me detuvieran para pedir documentos, me acerqué al tipo a cargo y, recurriendo a mi mejor dicción le pregunté qué pasaba, por qué tanto despliegue. Me miró sorprendido sin saber qué decir. Confundido, sólo murmuró: estamos buscando extremistas, o algo así. Váyase rápido. Pase. Me fui, sin mirar atrás, pero con el corazón en la mano, conjeturando en lo complicado que sería regresar, mas ya no había vuelta atrás. Acercarme al oficial tomando la iniciativa para desconcertarle no fue ocurrencia mía. Ya había pasado algo similar en otra oportunidad. Esa vez nos hallábamos en el litoral central, retornábamos a Santiago después de haber participado en una escuela del Frente. Era de noche y a unos 100 metros vemos un control de carabineros con mayor despliegue que el habitual. No sabíamos qué sucedía: ¿un asalto, robo, accidente? Pero también existía la posibilidad de que se hubiera descubierto la escuela. Francisco, el compañero que conducía, bajó calmadamente la ventanilla y con voz agitada le dijo al oficial: capitán —era teniente— ¿Me puede por favor decir dónde hay un teléfono en este pueblo?, mi señora está a punto de tener guagua y no puedo encontrar ninguno que funcione. Por favor. El paco, casi sin mirarlo, le respondió:

allá, a una cuadra, hay un minimarket, afuera hay un teléfono público. Suerte. Y nos deja pasar. En el asiento del copiloto, solo pensaba en la habilidad de Francisco, en la compañera sentada atrás que de embarazada no tenía nada, y en mi nerviosismo. Fuimos al teléfono público, no hablamos con nadie y salimos del pueblo por otro lado. Nunca supimos qué pasó esa noche.

Llegué al lugar del punto en las cercanías de Curicó con Portugal. Nadie. Fui al punto alternativo media hora después. Nadie. Era obvio que eso acaecería. Retorné a la casa, bajándome de la micro cinco cuadras antes. Di varias vueltas para contrachequearme y asegurarme de que no tenía seguimiento. Ya no había tropas en las calles, tan solo un silencio mortal magnificado por la profundidad de la noche. Al aproximarme por Emilia Téllez desde Eliecer Parada para doblar por Montenegro hacia la casa que se encontraba a unos 100 metros al sur, distingo en la vereda opuesta —en Emilia Téllez— a dos tipos. Los únicos que vi en todo el trayecto. Era peculiar y un pésimo signo. No podía devolverme ni seguir de largo, pues habría sido demasiado notorio si es que en efecto eran agentes de la CNI. No habría tenido justificación ni explicación para mi errática conducta. Continué mi recorrido inquieto, sin mirar hacia atrás, pero con la certidumbre de que era seguido. Me fui acercando a la casa. No había movimiento alguno en derredor de la misma, pero supe de inmediato que era una ratonera, es decir que la CNI estaba adentro esperando mi llegada para detenerme ¿Cómo? Aparte de los dos desconocidos ubicados extrañamente a una cuadra de la casa en medio de la noche, cuando no andaba nadie, estaban prendidas todas las luces de la casa principal. Esto jamás había sucedido antes. Nunca. La reja del antejardín se mantenía siempre cerrada con cadena y candado, ahora la reja estaba semi-abierta, la cadena colgando sin candado. No cabía duda, era una ratonera. El instinto te impele a alejarte del lugar, pero yo solo podía pensar en mi compañera, en sus cinco meses de embarazo, en nuestro hijo. ¿Estaba Rocío prisionera, estaba siendo torturada? No sabía, como tampoco sabía si es que, de ser así, qué podría hacer yo. Lo incuestionable es que no la dejaría

sola con estos hijos de las mil putas. Entré despacio, sabiendo muy bien lo que me esperaba, por ende cuando desde los arbustos y distintos rincones del jardín saltaron gritando una decena de agentes: ¡Alto. Policía! ni me sorprendí ni me asusté. Gritaban todos al unísono: arriba las manos, las manos en la nuca, al suelo, al suelo. Estaban armados hasta los dientes, pero ninguno se acercaba. Yo solamente los observaba y esperaba el momento preciso para actuar, hacer algo, no sé. No estaba armado y cualquier intento de resistencia era demencial, pero aún mantenía la tranquilidad, tratando de dilucidar si mi compañera se encontraba en la casa o no. Siguen los gritos y las órdenes: ¡al suelo, al suelo! Me encucillo lentamente, uno de los agentes me empuja violentamente al piso de cemento, me toma del pelo, me voltea la cara y dice: ¡Este *conchesumadre* es! ¿Cuándo te afeitaste, por qué te afeitaste *bueón*? El mismo me puso la pistola en la cabeza, y me dijo mira *conchetumadre*, tengo la bala *pasá*, si te *moví* te mato. Me empiezan a poner una capucha en la cabeza. Ahí despierto de la especie de letargo onírico en que me hallaba, de esa auto-inducida serenidad que, la verdad, no tengo idea de dónde surgió, porque nada ni nadie te puede preparar para estas situaciones. No fue algo racional. El traspasar la reja fue como entrar en otra dimensión donde todo se movía a otro ritmo, más lento, más espeso, pero al mismo tiempo —y aunque parezca contradictorio— más vaporoso. Se percibían alaridos, bramidos, golpes, pero yo solo los oía a lo lejos, como encaramado en un cerro del puerto columbrando el océano, tal vez porque inconscientemente procuraba poner más atención a lo que sucedía en la casa para averiguar dónde estaba mi compañera. Todo cambió bruscamente cuando comenzaron a ponerme la capucha y a amarrarme las manos. Se acabó el sueño, cambió radicalmente la dimensión, la realidad se hizo más real. En ese momento pensé: me van a matar. Me levanté con todas mis fuerzas golpeando al agente que tenía tras mío, pateando a otro y enfrentándome con los que pude. Lo inaudito es que ninguno de ellos hizo nada, estaban todos paralogizados, a pesar de estar en clara ventaja numérica y de poder de fuego. Tanto así que en algún momento salieron más agentes

del interior de la casa para reducirme lo cual hicieron en medio de gritos, insultos y golpes de pies, puños y armas. Entre varios me tomaron en vilo y me arrastraron hacia la entrada donde se estacionó un furgón utilitario blanco, ampliamente usado por los organismos de seguridad; me resisto todo lo que puedo, grito fuerte mi nombre diciendo que me están secuestrando y que avisen a la Vicaría y a la radio Cooperativa. Era lo que había que hacer en esas ocasiones, por si alguien escuchara, como ocurrió en esta ocasión. Finalmente, luego de varios minutos de forcejeo y más golpes lograron introducirme al furgón. Allí me pusieron una capucha y una soga al cuello, la cual apretaban, un agente al costado derecho con una pistola recostada en mis costillas, insultándome y golpeándome de tanto en tanto. Convencido de que me iban a matar, solo pensaba en cómo escapar. Aguzaba el oído tratando de identificar por dónde íbamos. Era imposible, solamente advertía la radio del furgón que transmitía en clave y la conversación intermitente de los agentes. Intuía que no me asesinarían mientras estuviéramos en la ciudad, de lo contrario lo habrían hecho en la casa, independientemente de la presencia de testigos, porque lo habían hecho muchas veces antes. Quizás necesitaban interrogarme en relación al secuestro del coronel Carreño, persuadidos de mi participación en el mismo. O no querían repetir la experiencia de la matanza de Corpus Christi que ya todos cuestionaban como otro montaje de los aparatos de seguridad, y preferían matarme en algún sitio erizado en la periferia de Santiago, sin testigos. En todo momento iba pendiente del bullicio callejero: los autos, las bocinas, las micros, las motos, las voces de los transeúntes cuando el furgón se detenía en algún semáforo. Si el ruido empezaba a disminuir era señal de que nos alejábamos de la ciudad y de la vida y que se aproximaba la hora de la muerte. En esos momentos, la adrenalina no me hacía pensar ni en la vida ni en la muerte, ni se me aparecía la vida entera ante mis ojos en un segundo, como dicen que sucede. No, solamente palpaba atentamente el sonido de la calle y discurría cómo correr desbocadamente y sin parar una vez que los agentes abrieran la puerta corrediza del furgón utilitario. Correr en la os-

curidad, encapuchado, con una soga en el pescuezo y con agentes armados persiguiéndote en un lugar desconocido. Una locura, pero las pulsiones de supervivencia son más fuertes que cualquier consideración racional. En estas coyunturas, cuando existe una mínima posibilidad de sobrevivir, supongo que el ser humano reúne fuerzas ocultas que en circunstancias normales no estarían siquiera disponibles. No era ni heroísmo ni coraje. Valientes son los compañeros que emboscaron a Pinochet en el cajón del Maipo; los que pintaban los muros de cualquier ciudad con la palabra resistencia cuando nadie se atrevía; las compañeras que albergaban a hermanos perseguidos sin hacer preguntas; los y las jóvenes que se enfrentaban a pedradas con la policía en las barricadas de las poblaciones de Santiago; los porteños que resistían en los cerros de Valparaíso; los artistas que cantaban en las peñas o hacían teatro, y los periodistas que hablaban con la verdad cuando otros colaboraban con la dictadura. Lo mío era lisa y llanamente instinto, adrenalina que fluía con la angustiante tensión, la amenaza física y psicológica, la rabia con ellos y conmigo por haber caído desarmado. Adrenalina que clausuraba todo espacio para el miedo, al menos en ese momento. Sea como sea, nada pasó. Nunca cesó el fragor callejero y, de pronto, se detuvo el vehículo, escuché al chofer decir: vengo a dejar un paquete. Un portón se abrió y el furgón ingresó a un lugar desconocido.

En esos momentos no lo sabía, pero también habían detenido a mi compañera quien se encontraba en otro vehículo, afortunadamente sin capucha o venda. Ella, con impresionante arrojo a sus 21 años y sin importar lo que pudiera pasarle —la CNI y todos los servicios de inteligencia habían torturado, violado y asesinado sin miramiento a niños, ancianos o mujeres embarazadas antes— dijo con firmeza que ella no se movía de ahí hasta que no me viera moverme. Y no lo hizo. Supongo que los agentes me remecieron de alguna manera y sacaron la capucha, pues recuerdo que me llevaron a empujones hacia el interior de un recinto policial donde había mucha gente. Ahí vi a mi compañera en un pasillo siendo trasladada por varios hombres hacia el mismo lugar. Había sido detenida en

la casa cuando retornó de la universidad. Al llegar, un grupo de agentes salió desde los arbustos para detenerla mientras otros ya se encontraban en la pieza que ocupábamos en la parte posterior de la casa. Fue alrededor de la seis de esa tarde cuando el vecindario ya estaba copado por los miliares, pero a ella la habían dejado pasar una vez que mostró su identificación. Los agentes, recuerda Rocío, le preguntaban por mí, a qué hora volvía; qué hacía; qué decían los papeles escritos porque no entendían la letra endemoniada que tenía. Les manifestó que estaba embarazada y que requería ir al baño, la llevaron a la casa de adelante donde se encontraba la dueña de casa y su nieto de siete años a quienes golpearon cuando allanaron la residencia. En ese lugar estaba cuando escuchó el bullicio y griterío afuera en el jardín cuando se produjo la confrontación con la CNI. Rocío intentó salir, pero los agentes se lo impidieron. La subieron a un vehículo, y flanqueada por dos agentes en la parte trasera la condujeron al cuartel general de Investigaciones donde llegamos a la misma habitación.

En esta oficina, con mucha luz, ruido y movimiento de personal, se acerca reservadamente un hombre delgado de bigotes rubios y me dice: no son de Investigaciones, son de la CNI. No digo nada. Supuse que quería distanciarse de ellos y, además, darme a conocer que me encontraba en un cuartel de la policía civil. Hacía muy poco la dictadura había firmado la Convención de las Naciones Unidas contra la Tortura, habiéndose comprometido a cerrar todos los centros secretos de detención de la CNI. Esto no fue obstáculo por supuesto para que la CNI y otros organismos represivos continuaran torturando y asesinando en otros cuarteles. Podían mantener en “hoteles” —como sarcástica y cruelmente les denominaban— a los prisioneros en recintos de Investigaciones durante el día, torturarlos en la noche o sacarlos en la noche para torturarlos en sus propios centros clandestinos de detención. Yo no pensaba ni en Tratados ni en hoteles, ni siquiera en qué decir, sino que estaba aliviado por estar en un cuartel de Investigaciones, porque eso significaba —creía— que no me iban a matar. En eso cavilaba cuando un agente me dice

socarronamente: te salvaste en junio. Finjo no saber a qué se refiere, aunque lo hace en clara alusión a la matanza de Corpus Christi u Operación Albania. No sé de qué hablas, le digo. No te *bagai* el *hueón*. No te quisimos matar. Yo solo intuía pasos, gritos, órdenes, puertas cerrarse y abrirse. Ruido y mucha luz, el corazón acelerado, pero aún no aparecía el miedo. En algún momento percibo que a mi compañera se la llevan a otra parte y le grito con todas mis fuerzas en inglés: te quiero y, también en inglés: no les digas nada, no creas nada de lo que te digan, no hables, no hables!!. Ella nunca me escuchó, según supe después, pero en esos momentos sentí que era importante decírselo en la esperanza de que me oyera, aunque fuera a la distancia, quizás por última vez. No sé, lo que más recuerdo es la abrumadora luz blanca, muy blanca y el incesante ruido de voces y máquinas de escribir. Y los bramidos para acallarme por haberle gritado en inglés a mi compañera rubricado con un chilenisimo: *soy cuatiquero, hueón*.

A Rocío la llevaron a un calabozo del primer piso al interior del edificio. La encerraron en la más absoluta de las oscuridades. A tientas palpó un banco o algo similar cerca de la puerta y ahí se sentó, quedando inmóvil intentando descansar un momento. Reclamaba que estaba embarazada, que necesitaba alimentarse. Nadie la escuchaba, nadie le hacía caso. Era un holograma o incluso menos, un nanofantasma. Pero ya tarde en la noche repentinamente se abrió la puerta de la celda y le ordenaron a una mujer que entrara. Muy pronto ésta le dijo que la habían detenido por ser prostituta y, a su vez, le preguntó a mi compañera por qué estaba presa. No sé, le contestó, detuvieron a mi esposo, pero tampoco sé por qué. La prostituta le hizo varias preguntas más, pero tampoco fue muy insistente, por lo que siempre nos quedará la duda de si trabajaba para el enemigo o no. Sea como sea, solo después de que la visitara la Cruz Roja, al día siguiente le dieron algo de comer y la trasladaron a una pieza, lugar donde iban permanentemente a hacerle las mismas preguntas. Al cuarto día la enviaron incomunicada a la cárcel de hombres de San Miguel junto a dos compañeras más. A esas alturas ya tenía síntomas de pérdida, pero al menos por primera vez sintió moverse a nuestro

hijo, un destello de ilusión, de que no estaba sola, dice. Como cuando la sacaron de la celda para llevarla a San Miguel y levantó la vista y ahí, en el segundo piso, en otra celda me encontraba yo. Le hacía señas de cariño, que estuviera tranquila y ella, a su vez, trataba de indicarme que la estaban sacando del cuartel, que estaba viva. Era la soledad compartida.



Rocío Reyes. Fotografía: Tito Tricot. 1987

En la cárcel de hombres estuvo incomunicada, al igual que las otras compañeras. Al experimentar nuevamente síntomas de pérdida, pidió en innumerables oportunidades la asistencia de un médico. Al final la vio una persona que solamente le hizo preguntas, pero jamás la examinó. Nunca supo si era médico o no. Lo que sí es claro es que la llevaron a la fiscalía militar en al menos dos ocasiones. El fiscal Luis Acevedo de la segunda fiscalía, el mismo que participó en la matanza de la Operación Albania, le mostró una especie de cordón y le preguntó si sabía lo que era. Rocío le replicó que no. Acevedo le subrayó que era una mecha y que yo la tenía en mi casa. Ella le dice que era imposible, que nunca la había visto. Le preguntó qué hacía durante la incomunicación y le dice que tarareaba un aria de la Pasión según San Mateo que le gustaba mucho a su madre. ¡Si hasta los curas son comunistas!, vomitó el fiscal. Al fin, luego de estar 10 días presa, Rocío fue liberada por falta de méritos. Sale sola y no hay nadie esperándola. Afortunadamente lo hace junto con otra de las detenidas a quien la esperan sus padres, y solidariamente la van a dejar a casa de unos familiares. Ahí comienza otro periplo: encontrarme.

Mírame bien a los ojos, yo te voy a matar

A mí me habían llevado a una celda de un segundo piso a un lugar que reconocí de inmediato. Había estado ahí de paso cuando nos trasladaron de la cárcel de Valparaíso para ser expulsados del país. Era el cuartel central de Investigaciones en General Mackenna, en Santiago. Al menos supe donde me encontraba, aunque de poco sirve en esos eventos, especialmente cuando, en la madrugada –supongo que alrededor de las dos o tres, porque no tenía reloj– me fueron a buscar a la celda, me vendaron los ojos, me ataron las manos y me condujeron a un lugar desconocido. Solo recuerdo que descendimos escaleras y entramos a una sala donde hacía mucho calor y se sentía la presencia de mucha gente. Sólo podía distinguir la silueta de algunos zapatos por el breve espacio entre la venda y mi nariz. Me desnudaron, primero la parte superior y, luego, el resto. Comienza el interrogatorio: ¿Dónde está Carreño, quién lo tiene? No tengo idea de lo que hablan, digo. Silencio eterno. Mira *conchetumadre* es súper simple la pregunta: ¿Dónde está Carreño? Después vienen otras más difíciles, pero esa es la primera, brama una voz aguardentosa. No tengo nada que ver con eso, repito. Siento el primer golpe en los riñones, quedo sin aliento. Luego golpes con las palmas en los oídos, el conocido “teléfono”. Se alejan momentáneamente las voces; más golpes en la espalda y mucho calor. Me tiran del pelo para levantarme. Aún no siento miedo. Espero las preguntas, pero en lugar de éstas recibo más golpes, esta vez en las costillas. Me sujetan entre dos, siento olor a alcohol y sudor. No hay preguntas, solo golpes y el “teléfono” que hace reverberar el sonido y el calor en los oídos. Mucho calor y el olor a transpiración y adrenalina de mucha gente en un espacio cerrado. No tengo noción del tiempo. Quizás han transcurrido solo minutos u horas. No sé. Tal vez he perdido la conciencia. ¿Dónde está Carreño? Insisten. No tengo idea, repito

desde mi islote de absoluta soledad. Y truena nuevamente la misma voz: Tu señora está muy mal y va a perder la guagua y por respeto a ella deberías hablar, grita. No sé nada de Carreño, reitero. ¿Y qué *diríai* si traemos a tu señora embarazada? Solo reflejaría su calidad moral, digo espontáneamente, sin pensarlo ni un segundo, porque si lo hubiese pensado me hubiera quedado callado. ¿Qué *estai* hablando *conchetumadre*, qué me importa tu *cagá* de moral? ¡Traigan a la hembra de este *hueón!* Siento pasos y un portazo. No digo ni hago nada, me mantengo quieto en medio de la habitación rodeado de agentes. O lo que supongo es el centro de la habitación. Sé que si suplico que no la traigan o demuestro signos de debilidad, amenazarán con torturarla para hacerme hablar o sencillamente la torturarán. Es una situación límite sobre la cual uno no tiene el control total, es un juego de nervios de acero. El único problema es que no es un juego y yo no tengo nervios de acero. Aun así, no hice ni dije nada. Nunca supe si realmente alguien salió a buscarla o solamente fingieron abrir y cerrar una puerta. Tampoco sé lo que habría hecho si es que hubiesen traído a mi compañera. Además, ni ella ni yo sabíamos del caso Carreño. Nada teníamos que ver con éste, de manera que nada podíamos decir. Entonces, más golpes y la orden: ¡lleven a este *hueón* al subterráneo! Alguien me toma del brazo, me conducen a otra habitación, no estoy seguro si en el mismo piso o si bajamos a un sótano, puesto que estuve vendado todo el tiempo. Me sientan en una silla, me amarran de pies y manos, me ponen electrodos en las muñecas y tobillos. Me aplican inmediatamente electricidad. La corriente es una serpiente que se te mete en las venas, por los poros, los ojos, la nariz, te destempla los dientes y te sale por la boca convertida en un grito desenfadado que no puedes evitar, aunque quieras. Es que no puedes hacer nada mientras el cuerpo se convulsiona en una espiral de crueles sinfonías. Malditas sinfonías inconclusas. Luego las preguntas, siempre sobre el coronel Carreño y siempre las mismas respuestas: No tengo idea. Y más corriente que sube en intensidad mientras la serpiente se arrastra inmisericorde por los poros, reventando arterias en estallidos naranjas y azules que uno distingue níti-

damente aún bajo la maloliente venda. Son estrellas nortinas, relámpagos sureños, temporales porteños, pero expelidos por la fuerza de otro, porque no es tu garganta la que grita. Es un alarido extraño, hermano, vomitado desde la profundidad de tus entrañas, pero por alguien más. Por ello no digo nada. Tanto así que uno de los agentes me pregunta consternado: oye, ¿Te han puesto corriente antes? Sí, le contesto. Ah, exclama, me imaginé, por eso no te hace nada. ¡Pero sí me hacía! lo que sucedía es que no tenía respuestas a sus interrogantes. Si me hubieran preguntado otra cosa, algo que no se refiriera al coronel Carreño no sé si mi reacción hubiera sido la misma. ¿Qué hacemos jefe? Este le ordena que sea enviado de vuelta a la celda, incomunicado, desnudo y sin comer. Todo es una nebulosa, oscuridad y calor, extremo calor y hálito alcohólico, pero todavía no asoma el miedo. Desconozco el porqué, pero probablemente se deba al hecho de no haber sido asesinado inmediatamente y de estar en un cuartel conocido públicamente y, por lo tanto, con mayores posibilidades de ser hallado por organismos de derechos humanos. Uno puede inferir que un detenido, por desesperada que parezca su situación, siempre mantendrá una gota de ilusión. Un trozo de luz en medio de la oscurana. No es algo de lo cual uno tenga conciencia, únicamente lo siente, presiente o padece acorde a cada uno. Yo nada más esperaba sentado en mi celda cualquier cosa.

Amaneció, pasó el tiempo y, en algún momento al mediodía o temprano en la tarde, me vienen a buscar nuevamente. En esta ocasión, sin venda, me trasladan hasta una oficina donde se encuentran dos personas de pie y otra sentada en una mesa. Me obligan a sentarme en una silla frente a un escritorio. Al poco rato ingresa, portando una carpeta en una de sus manos, un hombre bajo, más bien grueso, pelo corto, se sienta en una silla al otro lado del escritorio. Todos son miembros del comando que nos secuestró a mí y a mi compañera. El oficial se dirige a mí con desgano. Esta es una guerra, me dice. Tú estás ahora ahí, mañana puedo ser yo. Ahora vamos a hablar y hay dos formas de hacerlo: o cooperas o usamos la máquina. Apunta hacia el magneto que en sus manos tiene el agente

sentado en la mesa y que sonríe burlescamente. Es el magneto que genera la corriente y que, de acuerdo a la intensidad producida por el sujeto que la manipula, provoca convulsiones, quemaduras y hasta la muerte por infarto. Él no sabía —o aparentaba no saber— que la noche anterior ya habían utilizado la infame maquinita conmigo. Después me enteré de que verdaderamente lo desconocía, porque fue personal de Investigaciones el que llevó a cabo la sesión de torturas previa. Siempre existió rivalidad entre los servicios de inteligencia, ostensiblemente entre la Brigada Investigadora de Asaltos (BIA) dirigida por el prefecto Oviedo y la CNI, aunque la represión la ejercían todos por igual y operaban de consuno cuando debían hacerlo. Fue la BIA la que identificó y detuvo a varios de los compañeros del FPMR partícipes de la emboscada a Pinochet. Ahora también querían ser ellos los primeros en descubrir el paradero del coronel Carreño, por eso —aprovechando que por alguna razón la CNI decidió no interrogarme hasta el día siguiente— Oviedo y su gente procedieron a hacerlo sin autorización de nadie. Por eso a lo mejor por única vez en su vida el capitán Arturo Sanhueza Ross, jefe del comando que nos detuvo e integrante de la Brigada Azul de la CNI, encargada de la represión al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, decía la verdad. En esos momentos yo desconocía su identidad o su responsabilidad en la CNI, aunque era evidente que estaba al mando de un grupo operativo. Todos los que ahí se encontraban vestían de civil, por lo que era imposible determinar grados o pertenencia institucional. Da lo mismo, con uniforme o sin este, eran todos y todas animales. Animales humanos. Así era el capitán Sanhueza quien estaba en guerra con el Frente, con nosotros, conmigo. Me dice desganadamente, ojeando la carpeta azul que tiene en sus manos y levantando la mirada: Encontramos estos papeles en tu casa ¿De qué se tratan?, porque con esta letra de mierda no entiendo nada. Son estudios que estoy haciendo. Seguro dice. ¿De qué? Sobre la economía y el sistema político digo, pero no alcanzo a finalizar cuando levanta la voz. No me interesa esa *bueá*, aquí hay números que son códigos. Y *sabí* por qué, porque tú eres jefe del Frente *bueón*, así que sabes dónde está Carreño. Habla. No soy del Frente digo, tratando de inventar la historia que urdiría para enfrenar la situación

de desventaja en la que me encontraba. Tenía cero posibilidades de ganar. Lo único que podía hacer era conseguir tiempo para evitar la detención de otros compañeros o que cayera alguna casa de seguridad. No tenía posibilidades, pues todos sabíamos que tarde o temprano, dependiendo del grado e intensidad de la tortura uno habla, excepto que se invente una historia creíble que los convenza de que eres totalmente inocente de los cargos que se te imputan. Lo único a mi favor fue que no tenía participación alguna en el secuestro de Carreño, de suerte que nada podía decir al respecto. Era obvio que no habían llegado a mi casa por casualidad, que tenía seguimiento. Ya me habían dicho que me había salvado en junio de la matanza de la Operación Albania, de modo que sabían perfectamente que era del Frente, mas desconocían detalles o al menos eso pensaba yo. Porque luego de las dos o tres preguntas iniciales acerca de Carreño todas las demás fueron sobre mi supuesto papel en el Frente. Mira, me repite el oficial, sabemos que eres jefe ¿De cuál estructura y dónde están las armas? Nunca he tenido armas ni nunca he disparado a nadie, digo. No *po' bueón, pa' qué*, si *tení* ejecutores, gente que lo hace por ti. Yo siempre he sido político, mi trabajo es político —ya había decidido que esa iba a ser mi historia, pasara lo que pasara—. Soy comunista. No me interesan los comunistas, me interesa el Frente, dice airado, aunque todavía con un cierto desgano, como queriendo irse luego. Ya no hay preguntas sobre Carreño, solamente sobre el Frente: destacamentos, columnas, contactos, armas. No sé nada de eso, mi trabajo siempre ha sido político, repito. Su voz cambió radicalmente: no me interesa el Partido te dije *conchetumadre*. No podía cambiar mi historia, aunque a juzgar por su mirada y tono, poco o nada me creía. Hago análisis político y se lo paso a un viejo amigo de Valparaíso cuando lo veo, eso es todo. Ah sí ¿Y cómo se llama? Putas no sé, siempre lo conocí como el chino... Puta la *bueá*, todos son chinos en esta *bueá*, dice enojado. Pensando que me iba a pedir que lo describiera, tenía grabado desde antes en mi mente a Carlos Caszely. Es lo que le habían enseñado a uno, describir a alguien conocido —actor, cantante, futbolista— para que en caso de que te lo preguntaran varias veces o distintos interrogadores, no cometieras

errores. Caszely era mi ídolo cuando niño y jamás podría olvidar su rostro o, menos aún, sus magníficas jugadas. Sanhueza no me exigió una descripción, simplemente se levantó abruptamente de la silla, se dirigió a mí con cierto desprecio y dijo: ya nos veremos. Salió de la oficina mientras los otros agentes, todos sonriendo, se fueron tras él. Ya solo en el cuarto, creo que fue la primera vez que sentí algo de temor, porque les había visto sus caras, los podía reconocer fácilmente. Eso hacen los que te van a matar, no les importa. Además, era innegable que cuando volvieran no iba a ser solo para hablar. Así fue: no volvieron para conversar.

En la noche me fueron a buscar a la celda, me encapucharon, me amarraron o esposaron, no recuerdo bien. Bruscamente me trasladaron escaleras abajo entre varios. Caminamos por entre varios pasillos, llegando a un cuarto muy caluroso. Me sacaron la capucha, un foco potente me encandiló, Oigo una voz que murmura algo ininteligible, pero escucho claramente lo que presumo es una respuesta a una pregunta: sociólogo, dice la segunda voz. Me ponen nuevamente la capucha y me conducen a lo que presupongo es otra habitación. Comienzan inmediatamente los golpes, los gritos, las amenazas. No hay preguntas. A veces es más fácil soportar el interrogatorio cuando existen preguntas de por medio porque te permite descansar, respirar, pensar. Si no es así solo te queda el silencio, la tensa espera del próximo golpe que nunca sabes de dónde vendrá. Esa noche fue interminable, pues no hubo casi inquisición, tan solo saber dónde estaba Carreño, porque el secuestrador, el hombre que lo había reducido, medía 1.80, tenía nariz aguileña y barba. O sea, ¡¡jera yo!! Daba lo mismo lo que yo dijera o intentara decir, puesto que estaban convencidos de que era parte del grupo operativo que había secuestrado al coronel. Por lo demás, no había tiempo de contestar entre tantos aldabonazos. Era sólo ablandamiento, no había preguntas ni querían respuestas, solo acabar con cualquier tipo de resistencia futura. El problema, para ellos y para mí, es que yo nada tenía que ver con el secuestro de Carreño, por consiguiente quizás cuánto tiempo duró el interrogatorio sin preguntas. Tanto así que solo recuerdo vagamente haber despertado en un pasillo del cuartel rodeado de agentes y voces. Una camilla, un

vehículo, la posta central y de vuelta al cuartel. Parece que fue de noche, no me acuerdo bien, lo que sí tengo indeleblemente impreso en la memoria es el interrogatorio llevado a cabo en la oficina de Navarro.

A la tarde siguiente, presumiblemente, porque mis evocaciones no son del todo fotográficas, apareció el jefe del equipo operativo aprehensor: el capitán Arturo Sanhueza. Me saludó con hastío, como es su costumbre, pero con el ceño duro y sin ambigüedad vocifera: te lo repito por última vez, habla ahora o te *vai* a arrepentir. Se me acabó la paciencia. No tengo nada que decir...no alcanzo a terminar, se da media vuelta y ordena: pásenme una pieza *pa'* interrogar a este *bueón* ¿Dónde puede ser? En la oficina de Navarro, dice alguien. Oye Navarro, ¿y por qué no *trabajai* directamente *pa'* nosotros? se ríe otra voz. Me llevan a otra parte, o por lo menos es lo que parece, pues estoy vendado y no puedo ver. Lo primero que me dicen es; ¡Te vamos a sacar la *conchesumadre*...nos *vai* a pedir por favor que te dejemos hablar! Comienzan los golpes inmediatamente. Este interrogatorio es mucho más violento o, para ser más preciso, con un mayor grado de histeria por parte de al menos uno de los interrogadores, con gritos, puñetazos, patadas. En algún momento este individuo me saca la venda y me pregunta desafiante: ¿*Sabí* por qué te saco la venda? Le respondo que no. No me gusta que nadie me reconozca la cara, me dice. ¡¡Mírame bien, soy yo el que te va a dar vuelta, soy yo el que te va a matar!! Este psicópata es Juan Jorquera Abarzúa, de chapa Manuel Vega en la CNI, apodado “El Muerto”, autor de numerosos crímenes, entre ellos el de Gastón Vidaurrázaga, ejecutado en septiembre de 1986; los asesinatos de la masacre de Corpus Christi y el secuestro y asesinato de cinco compañeros del FPMR, los últimos desaparecidos de la dictadura en 1987.

Con la venda suelta puedo observar a todos los que se hallan en la sala, la cual en efecto es una oficina. Hay alrededor de 10 personas, incluido el capitán Sanhueza, quien después de un rato, no sé cuánto tiempo, me dice: me voy con la cola entre las piernas, pensé que ibas a hablar. Agregando, pero hay otros métodos y voy a pedir autorización para usarlos. Sanhueza no requería autorización de

nadie. En esos momentos yo no lo sabía, pero él es uno de los más despiadados asesinos de la CNI. Su chapa es Ramiro Droguett y su alias "Huiro". Estuvo involucrado en la Operación Albania, en el secuestro y ejecución de los cinco militantes del Frente en septiembre en 1987 y en el asesinato de Jécar Nehgme, por mencionar solo algunos de sus crímenes. Su aparente pasividad escondía a un ejecutor que no trepidaba en matar cuando debía hacerlo. Posiblemente si hubiese tenido conocimiento previo de quien era Sanhueza todo hubiera sido distinto, para bien o para mal. A lo mejor me hubiese consumido la rabia o el temor o ambos, pero al final no fue nada, sólo una gran nebulosa de voces, susurros, pasos, sirenas, luces, sombras. Acaso el orgullo de no haber hablado nada, ni una sola palabra, porque por mí no cayó ningún hermano, ninguna casa de seguridad, ninguna estructura, ningún armamento. Nada. Salvo una gran humareda, uno o dos desmayos. Más voces, órdenes y contraórdenes, vehículos y desplazamientos a la asistencia pública. No recuerdo mucho, solamente que en algún momento desperté en la pieza de un hospital —que después me enteré era la posta central—, rodeado de hombres armados. Una vértebra dorsal fracturada y enyesado desde el cuello hasta la cintura.

Rocío y Marcela, su amiga de siempre y embarazada como ella, llegaron a la posta en algún momento. No sé cuándo ni cómo, pero se las arreglaron para ingresar; Rocío dice que subió y entró a la habitación, pero yo no recuerdo nada de esto. Sí me acuerdo que una mañana llegó un médico a preguntarme cómo estaba, que cómo me estaban tratando. Los guardias comenzaron a sospechar y lo interrogaron ¿Quién es Ud.? Soy médico, señaló con vehemencia y les mostró su identificación. Sí, pero no es de aquí. Insistía que era doctor y tenía la facultad para estar con el paciente. Pero lo sacaron de la sala. Después me enteré que era el psiquiatra Sergio Pesutic, quien trabajaba con el equipo de salud de CODEPU, el Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo. Fue un acto de valentía en un momento cuando todos los organismos de seguridad buscaban al coronel Carreño.

Por misteriosa fractura a la columna

F - marzo 15-9-87

Sospechoso del secuestro podría quedar inválido

Una fractura dorsal (columna vertebral), que le podría ocasionar una paraplegia para el resto de su vida, sufrió el sociólogo Luis Ernesto Tricot Novoa, quien fue detenido por Investigaciones junto a su esposa Rocío Reyes, el pasado tres de septiembre.

Luis Tricot fue trasladado, el domingo seis de septiembre, desde el cuartel general de Investigaciones hasta la Posta Central. De inmediato, el profesional fue internado en la sección de traumatología del establecimiento asistencial, con diagnóstico grave. Los especialistas informaron que el detenido Luis Tricot, presentaba una fractura dorsal. Esto significa que el sociólogo, arrestado durante los operativos de búsqueda del secuestrado coronel Carreño, tendrá serias dificultades para volver a caminar.

Al cierre de esta edición, el abogado Hernán Rodríguez, de la Vicaría de la Solidaridad, dijo a *Fortín* que presentaría un escrito en los tribunales, denunciando la serie de

irregularidades y apremios de los que fue víctima el sociólogo Tricot.

El abogado explicó que "Luis Tricot fue detenido junto a su esposa, Rocío Reyes, quien tiene cinco meses de embarazo. Ambos fueron llevados al cuartel central de la policía civil. Luis Tricot sufrió graves apremios físicos. Le aplicaron corriente eléctrica, le vendaron la vista y le dieron golpes en la cabeza. Su esposa embarazada no recibió golpes, pero tampoco le brindaron atención alguna, particularmente cuando registró manifiestas contracciones, debido a su estado de gravedad", explicó el abogado Hernán Rodríguez.

El profesional explicó que Rocío Reyes fue dejada en libertad, sin que se presentara cargo alguno en su contra. Su esposo, en cambio, fue incomunicado en la Posta Central y, en las últimas horas, lo encargaron reo por supuesta infracción a la ley de control de armas.

EL MERCURIO

JUSTICIA MILITAR:

Detenido Sociólogo

● Está internado en la Posta Central, bajo estricta vigilancia. Quedó a disposición de la Tercera Fiscalía.

El sociólogo Luis Ernesto Tricot Novoa se encuentra detenido e internado en la sección Traumatología de la Posta Central de la Asistencia Pública, por resolución del titular de la Tercera Fiscalía Militar, Luis Acevedo. El profesional se halla en el citado establecimiento bajo estricta vigilancia de personal de Gendarmería.

El fiscal militar ad-hoc, Fernando Torres Silva, al ser consultado ayer sobre el caso expresó que "hay un detenido con ese nombre". Ante otra pregunta dijo que la persona aprehendida no correspondía al sospechoso que tiene en el proceso sobre el secuestro del

teniente coronel de Ejército, Carlos Carreño Barrera.

Al preguntársele si Tricot Novoa estaba detenido en relación al secuestro del oficial manifestó: "Hay personas aprehendidas, que llegaron detenidas una vez que el proceso fue puesto a mi disposición. Hay órdenes de detención que yo no he despachado y otras que están por cumplirse".

El sociólogo fue detenido durante operativos efectuados para tratar de lograr la detención de los responsables del secuestro del teniente coronel de Ejército, Carlos Carreño Barrera.

Sociólogo Luis Tricot Novoa

Grave en la Posta Central un detenido por sospecha

Hermetismo reinaba ayer en la Posta Central de la Asistencia Pública, respecto al estado de salud del sociólogo Luis Ernesto Tricot Novoa, detenido en relación con el secuestro del teniente coronel del Ejército Carlos Carreño, y quien ingresó a la sección de traumatología el 7 del mes en curso, desonociéndose las razones.

El profesional junto a su esposa Rocío Reyes Abovich, fueron aprehendidos el 3 del presente en su vivienda, en el transcurso de los rigurosos operativos policiales y militares que se desataron en Santiago tras el plagio del oficial. Rocío Reyes, al momento de su detención presentaba un embarazo de cinco meses.

Tanto el hombre como la mujer quedaron a disposición del titular de la Tercera Fiscalía Militar de Santiago, Luis Acevedo, quien de acuerdo a versiones de familiares y amigos de Rocío, dispuso su libertad incondicional en la tarde de ayer.

Sin embargo, lo que continúa siendo un misterio es la suerte corrida por Luis Tricot, quien después de permanecer cuatro días en poder de sus aprehensores debió ser llevado hasta la posta de urgencia e internado bajo fuerte custodia policial en la sección de traumatología.

ESTUDIANTES DEL IPS

Por su parte, familiares de dos estudiantes del Instituto Profesional de Santiago, IPS, y de una egresada de Arquitectura de la Universidad de Chile, informaron a Fortín que el fiscal Luis Acevedo concedió la libertad incondicional por falta de méritos

a cada uno de ellos, luego de ser detenidos por Investigaciones en un allanamiento al inmueble de Tobalaba 8095.

La resolución del fiscal favoreció a César Flores Torres, de 21 años, Armando Marcelo Zúñiga Toro, de 23 y Lucía Martínez Lizana, de 24. El trío fue puesto a disposición del citado tribunal la noche del 4 del presente y su aprehensión se consumó el mismo día a las 10.30 de la mañana.

DEVUELVANME MI CASA

Una aflictiva situación vive por estos días la pobladora Humilde García, cuyo padre fue ejecutado, y su esposo, un ex parlamentario comunista, permanece en poder de los servicios de seguridad desde el jueves 3 de septiembre, oportunidad en que fuera allanado su domicilio de calle Los Claveles 8010 de la población San Ramón.

A todos esos desvelos se suma la retención y ocupación del inmueble por parte de efectivos policiales, que según han señalado, cumplen instrucciones de la Tercera Fiscalía Militar.

En conversación con Fortín, Humilde García dijo que su marido Mario Riquelme Muñoz, fue arrestado por personal de Investigaciones que lo trasladó hasta el cuartel central de calle General Mackenna, donde fue visitado por otros ex parlamentarios y por personal de la Cruz Roja, que constató el buen estado de salud. Días más tarde fue entregado a la Central Nacional de Informaciones, sin que hasta el momento tenga mayores antecedentes sobre su suerte.

Los que aparecen en la foto.

Sociólogo presentó querrela por apremios

Luis Tricot Novoa dejó presentado el escrito en el Tercer Juzgado del Crimen de la capital por intermedio del abogado Pedro Aylwin Chiorrini.

Una querrela en contra de todos aquellos que resulten responsables del delito de apremios ilegítimos, interpuso ayer ante el Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, el sociólogo Luis Tricot Novoa, actualmente procesado como presunto infractor a la Ley sobre Control de Armas.

El escrito fue presentado por su abogado, Pedro Aylwin Chiorrini y se refiere a presuntos apremios sufridos en su lugar de detención, luego de ser allanado el inmueble que habita, en operativos tendientes a encontrar al teniente coronel Carlos Carreño, secuestrado hace ya un mes.

Tricot fue encargado reo como presunto autor de tenencia ilegal de armas, luego de encontrarse un detonador (una mecha) en la residencia de calle Montenegro 1542, Ñuñoa, según indicaron fuentes de la fiscalía militar.

El querellante relata que fue detenido el 3 de septiembre último por siete individuos y llevado posteriormente a dependencias del Cuartel General de Investigaciones. También fue detenida su mujer, Rocío Reyes Abovich.

Luego de hacer una detallada descripción de los funcionarios que lo detuvieron e interrogaron. Narró que "se me golpeó reiteradas veces en distintas partes mi cuerpo (estómago, tórax, espalda)" en momentos en que dijo estar desnudo.

Asimismo, denunció que se le aplicó electricidad y golpes con las palmas de las manos en sus oídos.

La querrela es acompañada por una fotocopia del informe de lesiones emitido por el Instituto Médico Legal, donde consta el carácter de las lesiones.

Cabe señalar que Tricot fue trasladado el 7 de septiembre desde su lugar de detención hasta el Servicio de Traumatología de la Asistencia Pública, a raíz de una fractura dorsal.

Entre las peticiones que solicita Tricot Novoa están la nómina de funcionarios que lo aprehendieron, vigilaron, recepcionaron y estuvieron a cargo de su celda.

Patricio Basso:

"La oferta es indigna"

Como "chantaje económico y afrenta a la dignidad" de los docentes de la Universidad de Chile, calificó ayer el presidente de la Asociación de Académicos de esa casa de estudios, Patricio Basso, el ofrecimiento de parte de la rectoría de aumentar en un 12 por ciento el fondo de remuneraciones.

En declaración pública difundida en conferencia de prensa en la sede de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Patricio Basso rechazó tajantemente la oferta del rector José Luis Federici. Aseguró además que "los académicos no retornarán a clases" y señaló que "ningún docente puede ser tan miserable como para aceptar la dádiva que se le ofrece a cambio de su libertad y dignidad".

Mercurio Vps.
Jueves 10 - X - 87

31/10/87 LA CUBA

Sociólogo afectado está internado en el hospital de la Penitenciaría

Denuncian torturas en el cuartel de Investigaciones

El sociólogo Luis Tricot, quien se encuentra recluido en el hospital de la Penitenciaría con graves lesiones, interpuso ante el Tercer Juzgado del Crimen de la capital una querrela criminal en contra de los responsables de apremios ilegítimos sufridos —señala la denuncia— durante su detención en el cuartel central de Investigaciones.

“Los responsables de este delito se encuentran entre funcionarios de dicho servicio policial y al parecer también entre funcionarios de la Central Nacional de Informaciones (CNI)”, expresa la querrela.

El profesional fue aprehendido el 3 de septiembre en su domicilio y llevado al Cuartel Central de Investigaciones. “Allí, uno de los funcionarios al que apodaban ‘El muerto’ me señala que a mí me había salvado anteriormente en junio (la referencia es a las muertes ocurridas en ese mes...)”, expresa el querrelante.

Agrega que en su celda se enteró de la detención de su conyuge,

Rocio Reyes, embarazada de cinco meses.

Prosigue que en una dependencia que denominaban “la oficina de Navarro”, un sujeto gordo, pelo corto negro, 1,60 aproximadamente de estatura, ojos café oscuro, de unos 35 años, junto a otros dos individuos “y un detective”, iniciaron los interrogatorios. A ellos se sumó después otra persona morena, 1,80 de estatura, aproximadamente 33 años, que asumió la dirección.”

Este último fue quien —según el texto de la querrela— en la oportunidad siguiente, lo golpeó “reiteradas veces en distintas partes de mi cuerpo (estómago, to-

ras, espalda)”. Tricot agrega que recibió además fuertes impactos en sus oídos y se le amedrentó con la seguridad de su conyuge.

Denuncia que fue objeto de descargas de electricidad en una pieza subterránea, perdiendo esporádicamente el conocimiento.

Un sujeto que describe “moreno, sin barba pero de piel dura y oscura (...), cara ancha, boca grande, ojos medio amarillentos, pómulos abiertos, pelo liso, de contextura mediana, más bien flaco, manos grandes”, lo amenazó de muerte.

El sociólogo debió ser inyectado en el cuartel debido a los fuertes dolores de su espalda y fue llevado a la Posta Central.

Tricot adjunta a su querrela certificados del Servicio Médico Legal.

Las denuncias del sociólogo

Interno en la Penitenciaría con gran parte de su cuerpo enyesado, permanecía —hasta la semana pasada— el sociólogo Luis Tricot Novoa, detenido en su hogar el 5 de setiembre por personas de civil. Se le acusa de tenencia ilegal de explosivos, según dijo a HOY su abogado, Pedro Aylwin.

Tiene tres vértebras fracturadas. Su representante presentó en su nombre una querrela criminal ante el Tercer Juzgado del Crimen “en contra de todos aquellos que resulten responsables por el delito de apremios ilegítimos con resultado de lesiones graves en mi persona como consecuencia de mi detención en el cuartel de Investigaciones de Chile, de calle General Mackenna”. Agregó, que “al parecer” también había funcionarios de la CNI.

Incluso hizo algunas descripciones. “Un individuo al que apodaban ‘El muerto’ me señala que a mí me había salvado anteriormente en junio (la referencia es a las muertes de ese mes)”. Luego señaló que en “la oficina de Navarro”, un sujeto gordo, de pelo corto negro, 1,60 aproximadamente de esta-

tura, ojos café oscuro, de unos 35 años, junto a otros dos individuos “y un detective” iniciaron los interrogatorios.

Denunció, además, que lo golpearon en el “estómago, tórax, espalda, en mis oídos con las palmas de las manos, provocándome un gran dolor y fuertes mareos”. Luego le aplicaron electricidad “en forma inhumana, perdiendo el conocimiento esporádicamente”. También fue amenazado. Un individuo le sacó las vendas de los ojos y le dijo: “Quiero que me conozcas pues te voy a matar”.

—Este sujeto es de una altura de 1.70 metros aproximadamente —según afirmó—, moreno, sin barba pero de piel dura y oscura en la parte de la barba, cara ancha, boca grande, ojos medio amarillentos, pómulos abiertos, pelo liso, de contextura mediana, más bien flaco, manos grandes.

Sus lesiones constan en un certificado emitido por el Instituto Médico Legal y que fue adjuntado a la querrela.

M.I.S.



Detenido está hospitalizado en la Posta

El primer detenido en relación con el secuestro del coronel del Ejército Carlos Carreño, quien cumple hoy 13 días en poder de un grupo subversivo, se encuentra hospitalizado en la Posta Central de Santiago con fuerte custodia, informaron fuentes del establecimiento.

El sociólogo Luis Tricot fue aprehendido el 3 de setiembre junto a su esposa, la estudiante de sociología Rocio Reyes, en los allanamientos practicados por la policía y los servicios de seguridad en la comuna de Nuñoa.

Tricot, quien fue llevado en la madrugada del lunes pasado a la Posta Central, se encuentra internado en una sala de aislamiento de la sección Traumatología del establecimiento, en el cuarto piso, con custodia de agentes policiales y personal de civil, según señalaron funcionarios del centro asistencial.

Los informantes indicaron que se des-

conoce el estado de salud del detenido.

El Centro de Alumnos del Instituto Superior de Artes y Ciencias Sociales (Arcis), donde enseña Tricot, expresó su preocupación por la incomunicación de Rocio Reyes, quien se encuentra en su quinto mes de embarazo.

LABOR DEL FISCAL

El fiscal Fernando Torres Silva, consultado por el detenido, dijo que “se trata de una persona cuya injerencia y vinculación con este hecho se está investigando aceleradamente. Pero no tenemos aún nada concreto”.

Requerido por mayores antecedentes sólo se limitó a decir que “no hay nada nuevo”.

El fiscal trabajó en la mañana de ayer en sus oficinas, y se retiró pasado el mediodía. Se dijo que en la tarde continuó estudiando los antecedentes en su hogar.

El sociólogo Luis Tricot, cuya vinculación con el secuestro se investiga, permanece con fuerte custodia en el cuarto piso del establecimiento.

Planificando la fuga desde el hospital de la Peni en silla de ruedas

No recuerdo cómo llegué al hospital de la Penitenciaría, solo como salí y, por sobre todo, como en algún momento intentamos salir con Mauricio Arenas. Mauricio –“Joaquín”– era uno de los jefes del Frente, combatiente del cerro Esperanza de Valparaíso que participó en el atentado a Pinochet y en numerosas acciones. Cayó en un enfrentamiento con la CNI y carabineros en la antigua rotonda del paradero 14 de Vicuña Mackenna en febrero de 1987. Él estaba en una pieza contigua y solamente escuchaba su voz cada mañana cuando amanecía cantando una canción de Víctor Heredia. No sabía a quién pertenecía esa voz distante y alegre a pesar de las enrevesadas circunstancias en que nos hallábamos. Yo compartía el cuarto con otro compañero que posteriormente nos enteramos se había transformado en informante. Ni Mauricio ni yo estábamos en condiciones de movernos, yo con vertebras fracturadas y él con las piernas destrozadas por balazos, sin embargo, igualmente las piezas estaban resguardadas por un contingente de fuerzas especiales de gendarmería. Es decir, aunque parezca insólito, en la Penitenciaría estaban los gendarmes que custodiaban los muros y el ingreso principal, la guardia interna, la del hospital y, además, el grupo antiterrorista de gendarmería para vigilar a dos extremistas inválidos. Inaudito, pero absolutamente natural para aquellos jóvenes gendarmes que nos veían como seres peligrosos a quienes temían y, como averiguaríamos después, también respetaban. A eso se debían las absurdas medidas de seguridad las cuales, después de un tiempo, se flexibilizaron, tanto así que se logró que Mauricio se trasladara a nuestra pieza. Separados solo por un pequeño velador, de espaldas a una minúscula ventana embotada, conversábamos desde que despertábamos

en la mañana hasta que se quedaba dormido en la noche, siempre con un cigarrillo prendido entre sus labios. Como podía, me acercaba estirando el brazo para sacarlo de su boca y apagarlo. Era un acto samaritano y también de deferencia por un hermano que se había jugado la vida en tiempos escabrosos. Además, éramos ambos porteños y los dos habíamos estudiado en el liceo Eduardo de La Barra de Valparaíso. Por último, era el instinto de supervivencia para no despertar en mitad de la noche envueltos en llamas y morir quemados. Nunca despertó cuando tomé el cigarrillo, pues el médico le había recetado clonazepam para poder conciliar el sueño y no despertaba hasta el día siguiente, cuando continuábamos hablando. Ello, a pesar de que Mauricio era más bien taciturno y hosco. Era hombre de pocas palabras, aun así, en una de esas ocasiones me contó con orgullo, pero con mucha humildad, su participación en la emboscada al dictador en el Melocotón, en la zona del Cajón del Maipo. Me relató la cobardía de la escolta de Pinochet, de aquellos comandos supuestamente de élite que se escondieron bajo los autos o en las laderas de los cerros, con la excepción de un carabinero que fue el único que respondió el fuego. La aversión que sintió cuando se percataron que el automóvil blindado del tirano comenzaba a virar y escaparse del lugar; cómo él disparó hasta el último tiro de su cargador contra el vidrio de la puta ventana y ésta solo se astillaba. Impotencia e ira, pero al menos la satisfacción de haber sido parte de una acción heroica que podría haber cambiado el curso de la historia. Todos pudieron haber muerto, pero estuvieron ahí, nadie se negó a asumir la misión, aunque las posibilidades de salir con vida eran mínimas. Mauricio, el comandante Joaquín, nunca me habló de heroísmo ni de cambiar la historia, solo creí vislumbrarlo en el océano de su mirada porteña. La misma furia de Víctor Díaz, otro de los combatientes del Frente que fue parte de esa operación. Pero, además, Víctor tuvo un gesto de sublime ternura pues en la acción usó una de las corbatas de su padre, Víctor Díaz López –subsecretario general del Partido Comunista– secuestrado en 1976 por la Brigada Lautaro de la DINA, asesinado y desaparecido hasta hoy. Fue más

que un guiño de justicia, fue más que una vindicación simbólica, fue un homenaje a su padre, una forma de venganza concreta. Así me lo narró Víctor, quien no solo participó en el atentado al dictador sino que en muchas otras acciones.



Mauricio Arenas, "Comandante Joaquín".

Sin duda por aquello de las acciones y las acusaciones de terrorismo que constantemente aparecían en los medios controlados por la dictadura es que los gendarmes nos temían y, al comienzo, jamás ingresaban a la pieza, permaneciendo en el umbral de la misma sin pronunciar palabra alguna. Nosotros a veces los mirábamos, a veces los ignorábamos y, la mayoría del tiempo, los invitábamos a pasar o les ofrecíamos comida. Primero era comida del hospital, sosa e incomible, porque los gendarmes en las unidades penales donde estuvimos, en la penitenciaría y en la cárcel pública, traficaban carne o lo que fuese y dejaban lo peor para la población. Además, la comida

de hospital siempre es insulsa, aun en las mejores clínicas, supongo. Ello cambió cuando se levantó la incomunicación y nuestras compañeras pudieron visitarnos. Rocío se consiguió muy luego autorización para visitarme diariamente ya que yo no podía moverme y necesitaba aseo el cual, por cierto, en el hospital de la peni, no era provisto. Ella no recuerda muy bien cómo hizo para gestionar el permiso de ingreso, pero un día asomó su hermosa carita por entre las asombradas miradas de los guardias que nada pudieron hacer para detenerla. Con toda la ternura que la caracteriza, realizaba quehaceres de aseo personal intentando moverme con cuidado, ya que estaba enyesado. Pero, además, dentro de las posibilidades y tomando los resguardos necesarios, preguntaba qué necesitábamos, qué podía traernos, qué información debía llevar o traer. Así, poco a poco, fue aumentando la calidad de la comida. Hasta Rojita, el mocito del hospital, un preso, ladrón de poca monta que llevaba años encarcelado, tocó su recompensa, porque un día mencionó que lo único que echaba de menos de estar libre era un buen caldo de pata. Y un día sábado la buena de Rocío trajo una pata de choncho que Rojita cocinó no sé dónde, pero dejó todo el hospital pasado a un olor nauseabundo que debe haber dejado a más de alguien odiando a la pobre Rocío.

Los días domingos eran tal vez los mejores para Mauricio y yo, porque Rocío y Marta, su compañera y madre de su hijo, quien vivía en Valparaíso, venían juntas a visitarnos. Marta cocinaba la noche anterior y llevaba comida para Mauri, como cariñosamente le decía. Rocío hacía lo mismo y compartíamos esas tardes sin que nadie nos molestara mucho, pues los domingos eran más relajados y la unidad antiterrorista ya se había dado cuenta de que éramos simples humanos: teníamos compañeras, leíamos, nos reíamos, escuchábamos música. En una radio a pilas, claro. A Mauricio le gustaba la canción *Puerto Pollensa* interpretada por Sandra Mihanovich y la entonaba cada vez que la tocaban en la radio o a capella, daba lo mismo. Siempre estaba de buen humor a pesar del dolor, de la gravedad de sus heridas y del incierto futuro. En cuanto a mí, cuando por fin me

sacaron el yeso y me sentí lo suficientemente bien para moverme sin dolor, o al menos, sin mucho dolor, lo único que deseaba eran dos cosas: ir al baño a cagar en un wáter como dios manda y darme una ducha, también como dios manda. Es que eran tres meses de lavarse con paños húmedos, usar la chata acostado y cagando como las ovejas. Convencí a Rojita, el mocito del hospital y a otro compa que me sentaran desnudo en una silla y me llevaran al baño –un lugar amplio que se encontraba en el primer piso, saliendo, a unos 20 metros de la habitación– y me dejaran sentado en el wáter. Eso sí que me tenían que esperar cerca, por si acaso se producía cualquier emergencia, después de todo era primera vez que andaba sin yeso. Y la emergencia provino del lugar menos esperado, porque de la taza del wáter asomó su cabeza una rata mojada. Tan horrible que ni siquiera tuve tiempo de asustarme. Es más, creo que no me inmuté y solamente debo haber balbuceado algo así como: *shesumadre*, y haber seguido sentado decidido a terminar lo que había comenzado. En el intertanto, Rojita y el compañero me esperaban pacientemente para la segunda parte de mi periplo: la ducha. Me levantaron del wáter, me sentaron en la silla, me trasladaron al otro lado del baño, me instalaron bajo la ducha, desnudo sentado en la silla, abrieron la llave y salió el chorro de agua helado más delicioso que he sentido en mi vida. Debo haber estado ahí media hora, hasta que alguien gritó alguna imbecilidad y se acabó el recreo. No recuerdo cómo regresamos a la pieza, pero sí que el frescor del agua me hizo olvidar la rata, el yeso y la tortura.

Ya sin la atadura del yeso, y Mauricio sintiéndose mejor de sus heridas y sin los fierros implantados en sus piernas para evitar amputárselas, iniciamos conjuntamente el proceso de rehabilitación. En el hospital existía una pequeña sala de tratamiento kinésico para los presos comunes, pero como ninguno de nosotros estaba en condiciones de moverse aún, las dos kinesiólogas se turnaban para atendernos por unos minutos dos o tres veces a la semana. Llegaban y se iban rápido, temerosas. No sabían bien qué hacer, menos aún que decir. Con Mauricio nos mirábamos y sonreíamos sin entender

mucho lo que sucedía, porque además, sin ser expertos, temíamos que de nada servían sus fugaces visitas. Eran procedimientos básicos para, fundamentalmente, impedir un mayor anquilosamiento, suponíamos. Gradualmente, más que nada a fuerza de voluntad, fuimos recuperando fuerzas y movilidad y nos fijamos como objetivo volver a caminar fuera como fuera. Para Mauricio era mucho más duro que para mí, pero él no se amilanaba por nada. No lo hizo cuando se enfrentó a la CNI antes de su detención. Me contó que se percató de que tenía seguimiento, se bajó del vehículo en que venía, arrancó por las calles alrededor de la rotonda de Vicuña Mackenna, lamentablemente entró a un callejón sin salida. Se parapetó tras un auto dispuesto a enfrentarse hasta morir. Vi a los CNI y distinguí perfectamente al paco cuando me apuntó a la cabeza y me dio el tiro en la frente, dijo. Yo había guardado el último tiro para suicidarme. Y así lo hice, me disparé y mi último pensamiento fue para Sebastián, mi hijo. Pero el arma se atascó, no sé, pero la bala no salió. Lo que recuerdo vagamente es estar rodeado de chanchos y que uno o más de ellos dicen: todavía está vivo este *conchasumadre* y me rafa-gueó las piernas. Así cae un jefe rodriguista, me afirmó una noche cualquiera. Entonces, volver a caminar para él no constituía ningún problema, era solo una piedra más en el camino de su vida.

Pero no solamente teníamos objetivos sino también metas semanales muy definidas que debíamos cumplir rigurosamente. Cada día domingo, cuando nos visitaban nuestras compañeras, debíamos demostrar nuestros avances. Así, la primera vez las esperamos sentados en la cama; la segunda, sentados al borde de la cama. La tercera vez desembarcamos de la molesta cama y las esperamos en silla de ruedas. Finalmente, en un arranque de osadía, nos desplazamos desde la pieza al pasillo, nos apoyamos en la pared para sorprenderlas de pie apenas ellas cruzaran la mampara ubicada aproximadamente a unos 20 metros de nuestra recién conquistada pared. La sonrisa de ambas fue la mejor recompensa para el esfuerzo realizado. Supongo que esa tarde la comida supo mejor que nunca, que dormimos celestialmente pero, obviamente, no sin antes haber apagado

el cigarrillo de Mauricio. Cigarros que, dicho sea de paso Mauricio no podía tener, pero que a esas alturas ya era permitidos por los guardias que habían terminado por convencerse de que no éramos extremistas ni despiadados asesinos. Tanto así que, particularmente los fines de semana, entraban a la pieza, conversaban con nosotros, nos contaban sus vidas, las dificultades de ser gendarmes, las pocas alternativas de empleo en el sur desde donde muchos de ellos eran originarios. Los conocíamos a todos muy bien y sabíamos que estaban permanentemente cansados por los extensos turnos que debían cumplir. Una noche de domingo como a las dos de la madrugada le dije a uno de ellos: mira, yo leo hasta tarde —en esos momentos leía *Casa de Campo* de José Donoso— no me voy a ir a ninguna parte, acuéstate aquí, duerme un rato, si viene alguien te aviso. Ni siquiera lo pensó. Gracias, me dijo, se recostó a mi lado y a los 10 segundos estaba roncando.

Aunque parezca increíble, no solo se atrevían a dormir, sino que también jugaban con nosotros: ajedrez algunos, *Si yo fuera*, otros, *Pasar la montaña*... En fin, cualquier cosa para romper el tedio de fin de semana. Lo más peregrino fue que un sábado por la tarde, mientras la mitad de Chile se sumía en la imbecilidad e insulsez de *Sábados Gigantes* y de un don Francisco que ha alabado los avances económicos de la dictadura sin mencionar los asesinatos o desaparecidos, toda la guardia de turno se reunió en la pieza. De pie o sentados en la cama atendieron por horas una charla sobre materialismo histórico y comunismo científico que di, también de puro aburrimiento. Ninguno de ellos se movió, ninguno bostezó, ninguno se durmió. Todos escucharon atentamente. Los mejores alumnos que he tenido. Al final de la charla, Mauricio les pregunto: ¿Qué les parece? Un gendarme parado en el umbral de la puerta respondió: que no sabemos nada. Se dio media vuelta y se fue.

Por supuesto que no solo reaprendíamos a andar, dábamos charlas o congeniábamos con los guardias por razones humanitarias. Uno de nuestros objetivos centrales, no declarado primero y explicitado después, era fugarnos de la cárcel. Para lograr dicho fin

era primordial obtener información de cualquier fuente, procesarla, analizarla y tomar decisiones operativas. Mauricio, le dije, tenemos que fugarnos de esta *bueá*, yo no me quedo acá. Aprovechemos que estamos en el hospital y que debiera ser más fácil. No dudó ni un instante. Dale, me respondió, hagámoslo ¿Tienes infra afuera? Nada, le dije. Yo tampoco. Da lo mismo, empecemos de cero, dijimos simultáneamente. Se le esfumó la sonrisa que había sido su sello hasta entonces, apareció el combatiente, el jefe rodriguista. Nos distribuimos las tareas, él tenía más experiencia combativa, yo en recolección, análisis de información y producción de inteligencia. El problema era que ambos luchábamos contra el reloj, no sabíamos cuánto tiempo estaríamos ahí; contra nosotros mismos, puesto que estábamos físicamente disminuidos, y contra una situación orgánica muy débil producto de los golpes asestados al Frente recientemente. O sea, era una locura y cuasi suicidio, no obstante decidimos procurar hacerlo de todas maneras. Lo primero que hicimos fue procesar la información que ambos habíamos recabado instintivamente desde que llegamos al hospital: la cantidad de personal, las jerarquías, los turnos, la distribución del hospital, el horario, todo lo que podíamos apreciar o percibir desde nuestra precaria situación de enfermos. Por lo mismo, era imprescindible recopilar información de fuentes que tuvieran acceso a otras dependencias del hospital y, también, a la penitenciaría en general. Al mismo tiempo, debíamos empezar los contactos para procurar apoyo logístico en el exterior: armas, vehículos, casas de seguridad, todo lo necesario para una operación de esta naturaleza. Nada fácil, pero lo primero es lo primero: la compartimentación. Nadie debía enterarse de lo que pensábamos hacer y, de ser necesario, tan solo conocer un aspecto de la operación, aunque en el caso específico nuestro, era bastante evidente. Sospechábamos, y luego confirmamos, que el otro compañero preso era informante, por ende debíamos tener extremo cuidado en lo que decíamos o hacíamos. Aprovechamos la confianza ganada con los celadores para obtener toda la información posible acerca de turnos, horario de cambio de guardia dentro, fuera del hospital y en

el muro perimetral; el tipo de armamento utilizado, los momentos de mayor cansancio y menor grado de alerta. También recurrimos a la información que podía proporcionarnos el mocito que atendía el hospital y que vivía en la población penal, así como a cualquier dato que pudiera emanar de los presos comunes que se hallaban en el hospital por distintas razones. Asimismo, nos abocamos a la tarea de conseguir información de otro tipo de personal que trabajaba en el recinto: médicos, paramédicos, enfermeras, kinesiólogas, gendarmes que no pertenecían a la unidad especial. En fin, cualquier fuente útil. Una de estas fuentes fue la enfermera Marcela Osorio. Sabíamos que ella realizaba funciones de informante para el departamento de seguridad de gendarmería y, probablemente, para algún servicio de inteligencia, porque el director nacional del servicio, Hernán Novoa, era coronel del ejército pero —por eso— nos podía ser de gran ayuda. Mauricio la empezó a trabajar haciéndole creer que él estaba interesado en ella. Marcela cayó en la trampa y debe haber comunicado a sus superiores que Mauricio se había “enamorado” de ella y que sería fácil sacarle información. Le dábamos datos baladí y, sin darse cuenta, ella nos daba información que a nosotros nos servía mucho. Marcela eventualmente se convirtió en la amante y posterior esposa de Claudio Martínez, militante socialista, quien fue designado director nacional de gendarmería en el Gobierno de Patricio Aylwin y se mantuvo en el cargo durante parte de la administración del Presidente Frei. También nos nutrimos de retazos de datos entregados por compañeros que por diversos medios nos hacían llegar desde el interior de la cárcel. Un papel crucial para armar todo el rompecabezas lo desempeñó mi compañera, a quien le pedí que suministrara todos los antecedentes factibles de recopilar relativos a la penitenciaría. Ella ingresaba por el acceso principal de la calle Pedro Montt, proseguía por el patio de carga, pasaba un portón —esencial para nuestros planes— y llegaba al hospital. Además, le solicité que por favor contara los metros y los pasos exactos que había desde nuestra pieza-celda hasta la mampara ubicada al final del pasillo y cuánto se demoraba ella en recorrer esa distancia a paso

lento. Nunca le dije para qué necesitaba esa información ni tampoco le pedí que dibujara nada, únicamente que recordara todos los detalles posibles. Rocío tampoco preguntó, Mauricio menos, solamente compartimos los datos que teníamos y paulatinamente fuimos acumulando inteligencia. Paralelamente, nos volcamos con ahínco a la faena de recuperarnos prontamente. Realizábamos los ejercicios establecidos por las kinesiólogas, y mucho más. Si las sesiones kinésicas se llevaban a cabo en las mañanas, por las tardes las hacíamos nosotros ayudándonos mutuamente y viceversa. En la medida de nuestras posibilidades y fuerzas, nos desplazábamos permanentemente por el pasillo, incluso subíamos peldaño por peldaño la escala que llevaba al segundo piso hasta que nos descubrían o nos cansábamos. Tratábamos de reposar lo mínimo indispensable para estar en el mejor estado físico cuando llegara el momento de fugarnos.

El mejor momento, habíamos logrado determinar, era un domingo a las dos de la madrugada: menos personal, mayor aletargamiento de los guardias. Era verano y hacía calor, lo que ayudaba a la modorra, aunque quizás una noche lluviosa y nublada hubiese sido mejor, pero considerando nuestras altas probabilidades de resbalar o caer, el verano era preferible. Faltaba establecer la fecha y para ello era menester afinar detalles en el exterior, y eso era lo más complejo pues no habíamos podido avanzar mucho. Un vehículo, un chofer operativo y una casa. Nada más. Con eso no podíamos hacer mucho: no había grupo operativo que llevara a cabo la necesaria acción, que pudiera entrar y sacarnos, un grupo de contención que defendiera la retirada, otro vehículo de recambio, una o dos casas de seguridad. No sé, todo lo necesario para este tipo de acciones. Es decir, íbamos a una muerte segura, pero —la verdad— jamás vacilamos, ni por un segundo se nos ocurrió abandonar la idea, de tal suerte que persistimos con el plan. En una de nuestras tantas caminatas de atletas de alto rendimiento, detectamos que en una sala común del segundo piso se encontraba un compañero del Frente que Mauricio conocía. Lo habían trasladado desde la población interna para operarlo de una hernia o algo así. Lo saludamos rápidamente y nos fuimos. Mauricio

me contó que era un hermano con experiencia y que lo podíamos incorporar a la operación. Le expresé mis dudas, diciendo que no lo conocía. Mauricio insistía. Le respondí afirmativamente, pero no le diríamos nada hasta el día del escape. Quedamos en eso. Ya éramos tres, pero era claramente insuficiente. Nos sentíamos vulnerables y blancos fáciles de gendarmes ansiosos de convertirse en héroes y ganarse una medalla por matar extremistas. Entonces, decidimos jugaros una carta arriesgada, total no teníamos nada que perder: ingresar un arma al hospital de algún modo. La única posibilidad era por intermedio de un guardia, porque no teníamos autorización para recibir visitas, a excepción de nuestras compañeras, y eso era demasiado peligroso. Decidimos intentarlo con el guardia que habíamos detectado como el más respetuoso, tal vez el más sensibilizado con lo social, con algunos de los valores postulados por el Frente. Nunca dijo nada, pero sí daba a entender ciertas cosas, hablaba de su familia a veces, de la pobreza, de que estaba en gendarmería por trabajo y que lo entendieran. Podía ser. Comenzamos un proceso de concientización más directa, porque hasta entonces siempre hablábamos de política, haciendo saber nuestras opiniones y tratando de analizar sus reacciones, pero ahora no teníamos tiempo. Resolvimos pedirle que demostrara que realmente compartía ciertos ideales con nosotros y que trajera un arma en su siguiente turno. Mauricio se lo pidió. Dos días después, un sábado en la noche, alrededor de las cuatro de la mañana, Mauricio me fue a buscar a la pieza y me llevó a la sala de al lado —creo que era la farmacia— y ahí estaba el gendarme extremadamente nervioso. Tiritaba, en realidad. Mauricio tenía en sus manos un revolver Taurus 38 y seis balas. Lo tomo, lo examino y veo que está en excelentes condiciones. Ambos nos miramos y miramos al guardia. No decimos nada y le pedimos que nos avise cuando podemos salir. Así lo hace y nos vamos a la pieza muy contentos.

Al día siguiente conversamos y, ya más serenos, nos decíamos que todo había sido demasiado fácil, que si bien es cierto el tipo parecía sincero, no podíamos olvidar e ignorar que él seguía siendo enemigo y respondía a una jefatura que seguramente también

lo presionaba para que extrajera información de nosotros. Determinamos que procederíamos con el plan y que continuaríamos la relación con él de manera normal como si nada hubiera sucedido. Por mientras nos dedicamos a evaluar toda la información recabada, incluida la que nosotros mismos habíamos logrado obtener toda vez que ya traspasábamos la mampara que dividía el pasillo donde estaban nuestras piezas y algunas de presos comunes para asistir a sesiones de recuperación. La sala de kinesiología se encontraba ubicada inmediatamente a la derecha de la mampara. Ahí uno tenía vista al hall de entrada al hospital. En la recolección de la información concerniente al hospital y al exterior fue capital el aporte de mi compañera. Supimos claramente cómo entrar al lugar, la ubicación de la guardia y de una entrada lateral, que luego supimos conducía hacia el Colectivo 1, otro lugar de reclusión de presos comunes. Ingresando a mano derecha había otra puerta que posteriormente desciframos era la morgue. A mano izquierda había una sala de atención general o enfermería en la cual atendían heridos de la población penal. Además, en el hall ella siempre se encontraba con travestis que habían detenido la noche anterior y esperaban que los llamaran para hacerles chequeos médicos o algo parecido.

Con todos los antecedentes recopilados, esbozamos un plano del lugar, cronometramos los tiempos –considerando el hecho de que no podíamos caminar ni correr a gran velocidad– y confeccionábamos el plan de fuga. Presuponiendo que contaríamos con el revólver, éste lo portaría Mauricio. A las dos de la mañana en punto, saldríamos de la pieza. Por mis conocimientos de karate, yo estaba encargado de reducir al o los guardias que estuviesen despiertos, porque para ese entonces los del grupo especial estaban absolutamente relajados, dormían y no se preocupaban mayormente de nosotros. Todavía no habíamos resuelto incorporar al otro compañero a la fuga, por lo que si debido a mi mermada condición física no lograba reducirlos, Mauricio me apoyaría, pero sin disparar. Luego cruzaríamos la mampara que daba al hall de entrada y repetiríamos la acción con la guardia que allí se encontraba. Saldríamos del hos-

pital, doblaríamos inmediatamente hacia la derecha donde –estimábamos– había una puerta que si uno la cruzaba y retornaba por la misma dirección por donde veníamos, pero por fuera del hospital, conducía hacia un portón sito en el muro que da a la calle Pedro Montt. En otras palabras, dos personas aún hospitalizadas, armadas solo con un revólver y seis tiros debían reducir a cinco, seis u ocho guardias, cruzar varias puertas, caminar 200 metros, y además sin ser detectados por los gendarmes armados de las casetas de vigilancia del muro; derribar un portón, salir a la calle y correr hacia un auto que no podía estar estacionado muy cerca para no ser descubierto a esas horas de la noche. Insensatez total y absoluta. Un día viernes de enero, cuando supimos que le tocaba turno el sábado, le pedimos al guardia del grupo antiterrorista de gendarmería que nos trajera nuevamente el arma para probar su lealtad. La idea era fugarnos esa madrugada de domingo y para tal efecto ya habíamos avisado al único compañero en el exterior que conocía el plan.

El día sábado amaneció caluroso y cristalino pero además inusualmente agitado para un fin de semana. La guardia había sido redoblada, los gendarmes no entraban a la pieza ni nos hablaban como normalmente lo hacían. Aunque nadie nos decía nada, era obvio que algo sucedía. Nosotros continuamos haciendo nuestras labores habituales: aseo, desayuno, ejercicios. Mucho no podíamos conversar, pues los gendarmes estaban pendientes de lo que decíamos. Alrededor del mediodía llegó un oficial sonriente y grandilocuente diciendo que nos trasladaban a la población interna, tal como queríamos, que juntáramos nuestras cosas porque partiríamos de inmediato. Miramos al oficial con desconfianza, nos pusimos de pie espontáneamente. Yo no me muevo de aquí dije. Mauricio recalcó que exigía hablar con su abogado. El oficial se puso tenso y no traspasó el marco de la puerta, siempre flanqueado por los guardias. Uds. se van ahora repitió. Nos encogimos de hombros y le advertimos que nuestros derechos como presos políticos debían ser respetados, de suerte que si utilizaban la fuerza contra nosotros nos defenderíamos. Traigan al abogado o a alguien de la directiva

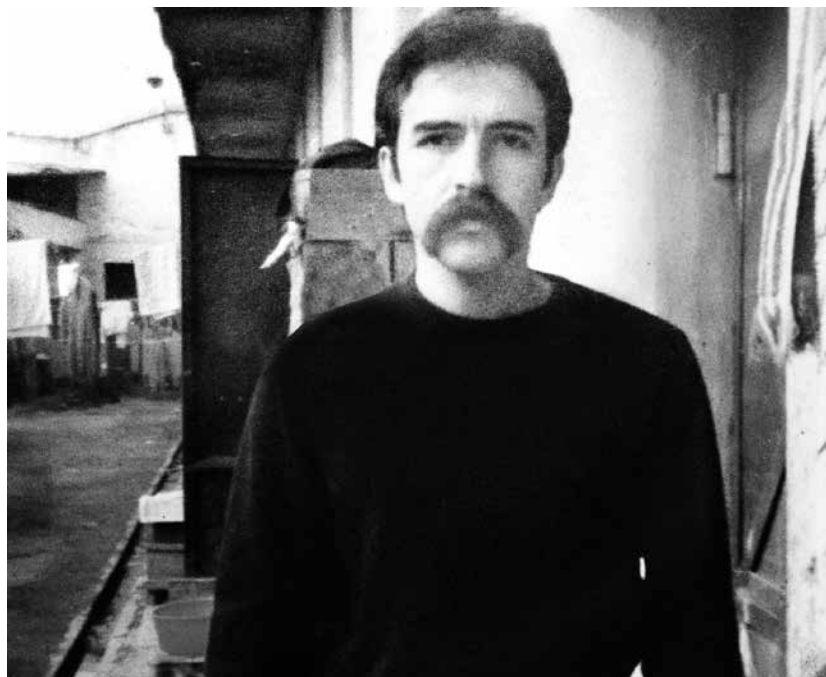
de la organización de los presos políticos para confirmar que lo que Uds. dicen es verdad. El iracundo oficial se dio media vuelta y partió por donde llegó. Entretanto, nosotros intentábamos desentrañar el misterio del traslado, del apresuramiento, del cambio de guardia, del porqué acaecía esto precisamente el día que habíamos establecido como el día D. Efectivamente, un compañero de la organización de presos políticos confirmó el traslado: Mauricio iría a la Calle 5, donde se hallaba la mayoría de los compañeros, y yo a la Calle 15, donde había algunos compañeros y el resto eran presos comunes. Independiente de las Calles a las cuales fuimos asignados, supongo que en esos momentos ambos pensábamos que se había ido todo a la mierda y que seguiríamos presos quién sabe cuánto tiempo más. Pero cuando nos volvimos a reunir en la Calle 5 unos meses después nos reíamos de lo que pasó. Estábamos muy locos, no habíamos llegado ni a la puerta de entrada, decíamos. ¿Quién sabe? Al final terminamos jugando fútbol en la Peni, Mauricio en el arco y yo de delantero, él atajando todo y yo haciendo goles. O sea supimos cómo recuperarnos, lo que jamás supimos es cómo los pacos se enteraron de la fuga y nos trasladaron justo ese día en la mañana. ¿El guardia era informante? ¿Un micrófono oculto? ¿Una indiscreción nuestra? ¿Demasiados paseos y observaciones que no pasaron inadvertidos? ¿El ingreso del arma que fue descubierto y el gendarme obligado a delatarnos? Poco importa, Mauricio igualmente se fugó el 30 enero de 1990 junto a otros 48 compañeros en una acción extraordinariamente bien planificada y ejecutada por militantes comunistas del Frente.

Después de la fuga y a pesar del peligro que conllevaba, una tarde Rocío fue con otra compañera a una plaza para encontrarse furtivamente con Mauricio. Lo abrazó con toda la emoción y felicidad que significaba verlo en libertad. Él hizo lo mismo, jugó con nuestro hijo pequeño, conversaron un rato y se despidieron con cariño. Yo nunca supe de esa visita hasta mucho tiempo después. Tampoco me enteré de que ella había conseguido autorización para visitarme en el hospital de la peni apenas saliera de la clínica con nuestro hijo

recién nacido. Así lo hizo, pero se encontró con la sorpresa de que nos habían transferido a la población interna el sábado antes de fugarnos, cosa que ella no podía saber, y que nadie se suponía sabía. Sea como sea, ella no se amilanó, con la guagua en brazos, rehusó darse por vencida, reclamó, exigió verme. Le negaron el acceso una y otra vez; apeló e interpeló. Continuó con el niño en brazos que no entendía lo que sucedía y lloraba como lloran los niños. Finalmente, la dejaron pasar al patio de las palmeras que está a un costado de la entrada de detenidos y donde nadie ingresa. Me fueron a buscar y en ese patio, con toda la ternura del mundo, me pasó a Takuri Ignacio nuestro hijo, nuestro primer hijo, nacido en dictadura, en medio de la tortura, la cárcel, el miedo, pero también de la dignidad de su madre, aquella niña de 21 años que a pesar de todo y contra todos, ahí estaba de pie. Y también nutrido de la inmensa dignidad del comandante Joaquín quien una tarde cualquiera accedió a ser su padrino para siempre. Y del comandante Benito que una fría mañana de casi invierno nos regaló su nombre, Ignacio, también para siempre.

Una vez que nos sacaron del hospital, estuve un tiempo en la calle 15 donde había solo un puñado de presos políticos; entre ellos estaba Vasili Carrillo, oficial chileno de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y otros compañeros procesados por la internación de armas en Carrizal en el norte del país, en 1986. Vasili se transformó en el vocero de los presos políticos y actualmente es concejal en la ciudad de Lota. Compartimos celda y conversaciones, lo cual haríamos de nuevo con Mauricio, cuando me trasladaron a la calle 5. Lo único que no compartíamos era su adicción por el tabaco, lo cual, tristemente, desencadenaría un cáncer que le provocaría la muerte apenas a los 33 años. Hacíamos lo que hacen todos los presos del mundo: caminar, hablar, cocinar, lavar, especular, planificar la fuga y, en nuestro caso, realizar reuniones políticas y cursos de instrucción. Además de prepararse para las visitas dos o tres veces a la semana. El ritual comenzaba en la mañana alrededor de las siete cuando daban el agua caliente solo por algunos minutos, de lo contrario solamente podías ducharte con un chorro de agua fría. Muy

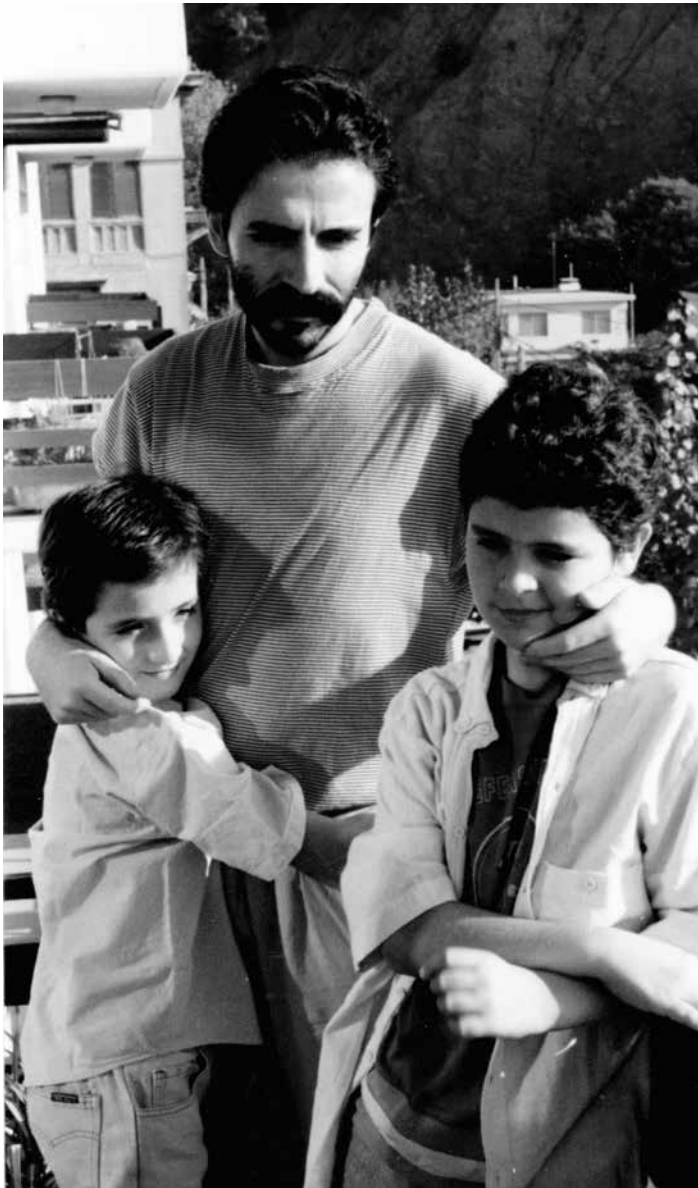
pocos lo hacían, preferían un par de horas más de sueño y aguantarse el agua congelada.



Tito Tricot. Penitenciaría de Santiago. 1987

Las visitas eran importantes por varias razones: afecto, amor, contacto con el exterior, comunicaciones, sexo, provisiones. Llegaban ingredientes para cocinar, porque el rancho de la cana era repugnante. Siempre aparecían exquisiteces como tortas, queques o pasteles que rara vez alcanzaban a llegar a las celdas, pues los compañeros te asaltaban en el camino. Las comunicaciones con el exterior se llevaban a cabo de distintas maneras: por intermedio de abogados, amigos, familiares, mensajes codificados y, también, en las ya famosas calugas. Las calugas eran diminutos papeles donde se escribían mensajes que se envolvían en cinta adhesiva Scotch en la

forma de una caluga. Éstas se ocultaban, muchas veces en la vagina, y se ingresaban durante la hora de visitas. Del mismo modo se sacaban. Con el tiempo uno se volvía experto en armar y desarmar calugas, lo que no es nada fácil al comienzo. Asimismo, uno podía dominar el arte de hacer el amor en medio de cientos de personas sin que nadie se diese cuenta, excepto aquellos que guardaban el secreto con uno. La que no sabía nada de esto era mi abuelita, que una vez apareció de súbito en una visita cuando mi compañera y yo nos encontrábamos en un banco cubiertos con una manta —como lo hacían muchos— casi llegando al orgasmo, bueno yo más que ella para ser franco, y de pronto a 50 metros veo a mi abuela asomar su cabecita por la reja de entrada. ¡Abuelita! Digo. Mi compañera susurra: *sbbbbbb, calmao*. No en serio, mi abuelita. Se da vuelta y la ve. Putas, tu abuelita. *Sipo*, te dije, mi abuelita. Y hasta ahí llegó el orgasmo. Pero igual linda la viejita por ir a verme. Como mi ex compañera o mi vieja o mis hermanos. O mis hijos pequeños que con sus escasos años a cuestras viajaban desde Valparaíso cuando podían para propalar su ternura, además de planificar mi fuga, trazando mapas imaginarios y fijándose detalladamente en el armamento usado por los gendarmes. Todo esto sin que yo les dijera nada, sino que a punta de pura rabia y amor, de la misma manera que escribían cartas exigiendo mi libertad.



Tokichen y Paikavi, 1988

Sr. Director,

Nuestro padre, Luis Tricot, lleva un año detenido injustamente. El nunca ha hecho mal a nadie. Con nosotros era muy bueno, nos contaba cuentos, nos ayudaba con las tareas, practicábamos karate. Siempre nos decía que había que luchar por la felicidad de los demás, de los pobres, que nadie debe pasar hambre.

¿Por qué la CNI lo detuvo y lo torturó hasta fracturarle la columna?

Vivimos muchos años en el exilio, y allá no había desaparecidos ni asesinados. Ahora Pinochet dice que todos pueden volver a Chile, pero nosotros regresamos, y pasamos hambre, y pena porque no podemos estar con él.

Un año en la Cárcel sin haber hecho nada. No queremos que ningún niño, que ningún chileno sufra más. Que todos los presos políticos salgan libres; que la CNI deje de matar, que se termine el terror.

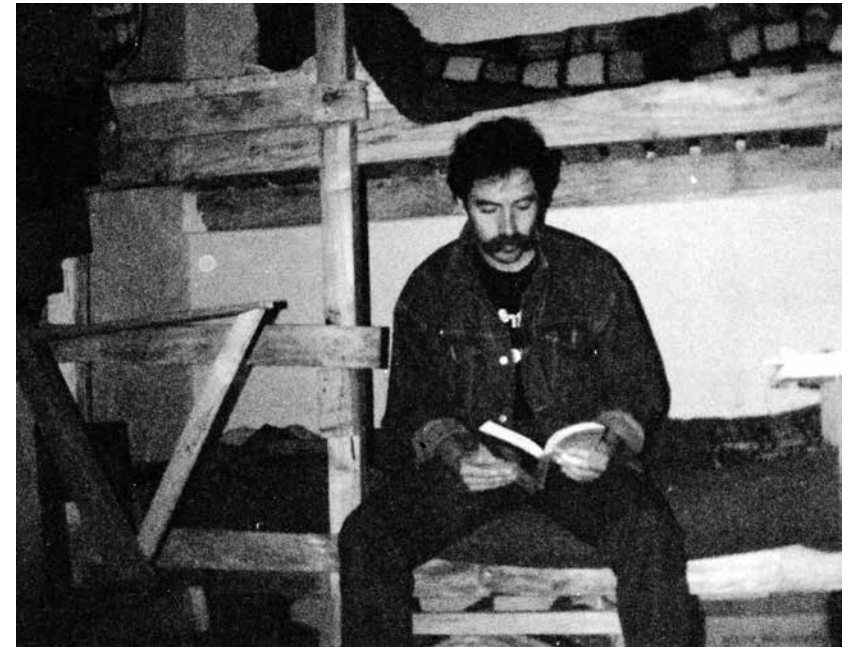
¡No queremos más dictadura !

Sinceramente,

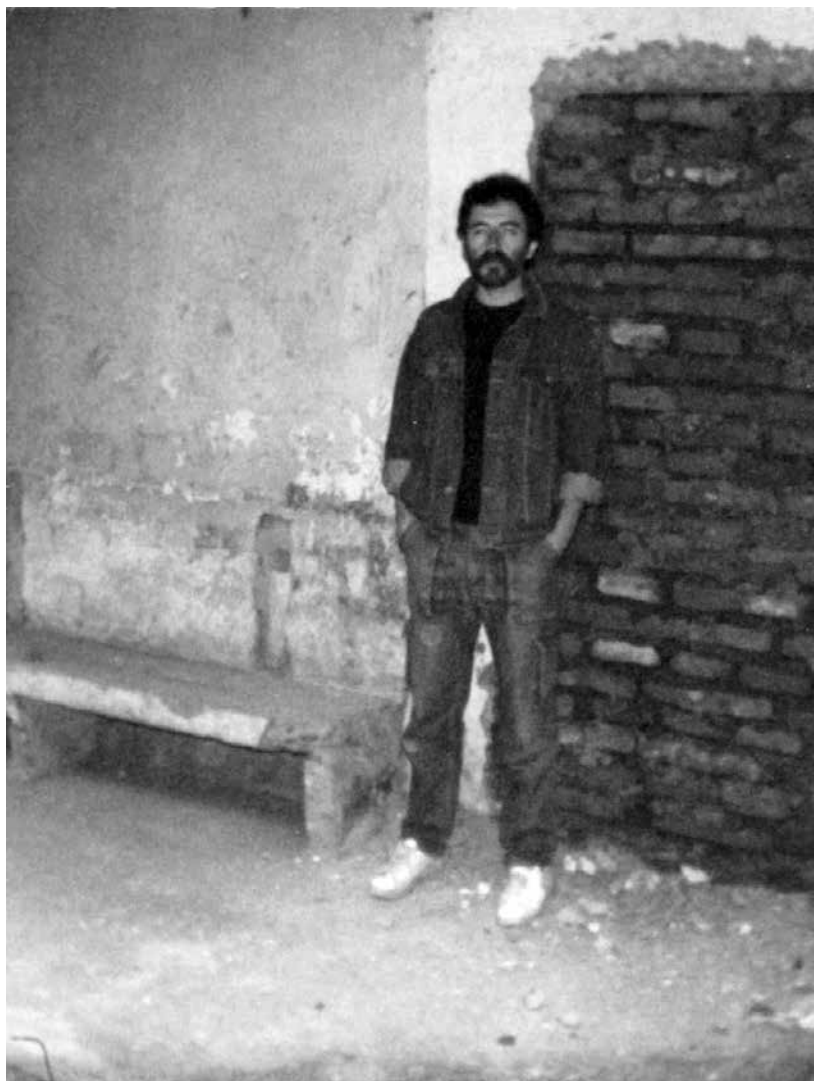
Tokichen Tricot (10 años)
Paikavi Tricot (8 años)

La misma rabia, ternura y amor que impulsó al negro, otro hermano preso, a hacer justicia por sus propias manos después que vio a los compañeros masacrados en la Operación Albania. Él estuvo ahí, en la casa de Pedro Donoso, me contó una noche de invierno en la celda. Vio a su compañera de entonces, embarazada, asesinada como todos de varios balazos y rematada con un tiro en la cabeza. La bestialidad de la dictadura que el negro no pudo soportar, ajusticiando a un par de aquellos que habían asesinado a su futuro hijo, porque nadie podía arrogarse el derecho de arrebatarle la vida. Así era el negro, así era la cárcel, dura y opaca, pero también solidaria. A él le llegaban cartas de amigas y de desconocidas; molturaba mis furias y yo las suyas, reíamos con sus aventuras y sobre todo cuando le decía: sin enojarse es esta *bueá*, ya nos tocará a nosotros.

En una oportunidad, durante la hora de visita en la Penitenciaría, los compañeros comunistas celebraron el aniversario del Frente. Lo hicieron de uniforme y de modo marcial. Fue un acto solemne y fugaz que tomó por sorpresa a los gendarmes. Una vez finalizada la ceremonia, los compañeros se retiraron inmediatamente y los pacos comenzaron a tocar los pitos, invadiendo el gimnasio y dando por terminada la visita. Rehusé retirarme y le dije a mi compañera que no nos íbamos porque la hora de visita aún no acababa. Miro hacia un costado, nadie. Miro hacia atrás, nadie. Todos se habían ido. De pronto nos encontramos solos, ella, yo y el negro, rodeados por al menos una docena de pacos blandiendo sus lumas y profiriendo insultos y amenazas. Ni se atreven a tocarnos pacos *conchasdesumadre*, les gritaba cada dos segundos. ¿Qué te creí *conchetumadre*? contestaban. El negro, silencioso como siempre. Ninguno se movía, en un absurdo duelo de carneros o alces que estudiaban cada movimiento entre gritos e improperios. Mi compañera intentaba tranquilizarme. Yo cada vez más emputecido, el negro cada vez más retraído. Después de un largo rato, lapso en el cual llegaron más gendarmes, incluso armados con subametralladoras, decidí terminar la visita. Le dije a mi compañera que la iría a dejar a la entrada del gimnasio, es decir, tenía que cruzar todo el recinto. El negro me dijo: yo te acompaño, se ubicó a mi lado y comenzamos el recorrido de un extremo a otro del gimnasio en medio de decenas de gendarmes que no se atrevieron a hacer o decir nada. Lo hicimos con toda la calma del mundo, me despedí de mi compañera con toda la calma del mundo y nos devolvimos por el mismo trayecto con toda la calma del mundo. Solo cuando llegamos al final de nuestro periplo, escuchamos murmullos y luego gritos y groserías de los gendarmes, pero a la distancia. Como hacen los cobardes. Después, con el negro nada más nos reíamos. Porque eso era la cárcel, oscuridad, pero también solidaridad y libertad, que a veces llegaba de la manera más inesperada.



Tito Tricot. Cárcel Pública de Santiago, 1988.



Tito Tricot. Cárcel Pública de Santiago, 1988.



Tito Tricot. Cárcel Pública de Santiago, 1988.

Salir en libertad cuando habían cambiado el Frente y el país

Y para mí la libertad se anunció sin previo aviso una tarde de noviembre de 1988, después de más de un año en prisión. Fue a la hora del encierro, nadie entendía, y menos yo, qué pasaba, cuando me dijeron que salía libre. En la guardia interna tampoco lo creían, pero daba lo mismo, cerraron la puerta detrás mío y lo primero que hice fue mirarla fijamente, lo que supuestamente no debe hacerse, pues es mala suerte ya que implica que volverás a caer preso. Lo hice por desprecio, por desafiar a la prisión, a esa mole de piedra fría e inhóspita que ulteriormente sería demolida para construir torres de edificios para oficinas. Además, era un gesto de solidaridad con todos los hermanos que aún quedaban ahí, una manera de decirles que no nos olvidaríamos de ellos. Lo que sí había olvidado era andar en las calles, en espacios amplios. Todo parecía desmedido y por unos minutos me quedé parado frente a la cárcel absorbiendo la recuperada libertad que, la verdad, era solo libertad a medias, pues todavía estábamos en dictadura. De hecho, a pocos metros de ahí se hallaba el Cuartel General de Investigaciones desde donde había salido en camilla hacia la posta con vértebras fracturadas producto de la tortura. Por consiguiente, era aconsejable alejarse del lugar lo antes posible, pero no tenía adonde ir. Mi compañera se encontraba en Irlanda e Inglaterra realizando gestiones con organismos de solidaridad y parlamentarios para presionar a la dictadura por mi libertad. Allá se encontró con Carmen Gloria Quintana, otra víctima de la dictadura quien, junto a Rodrigo Rojas, fuera horrorosamente quemada por militares. Y con Rosa María Eitel, la hermana de Karin Eitel, otra compañera rodriguista, quien había sido detenida y torturada en el contexto del secuestro del coronel Carreño. Todas unidas por la tragedia de Chile, pero también por la dignidad y la lucha, y

además por la solidaridad internacional la cual, al menos en mi caso, fue vasta, tanto desde Irlanda como desde Inglaterra.

Al fin, con la poca plata que tenía, tomé un taxi a la casa de un familiar de derecha que vivía en Santiago. Me recibió con gran sorpresa, pero con mucho cariño también. Solo estuve esa noche, dormí en un sofá, mal y poco, porque nada más cavilaba qué podíamos hacer ahora que todo había cambiado, pero, al mismo tiempo, tenía el mal presentimiento de que a la larga todo seguiría igual y Chile terminaría siendo un país de mierda y que el sacrificio de tanta gente habría sido en vano. Al día siguiente me fui a Valparaíso a respirar mar, después nuevamente retorné al Frente en Santiago.

Pero había cambiado el Frente y había cambiado el país. El triunfo del No en el plebiscito de octubre de 1988 transformó completamente el cuadro político nacional. Prevalcieron las posturas y políticas excluyentes y claudicantes de la democracia cristiana y de sectores del Partido Socialista, que ya desde 1983 y más específicamente desde 1984, en el marco de las masivas movilizaciones de ese año, propugnaban una salida negociada con la dictadura. Además, debe adicionarse a ello la decisión del Partido Comunista que se sumó a la campaña por el No el mismo año en que éste se efectuó. A estas alturas históricas, solo constituye una mera especulación lo que hubiese sucedido si se hubiera continuado implementando la política de Rebelión Popular y la estrategia de Sublevación Nacional, lo que está claro es que el Partido Comunista no lo hizo. El Frente intentó hacerlo y no lo logró. Los partidos agrupados en la Coalición de Partidos por la Democracia transaron con la dictadura, negociando un acuerdo a espaldas del pueblo que, cansado del terror, la represión y la violencia, optó por un poco de democracia a cambio de un poco de tranquilidad.



Fotografía: Rodrigo Casanova

El Frente, por su parte, en una lectura errada de la situación política que se había configurado en el país, adoptó una nueva estrategia de lucha denominada Guerra Patriótica Nacional (GPN), un viraje cardinal de lo sostenido hasta ese momento y de lo que había sido el sustento argumentativo de su posicionamiento ideológico y político, crítico ante el conservadurismo de la dirección del Partido Comunista. Esto ya no era la Sublevación Nacional, sino algo enteramente diferente: era Guerra y, además, en condiciones de un entorno de negociación entre los principales actores políticos opositores y la dictadura cívico-militar. Y, quizás lo esencial, con un pueblo chileno que, para bien o para mal, consciente o inconscientemente, enterado o no de todos los detalles de la transacción cupular, apoyaba esta salida. Por ende, la GPN asomaba como extemporánea en términos políticos y temeraria en el ámbito militar. Por lo demás, entrañó la muerte de dos vidas preciosas: Cecilia Magni, la comandante Támara y Raúl Pellegrin, comandante José Miguel o Rodrigo. Es decir, una acción fallida desde todo punto de vista, independiente de la valentía y sacrificio de ambos.

Dicen los que saben o dicen saber, que Raúl Pellegrín ya elaboraba el rediseño de la nueva estrategia y proyecto político antes de la separación del Partido y que éste se habría precisado una vez producido el quiebre. Yo solamente puedo dar fe de lo que me tocó vivir y con quienes me tocó conversar, debatir e intercambiar ideas antes, durante e inmediatamente después de la escisión con el Partido, y en este período jamás se habló de Guerra Patriótica Nacional. Ni en Argentina ni en Chile, ni en la calle ni en la cárcel. Dicen los que saben o dicen saber que sí, pero al menos mi experiencia es distinta. Nunca surgió este concepto, estrategia o nuevo proyecto en discusiones con Fernando, Ignacio, Andrés, Marco, Mauricio, Manuel Sepúlveda o algunos de los hermanos o hermanas antes mencionados. Solo me enteré, como gran parte de los chilenos, por la prensa de la irrupción del FPMR en octubre de 1988, con el campamento de cuatro pequeños pueblos en diferentes puntos del país. Antes de ello, solo discutimos acerca de la Rebelión Popular, de la Sublevación Nacional, de la relación entre lo político y lo militar, de los que claudicaban y de los que proseguían en la lucha. De los conservadores, reformistas y revolucionarios. No sé, de los que tenían razón y de los que no la tenían; de ellos y de nosotros; de nosotros y de ellos. En esa época, años 86 y 87, estaba absolutamente convencido de que nuestro razonamiento era incontrovertible, que el abandono del componente militar era rendición y punto. Del mismo modo, me asistía la certeza de que el componente armado solo podía constituir parte integral de un movimiento de masas el cual, con diferentes gradaciones, podría adoptar un carácter insurreccional o de Sublevación Nacional. Nunca debatimos sobre otro proyecto, nunca hablamos de la GPN, aunque sí lo hicieron otros compañeros, particularmente en 1988. El problema, pienso, es que el país había cambiado, el contexto político-social había cambiado y, por lo demás, el Frente había cambiado, por lo tanto, las decisiones en torno al viraje político fueron cupulares. La organización había experimentado ingentes golpes en 1986 y 1987: detenciones, asesinatos, desaparecimientos, delaciones, la separación con el Partido. Enton-

ces, es posible comprender hasta cierto punto que por razones de seguridad prevaleciera el verticalismo y no pudieran vehiculizarse demasiados espacios de discusión colectiva. Pero el hecho es que parte medular del nuevo proyecto fue articulado por Raúl Pellegrín y la nueva Dirección y un grupo reducido de jefes del Frente que aportaban sobre un bosquejo ya pre-diseñado. Entre éstos estaban el comandante Salvador, Galvarino Apablaza y Roberto Torres, responsable político. Pero eso ni siquiera es lo preponderante, sino más bien poseer una mirada ciclópea de la realidad. Es decir, titánica y parcial al mismo tiempo. El FMPR pasó a ser —o creyó ser— aquel gigante con un solo ojo incrustado en la mitad de la frente. No lo digo despectivamente o desde fuera, sino que autocríticamente y desde dentro, porque fui parte de ello, a pesar de no concordar con el neoproyecto rodriguista; continué militando en el Frente. ¿Por qué un Frente cíclope? Porque en algún momento comenzó a ver la situación política con un solo ojo: un ojo militar. Y ese ojo, que muchas veces era autorreferente pues se retroalimentaba con la mirada de otros rodriguistas que se hallaban insertos en las poblaciones, por ejemplo, sin entender que las poblaciones no son todo Chile o que no todo el mundo en las poblaciones necesariamente participaba o participaría de un eventual levantamiento popular. De hecho, lo ocurrido la noche del plebiscito demostró que los sectores populares, a pesar de que el dictador permanecería un año más en el poder, lejos de salir a protestar, salieron a celebrar.

En otras palabras, el ojo del Frente, por estar emplazado en la cabeza de un gigante, estaba demasiado distante de la realidad. Percibía un estado de ánimo de las masas, del pueblo, que sin duda nítidamente existió los años 84, 85, 86, 87, tal vez, pero ya se había difuminado, al menos en lo que concernía distintivamente al elemento militar. No había desaparecido, pero no era lo sobresaliente. El ojo del Frente no logró percibir que la situación política era radicalmente distinta y que ya era irreversible. Sin duda que la ética política y la práctica moral estaban de parte del Frente, pero un segmento de la clase política chilena que poco sabe de ética y moral, ya

había negociado con la dictadura y con el imperialismo y nos habían derrotado mucho antes de Carrizal, de la emboscada a Pinochet, de la separación del Partido comunista, del secuestro del coronel Carreño, del plebiscito y de la Guerra Patriótica Nacional. Por eso el proyecto de la GPN fue a destiempo, estaba destinado al fracaso y jamás despegó. Aun así, por su cariz de titán, de coloso, el Frente pensó que podía hacerlo solo, que tenía la capacidad de transformarse en vanguardia y que la toma de cuatro pueblos serviría como el detonante simbólico, de que existía otro camino, de que no era necesario venderse ni claudicar ante la dictadura. No comprendió que el pueblo chileno quería paz y no guerra.

Yo caí preso en medio de la defensa de la Sublevación Nacional, de la importancia de la lucha armada como un componente de la insurrección popular, desperté un día en la cárcel para informarme que el Frente había tomado cuatro pueblos en la IV, V, VII y IX regiones y, lo más doloroso, que Cecilia y Raúl habían sido asesinados en el marco de la denominada Guerra Patriótica Nacional. Ahora en media libertad, con un plebiscito ganado, un dictador todavía en el poder, con elecciones presidenciales en el horizonte, uno se desgarraba entre lo posible y lo imposible, la realidad y la irrealidad, la democracia y la dictadura o, lo más probable, la democradura. ¿Dónde podía encontrar uno la salida a tal desgarró? ¿La sociología? El rigor disciplinar me decía que considerando todos los datos objetivos duros, y recabando toda la información indispensable para tratar de predecir posibles escenarios futuros, lo más factible es que la oposición ganara la elección presidencial y que Pinochet no tuviera más alternativa que aceptar la derrota. El análisis en la esfera de las subjetividades también indicaba casi sin mayores sorpresas que la mayoría de los chilenos apoyaba esta salida electoralista. En síntesis, como sociólogo, tendría que haber concluido que en esa media libertad que estaba viviendo o medioviviendo no había nada que hacer para cambiarla, al menos no en ese momento. El flujo de la historia era imparable a corto plazo, salvo que hubiese ocurrido algo excepcional lo cual es siempre posible en política, pero claramente la toma de cuatro pueblos rurales el 21 de octubre de 1988 no lo fue.

La salida desde la sociología era meramente otra oclusión, una nueva obstrucción, un golpe bajo que tratas de evitar, pero no puedes porque se te atraviesan en el camino la universidad, las bibliotecas, las clases, los libros. La salida a esta encrucijada vital podía encontrarse tal vez en la piel, en la emoción, en las pulsiones más primitivas. Mirar a tus hermanos y hermanas que están en lo mismo, decirte que no estás solo, que juntos podemos sacar esta batalla adelante, que es monumental, desigual, pero justa. Una salida mezcla de piel y ética, basada en los valores de la verdad y la justicia. El ejemplo personal y la consecuencia ante el entreguismo del resto de la clase política que se rendía ante la adversidad. El coraje ante la cobardía. La salida desde la militancia me anunciaba un camino anfractuoso, repleto de obstáculos, pues significaba quedarse en el Frente para argüir que no estaba de acuerdo con el nuevo proyecto del Frente. Era la opción más difícil y compleja, porque implicaba continuar trabajando y debatiendo simultáneamente, amén de criticar directamente a Raúl Pellegrin, uno de sus impulsores. Esto último era lo más difícil en una organización donde los oficiales formados en Cuba habían desempeñado un papel destacado en el proceso de quiebre con el Partido. Raúl era uno de ellos y el comandante Salvador, quien estaba ahora a cargo del Frente, era otro. En cualquier caso, me pareció que lo más consecuente era permanecer en la organización y así lo hice.

En el intertanto, aunque continué siendo funcionario del Frente y tenía un ingreso mensual que no alcanzaba y no siempre llegaba, igualmente debía trabajar. Lo hacía escribiendo esporádicamente artículos como corresponsal para una agencia internacional de noticias, impartiendo clases de inglés o haciendo traducciones. Asimismo, debía procurar llevar una vida normal en un país enrarecido por una transición sumamente extraña, de manera que cuando podía viajaba a Valparaíso a compartir con mi familia y especialmente con mis dos hijos mayores que varias veces también fueron a Santiago a vernos y a jugar con su hermanito Takuri.



Rocío y Takuri, 1988



Rocío y Takuri, 1988

Takuri, rebelde en quechua, casi no nace, pero nació de puro porfiado. Él fue detenido por la CNI cuando estaba en el vientre de su madre, fue tal su asombro y terror que casi se murió, pero se aferró a la vida de alguna misteriosa manera. Mas algo sucedió que las lágrimas se le pegaron a la piel de miedo nada más. Entonces lloraba como nadie ha llorado nunca y a los dos meses, cuando comenzaron a atenderlo en el PIDEE, Fundación para la Protección de la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia, la médico detectó que algo atípico pasaba. Esa médico era Michelle Bachelet. Ella le dijo a mi compañera que no era normal que el niño llorara tanto y fue la primera en pedirle una evaluación específica y derivarla a un centro especializado del Serpac-Centro de Rehabilitación de Parálisis Cerebral. Michelle diagnosticó hipertonía, pero presintió que podían existir otros problemas estructurales y por ello quería descartar dificultades mayores. En el centro nos dijeron que podría tener limitantes cognitivas serias. En suma, estuvo en tratamiento kinésico —muy doloroso— hasta los dos años por hipertonía leve y, producto de aquello, un acortamiento de esternocleidomastoideo. Nunca tuvo problemas cognitivos, hoy es músico y estaremos siempre agradecidos del PIDEE por la ayuda brindada. No solo médica, sino también a través del jardín infantil que dirigía Estela Ortiz, donde podíamos llevar a nuestro hijo sin costo alguno para que recibiera el cariño de las tías, como la tía Juanita Cerda, ella misma hija de padre desaparecido. Takuri era su regalón y él solamente quería estar con ella. Además, porque la solidaridad de estas extraordinarias mujeres —y muchas otras compañeras y compañeros— se manifestaba en la mantención de una Casa Hogar. En esta última se recibía a niños de padres que sufrían la represión y estaba organizada en base a una pareja de padres sustitutos que les entregaban afecto, solidaridad y esperanza a esos niños que, al igual que sus progenitores, eran víctimas de la dictadura. Nosotros también en algún momento, después de salir de prisión, tuvimos seguimiento de la CNI y no tuvimos más alternativa que dejar a nuestro hijo en la Casa Hogar mientras tratábamos de evadir el seguimiento. Ahí estaban el tío Kike y la tía Noemí que nunca más vimos, pero

que hace poco nos los topamos sin querer en un librito en blanco y negro acerca de la Casa Hogar que anda circulando de mano en mano cuando, la verdad, todo Chile debería conocerlo. Fue una hermosa labor la que hicieron todos ellos y recuerdo perfectamente una tarde cuando Michelle nos comunicó que ya no podrían darnos pañales gratis para los niños porque se les había terminado el financiamiento. Que tendríamos que comprarlos, nos advirtió con pena, casi como si fuera su culpa.

Por todo esto, por esa actitud de preocupación por los niños, por las víctimas de la represión, jamás nunca hubiese imaginado que dos décadas después bajo su presidencia se reprimiera al pueblo mapuche. Que la misma persona que ayudó a nuestro hijo y a tantos otros niños pueda ser la presidenta de un gobierno que aplica la ley antiterrorista contra los mapuche. Presidenta de policías que allanan comunidades, golpean, balean y aterrorizan a los comuneros, incluidos niños. Presidenta de policías que asesinan mapuche. Eso no logro entenderlo, aunque a la sazón no pensaba en el futuro sino en cosas más cercanas.

Y esas cosas inmediatas se relacionaban con lo político, con la reorganización, con la conversación cotidiana con decenas de militantes antiguos y nuevos. Entre los militantes antiguos ya hace un tiempo se perfilaban grupos bastantes definidos en posicionamientos generales, al menos es mi percepción de esos tiempos. Por un lado estaban los compañeros que propugnaban la lucha armada como elemento central de una estrategia de largo aliento, es decir, la Guerra Patriótica Nacional. Por otro, los que pensaban que el componente armado era ineludible en todo proyecto revolucionario, pero solamente como parte de un proyecto político-militar integral. Mi opinión era que ambos eran excluyentes e irreconciliables, pero que la opción por uno u otro proyecto debía dirimirlo la realidad y no un grupo de personas entre cuatro paredes. Y esa realidad conjugaba elementos objetivos y subjetivos que no podíamos circunvalar, lo elemental era que nuestro pueblo estaba cansado de tanta violencia y

ansiaba vivir tranquilo. En esas circunstancias, más allá de la justicia de una causa, el proponer una guerra constituía un despropósito.

No tiene sentido, le señalé en una oportunidad al compañero de la Dirección del Frente, sentado en la cafetería del hospital Sótero del Río. Entiendo y comparto que ésta es una transición pactada, que los Partidos han claudicado, que es una nueva genuflexión de la clase política; no me cabe duda que los gobiernos que vendrán serán de índole continuista como ha sostenido el Frente, que aquí no habrá transformación sistémica. Chile continuará siendo un país capitalista, hermano, eso lo sabemos. El problema es que la política no opera solo con deseos y buena voluntad y actualmente lo único que tenemos es deseos, historia, audacia, valentía, ejemplo de grandes hermanos y hermanas. Un caudal moral y ético inconmensurable. Tenemos la fuerza moral, pero no tenemos ni la fuerza política ni la fuerza militar para contrarrestar el decurso político actual. La GPN no lo puede hacer. El compañero escuchó silente, no dijo que estaba en desacuerdo con el proyecto de la GPN, después de todo era miembro de la Dirección, mas con su habitual serenidad explicó que el trabajo de masas era sustancial, que no podía descuidarse, que ahí había que poner el énfasis. Terminamos el café, caminamos por entre los jardines del hospital, salí por Vicuña Mackenna en dirección norte reflexionando sobre la importancia del debate, del argumento ateniense, de la palabra. Hay que tener mucho coraje para participar en una acción combativa y mis elogios a todos lo que lo hicieron. Pero también hay que ser muy valiente para pararse solo frente a un público y defender una postura, cualquiera que ésta sea. Ellos también merecen todo mi respeto. En el Frente había de los dos tipos de militantes: los combatientes que miraban en menos a los que no participaban en operaciones y los políticos que miraban en menos a los combatientes a quienes consideraban antes no pensantes. También se percibían diferencias entre los compañeros que habían sido formados como oficiales en academias militares en Cuba, Bulgaria o la Unión Soviética, y los compañeros que se habían formado a pulso en el interior o que pasaron algún curso de instrucción en el extran-

jero. Todo esto se agudizó aún más en el marco de la discusión acerca del proyecto de la GPN que, la verdad, más que una deliberación fue el cómo implementar la GPN. Para ser honesto, era delirante participar de reuniones o escuelas clandestinas donde se hacían cursos de jefes de columna guerrillera para hablar de basificación, de barretines, de exploración de objetivos rurales mientras en el resto del país todavía se celebraba el triunfo en el plebiscito y se iniciaba la campaña para inscribirse en los registros electorales para votar en la elección presidencial. Pensábamos en el campo desde la ciudad y la ciudad pensaba en la ciudad; Chile pensaba en las elecciones y nosotros pensábamos en otro país. Ciertamente que el país jamás hubiera podido llegar al momento de las elecciones sin el aporte de la lucha armada, de eso no hay duda, pero la situación ya había cambiado y el Frente —yo incluido, porque asumo mi parte en ello— procurábamos torcerle la nariz a la historia y eso siempre es azaroso.

En una de esas escuelas, en el balneario de Algarrobo, una compañera me despierta a las dos de la mañana para que la releve en el turno de guardia. Me levanto, tomo el fusil M-16 y me dispongo a cumplir mi turno de dos horas. Miro por la ventana. Todo quieto. Me siento en una silla cerca de otra ventana donde puedo observar el camino de entrada. Afuera la noche es iluminada apenas por la luz mortecina de un foco lejano semi-oculto por un par de pinos. En la casa todos duermen mientras yo acaricio el frío metal del fusil, meditando sobre qué hubiera pasado si los miles de M-16 desembarcados en Carrizal no hubiesen sido descubiertos. Juan Carlos, hermano de esos tiempos y de ahora, quien tuvo activa participación en esa operación, tiene claro que las cosas podrían haber sido distintas. Pero bueno, se cometieron errores y el más ostensible es político porque esta fue una operación estratégica del Partido y fue llevada a cabo más bien por compañeros con mucha voluntad, pero no necesariamente con todo el apoyo de la dirección política del Partido, sino que dejada casi exclusivamente a la comisión militar. O sea, el Partido que siempre criticó a los compañeros que realizaban tareas en la esfera militar por ser poco políticos, los utilizaban para

desempeñar tareas militares y si había fallas, como acaeció entonces, los culpaban a ellos sin asumir como dirección la responsabilidad política. También pensaba en la inmensa solidaridad del gobierno cubano que apoyó directamente la internación de armas con barcos y personal cubano. Juan Carlos, como responsable de la estructura de logística exterior vivió personalmente toda esta solidaridad, además de recibir la solidaridad de otros países socialistas y de Partidos y organizaciones latinoamericanas que coadyuvaron a la lucha contra la dictadura. Con Juan Carlos nos topamos en el Litoral Central en alguna reunión pero él no lo recuerda y a pesar de que ambos trabajamos en el exterior, nunca nos vimos. Él debió desarrollar bases de apoyo en todos los países limítrofes o cercanos a Chile: Perú, Bolivia, Uruguay y, Argentina. Esta última se transformó en base trascendental para efecto de comunicaciones, traslado de materiales, dinero, gente. Nunca nos vimos, aunque yo trabajaba ahí mismo, pero en otra estructura y también con el apoyo invaluable del Partido Comunista argentino, de los montoneros, de otras organizaciones y de argentinos solidarios. Con el tiempo nos seguimos viendo con Juan Carlos, la última vez con nuestras respectivas compañeras en el restaurante Galindo, el mismo donde, 30 años antes, recibí la misión de integrarme a la Jefatura del Frente en Santiago. Fue uno de los días más calurosos del verano capitalino donde evocamos otros tiempos y seguimos soñando. Es que después de la derrota de la Unidad Popular y de nuestro proyecto en la lucha antidictatorial, uno no podía quedarse de brazos cruzados. Juan Carlos abrazó a América Latina o mejor dicho, siguió abrazándola con más fuerza aún y yo, por mi parte, abracé la causa mapuche. Pero además, con muchos otros y otras fraguamos una especie de Taller de Reparación de Sueños trizados. Ahí los reparamos para seguir dibujando futuros, pero de modo activo.

Lo que jamás podría haber adivinado esa noche mientras hacía guardia en la Escuela de Algarrobo fue que casi 30 años después me enteraría que Pedro Cayuqueo, conocido periodista y uno de los principales dirigentes del movimiento mapuche, también andu-

vo cuatro años con un fusil de Carrizal al hombro. Es que Pedro ingresó a la Escuela Naval en los años 90 como cadete y los fusiles M-16 incautados en Carrizal en 1986 ya habían sido enviados a la Armada, siendo ahora utilizados por los cadetes. Ambos hicimos guardia con el mismo fusil. Pero no solo eso, al pedir su baja de la Marina, Cayuqueo estuvo dos meses detenido en el cuartel Silva Palma en Valparaíso, el mismo lugar donde estuve detenido en 1973 y por donde pasaron y fueron torturados centenares de hombres y mujeres después del golpe de Estado. En una de las celdas del cuartel hay una huidiza ventana donde uno puede observar la bahía, o al menos parte de ésta, y con mucho esfuerzo quizás atisbes la Avenida Pedro Montt. Allá, cerca del rodoviario, hay un pequeño local de libros usados y nuevos, la Librería Crisis, uno de los pocos espacios donde se pueden encontrar textos que por muchos años estuvieron ausentes en otras librerías, textos marxistas, de izquierda, casi subversivos. En la actualidad hay de todo por supuesto, pero allá llegó un día Pedro, pues debía hacer un ensayo para una asignatura en la Escuela Naval denominada “Aprendiendo del enemigo marxista” o algo semejante. El dueño de la librería, Mario Llancaqueo, tan mapuche como Pedro, aparentemente distinguió su cara de mapuche, su pelo corto de marino y decidió regalarle *Notas de viaje: Diarios de motocicleta*, del Che Guevara. Lo hizo con doble intención, seguramente. Y le resultó. Pedro dejó la Armada y se abocó a la causa de su pueblo. En esas lides nos conocimos con el *peñi* hace bastante tiempo cuando los M-16 hace mucho ya se habían escurrido por los dedos de la historia.

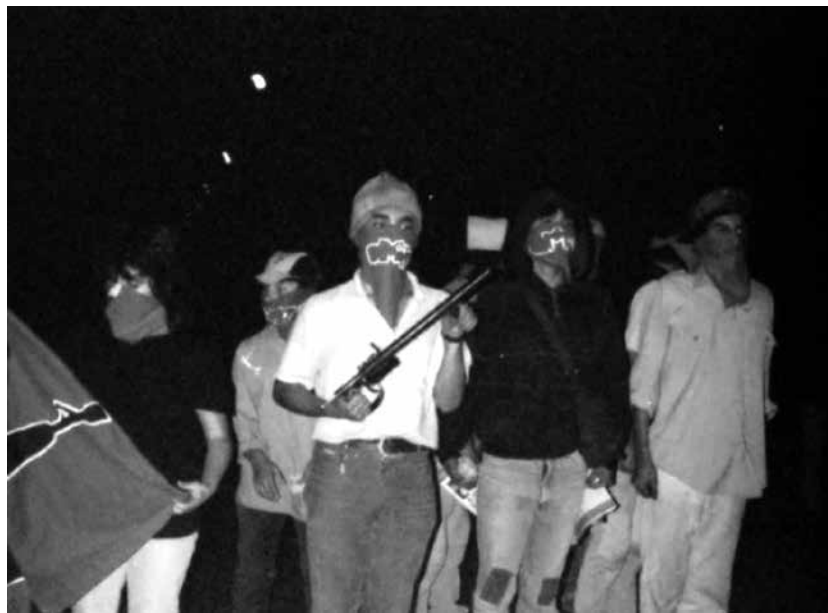
Empero la historia seguía escribiéndose con nuevos militantes muy jóvenes que ingresaban al FPMR atraídos por el pasado heroico de la organización, el desencanto por la salida negociada con la dictadura y por las pocas perspectivas futuras de cambio real en el país. Ellos eran totalmente ajenos a las disputas internas y solamente se preparaban en escuelas o reuniones políticas donde se hablaba de Rodriguismo y de la GPN. A nivel superior continuaban las discusiones y se distanciaban cada vez más las posiciones entre los secto-

res más políticos y los más militaristas. La verdad es que se llegó a un punto en que no había punto. El Frente no era punto seguido, sino que punto final, aunque muchos no queríamos que eso sucediera y tratábamos por todos los medios de conciliar posiciones. En algún momento se creó una comisión especial compuesta por un representante de cada uno de los sectores y presidida por mí. La comisión respondía directamente a Salvador, jefe del Frente, y tenía por misión ensamblar un informe que debía servir de fundamento para el diseño de una estrategia para salvar las diferencias y, eventualmente, al mismo Frente. La comisión tenía la facultad para conversar con todos los sectores y todos los militantes. Cumplimos parcialmente la misión. Elaboré un informe de avance que hice llegar a Salvador, recibiendo su respuesta favorable, pero ya había poco que hacer. De nada servían las comisiones, las conversaciones o las reuniones, las diferencias eran irremontables: el Frente había cambiado, el país había cambiado.

Lo terrible y doloroso, tal vez, es que el país no había cambiado tanto en lo esencial y en eso el Frente estaba en lo cierto. Porque hasta entonces y hasta hoy se mantienen el modelo neoliberal y el sistema capitalista. Lo que sí se había modificado era el escenario político. Por eso dolía, puesto que uno se daba cuenta, uno sabía que Chile continuaría en manos de los mismos dueños, que los ricos seguirían siendo ricos y los pobres seguirían siendo pobres. Uno sabe hermano, nos decíamos cada vez que nos tomábamos un café en cualquier boliche. Uno sabe, pero irse a la montaña no era la solución. No en Chile, no en ese momento, no sabemos qué pasará más adelante, nadie puede saberlo, pero la pregunta es qué hacer ahora cuando la gente se apresta para las elecciones y los que no creen en ellas se fueron para la casa desilusionados. Se sienten traicionados, abandonados después de tantos años de sacrificio para nada. Ninguno de nosotros tenía la respuesta o, para ser más precisos, algunos creían tenerla, pero se relacionaba más con visiones personales, parciales, sesgadas o sobreideologizadas, más que con análisis objetivos de la situación política. Yo seguía pensando que el

componente armado era básico en cualquier proyecto pero que en este periodo la prioridad era otra, la cual, al menos para mí, tampoco eran las elecciones, sino denunciar la negociación con la dictadura, la mentira de la transición y de una democracia cupular. Es decir, de una democracia no-democrática. Eso, creo, era mucho más pertinente que debatir sobre guerras o levantamientos populares con un pueblo ya casi completamente desmovilizado. Aun así insistíamos en hacer más de lo mismo. Un domingo en la mañana voy a una población en Cerro Navia a conversar con un grupo de milicianos. Me recoge el jefe del grupo en una feria del sector, caminamos unas cuadras hasta llegar a una casa. Entro, me entrega un pasamontañas y entramos a una pequeña pieza donde se encuentran formados seis muchachos muy jóvenes. Dos de ellos portan fusiles. Los saludo y, todavía en formación, hablo con ellos sobre el Frente, el Rodriguismo, la política de la organización. De pronto, desde el fondo de otra pieza se escucha el grito de una voz de mujer: ¡Pablo! dice enojada la voz. Nadie se mueve. Miro al jefe del grupo. Este se levanta y va a ver de qué se trata. Vuelve inmediatamente y me dice que prosiga. Lo hago y un rato después se repite la escena, pero con una frase adicional: ¡Pablo, te dije hasta las 12, no más! Antes que pudiéramos hacer nada, de la pieza del fondo aparece una niña joven en calzones, cruza delante del grupo y desaparece por otra puerta que, supongo, era el baño. Lo surrealista de la situación refleja de alguna manera lo vivido en ese tiempo: dos países, dos mundos, dos realidades. El Frente haciendo lo que siempre había hecho en la lucha contra la dictadura ¡y muy bien!; un sector minoritario de algunos jóvenes encantados con la imagen del Frente y, la mayoría de los chilenos que ya estaba en otra intentando llevar una vida normal, incluidas fiestas que terminaban con ganas de ir al baño los domingos en la mañana no importando si en el living de tu casa había un grupo de milicianos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. No es que durante la dictadura no hubiera fiestas o que la gente no tratara de llevar una vida relativamente normal dentro de las posibilidades que otorgaba la situación de estado de sitio permanente que se vivía,

sino más bien que ahora capacitarse para una guerra prolongada cuando ni siquiera durante la dictadura se hizo, asomaba a lo menos como extraño.



Milicianos rodriguistas. Fotografía: Anónimo

Aunque nada era normal en esos días: que el dirigente de la oposición y futuro candidato presidencial fuera Patricio Aylwin, el mismo que apoyara el golpe de Estado contra Salvador Allende; que Pinochet permaneciera aun en el poder, que los asesinos se pasearan impunemente por las calles.

Después de ser liberada de la cárcel de hombres de San Miguel, mi compañera, acompañada de una amiga, retornó a la pieza que arrendábamos en Ñuñoa y donde habíamos sido detenidos; encontró todo desordenado, porque se habían robado las pocas cosas de valor que poseíamos. Recogió algo de ropa y se marchó. Junto con Marcela se dirigieron a un supermercado a comprar víveres, cru-

zándose en el estacionamiento del recinto con uno de los agentes del comando de la CNI que nos detuvo. Él andaba con su esposa y dos hijos comprando con la mayor naturalidad del mundo. Ése era el Chile que había cambiado poco, pero sí subjetivamente para muchos, por eso se hacía todo tan difícil, por eso el hijo de puta podía comprar calmadamente en un supermercado e irse a su casa a cenar con su familia después de haber torturado o asesinado quién sabe a cuánta gente durante la dictadura. Mientras tanto, los familiares de los desaparecidos seguirían cenando con una silla vacía en la mesa esperando que algún día llegara el hijo, el esposo, la madre que se llevaron una noche y nunca más regresó.

El que sí regresó fue el capitán de ejército Luis Arturo Sanhueza Ross. Un mediodía, después de salir de la cárcel, viajaba en una micro por la Alameda en dirección oriente, cuando al mirar por la ventana veo a Sanhueza caminando por la vereda sur junto a una mujer rubia. Me levanto rápidamente, toco el timbre y me bajo en el paradero de la Universidad de Chile sin dejar de observarlo, justo en el momento en que están doblando por la calle San Diego por la vereda poniente. Apuro el paso, viro por la vereda opuesta y comienzo a seguirlos. Estaba solo, desarmado, no tenía plan alguno, solamente rabia acumulada. La figura de mi compañera embarazada detenida, de nuestro hijo que casi no nació; los asesinatos de los hermanos en la Operación Albania y, por sobre todo, las muertes de Ignacio y de Jackie. Este último, Manuel Sepúlveda Sánchez, fue secuestrado junto a Gonzalo Fuenzalida Navarrete, Julio Muñoz Otárola, Manuel Sepúlveda, Alejandro Pinochet Arenas y Julián Peña Maltés en el marco del caso del coronel Carlos Carreño y, supuestamente, con la finalidad de realizar un canje de prisioneros. El secuestro de todos ellos está documentado, entre otras fuentes, por grabaciones captadas de los propios organismos de seguridad en los momentos cuando hacían los seguimientos en septiembre de 1987. Los hermanos fueron trasladados al cuartel de la CNI en Borgoño, torturados, asesinados y lanzados al mar en las costas de la V región. En esta operación de exterminio no solo participó la CNI, sino que el Bata-

llón de Inteligencia del Ejército, perteneciente a la Dirección de Inteligencia del Ejército; el Comando de Aviación del Ejército, uno de cuyos helicópteros trasladó los cuerpos ensacados y atados a rieles a la costa cerca de Quintay —presumiblemente— para lanzarlos al mar. Es decir, el dictador Pinochet no solo estaba totalmente al tanto de todo lo que sucedía, sino que impartió las órdenes para llevar a cabo el operativo.

En esto pensaba mientras caminaba y miraba a Sanhueza conversando animadamente con su rubia acompañante. Lo único que esperaba era que, en algún momento, ingresara a una casa, una tienda, una fuente de soda. No sé, un lugar que pudiera servirle de punto de encuentro, de fachada; marcarlo, identificarlo, entregar la información y realizar una exploración posterior con tiempo y con los resguardos correspondientes. Nada de eso aconteció. Pasamos por la Iglesia de los Sacramentinos, Teatro Caupolicán, Matta... y jamás entró a casa alguna o dobló por otra calle, de manera que desistí del seguimiento, porque ya era demasiado peligroso. El tiempo me daría la razón. Él no solo había sido un asesino, continuaba siéndolo. En 1989, como parte de un comando de la CNI, mató de 12 balazos al dirigente del MIR Jécar Nehgme en la calle Bulnes, pleno centro de Santiago. Lo inconcebible es que por este crimen Sanhueza fue condenado a tres años y un día de pena remitida, o sea, no pasó ni un día en prisión. Luego de años de acuciosa investigación judicial particularmente de la diligencia y tenacidad del abogado Nelson Caucoto, Sanhueza también fue condenado por su participación en los crímenes de la Operación Albania y de los cinco secuestrados y desaparecidos del Frente. Apenas cinco años y un día por los secuestros de estos últimos y solamente a tres años y un día por el asesinato de Julio Guerra en la Operación Albania. Es más, con posterioridad a la disolución de la CNI en 1990, Sanhueza fue trasladado al Servicio Secreto del Ejército y sacado clandestinamente del país para cumplir funciones en Argentina y Uruguay y, evidentemente, para evadir los procesos judiciales de Derechos Humanos que ya habían descubierto su participación en numerosos crímenes.

Pero Sanhueza, de chapa Ramiro Droguett, alias *El Huiro*, capitán del ejército de Chile, valiente ante víctimas inermes, torturador y asesino desalmado, tembló de miedo cuando vio su vida amenazada por sus propios camaradas en el extranjero. Lo quisieron matar en Montevideo o en Buenos Aires o en San Martín de Los Andes para que no hablara. Por eso él prefirió volver a Chile y enfrentar a los tribunales. Al final le salió muy barato, pues actualmente camina libre por las calles y a veces me pregunto qué hubiera pasado si hubiese seguido caminando por San Diego en busca de algo de justicia. Los que sí han agenciado algo de justicia —en ocasiones bastante— han sido los abogados de Derechos Humanos y los familiares de la víctimas. Nelson Caucoto es uno de ellos. Son muchos, pero quisiera decir tan solo una palabra acerca de Nelson, porque fue mi abogado: Gracias. Nunca pidió nada, nunca exigió nada. Siempre una sonrisa, una serenidad y humildad a toda prueba. Proviendo de una familia de abogados y conociendo a centenares de ellos, personalmente y a la distancia, no me simpatizan mucho, la verdad. Demasiadas normas, reglas, artículos, incisos, procedimientos. Excesiva ley y poca justicia. Sin embargo Nelson amerita mi respeto y afecto, a lo mejor nunca se lo dije, pero ahora es el momento, un micro homenaje, un detalle en el huracán de su vida, pero bueno, al menos una huella de gratitud. Una pluma azul en su yelmo de guerrero a modo de justo reconocimiento.

Un Taller de Reparación de Sueños para armar un nuevo futuro

Como el surco del sempiterno reconocimiento a los millares que afloran con su palabra y acción en estas entrelazadas y acaso asombradas palabras. Porque, sin ser irreflexivas, no dejan de ser viscerales, aunque uno puede también argumentar que todas las reflexiones son también viscerales. Y una de las grandes dificultades de ser humano es a lo mejor pensar demasiado y en el derrotero de intentar serlo, perder el norte y no saber cómo ser humano. Al final simplemente no sabemos si pensar es bueno o malo y entre tantas dudas algunos decidimos estudiar sociología para hallar respuestas, o al menos tratar de mancomunar preguntas adecuadas. Y tuvimos que escudriñar tanto en los más recónditos meandros de la historia del pensamiento humano que en la escasa luminosidad de las cavernas poco material para diseñar preguntas hallamos. Era más fácil extraviarse que orientarse y uno tenía la sensación que más se podía aprender en el mundo real, en la calle o cruzando la calle o caminando contra el viento para encontrar respuestas a cualquier interrogante. No sé, pero siento que la sociología bien poco me sirvió para luchar contra la dictadura y que los compañeros acá hallaron las respuestas a las necesidades de la brega antidictatorial con mucha mayor celeridad y precisión que cualquier teórico clásico o contemporáneo. Uno no requería ser sociólogo para leer el informe periódico que nos entregaba el equipo especial que tenía el Frente para escanear las comunicaciones enemigas. Esto nos daba mayor seguridad porque nos enterábamos quién era objeto de seguimiento, aunque no siempre uno prestaba atención y eso nos costó muy caro. En una ocasión, un hermano me entregó el informe y me dijo: el martes tuviste seguimiento en Providencia. Dice que andabas con

chaqueta azul y la descripción es un hombre alto y con bigotes. Ese eres tú. Lo leo, veo la ruta, no soy yo, además ese día no andaba con la chaqueta azul. Lo importante es que no es necesario ser sociólogo para eso. O para asistir a una reunión ampliada de la Dirección del Frente donde se discute la estrategia de la organización y las tareas a cumplir. O para sentir la muerte de Victoriano Veloso, como lo hace Marcos, quien cayó en un enfrentamiento con la CNI en 1985; y de angustiarse porque después de dar la misión a un grupo operativo de volar una torre en la zona de Melipilla estos no retornaron a la capital y se perdieron por cuatro días. O para romper un cerco de la CNI cuando decenas de vehículos rodean una casa donde te encuentras con varios jefes del Frente, como le sucedió a Andrés en la población La Victoria. En suma, puedes haber sido sociólogo y militar en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, pero si no lo eras daba exactamente lo mismo. No era relevante. La política sí, pero no la sociología, aunque cuando me reencontré con Mauricio Arenas después que se fugó de la cárcel y luego de abrazarnos por largo rato, me dijo: Ya *buevón*... no *seái* aburrido, no hablemos de política. Y hablamos de muchas otras cosas mientras él fumaba los malditos cigarros que le arrebatarían la vida. Asistí a su funeral en el cerro Los Placeres en Valparaíso y desde ahí nos dirigimos con otros hermanos al cementerio de Playa Ancha. Estaba repleto de Fuerzas Especiales de Carabineros con perros, es decir, perros acompañados de más perros. Ahí estaba Marta, la madre de su hijo, nos abrazamos mientras ella lloraba desconsoladamente. No supe qué decir. Salimos del cementerio y la policía comenzó de inmediato a reprimir a los asistentes al funeral. El Frente tenía razón, el país no había cambiado tanto.

No había cambiado tanto, pero lo suficiente para que miles de chilenos y chilenas se volcaran a las urnas y eligieran a un presidente no democráticamente, pues la elección se realizó en dictadura y bajo una constitución ilegítima e ilegal. Por ende, más allá de lo que se sostenga, no fue una elección democrática. Por esto es que muchos de los combatientes del Frente vieron derrumbarse un sueño, la ilu-

sión de otro Chile. Algunos se replegaron a sus casas, sus familias, sus trabajos; otros se incorporaron a este nuevo proyecto reformista de manera honesta, creyendo que era lo que el país necesitaba, otros más lo hicieron de forma oportunista. Muchos quedaron abandonados a su suerte tratando de comprender lo que pasaba, los mayores asumiendo el golpe de dos derrotas: el derrocamiento de la Unidad Popular en 1973 y el proyecto de la Sublevación Nacional ahora. Los más jóvenes, lo último. Ambos funestos en la historia nacional y, en lo personal, una puñalada en el corazón. Quizás peor que un golpe de Estado, porque es un golpe propio, solo tuyo. Está dirigido a ti, a nadie más, entonces te las tienes que arreglar como puedas. Ya no está el Partido, ya no está el Frente, las casas de seguridad, las armas, el financiamiento, la solidaridad incondicional. No hay nada. Pero hay que seguir trabajando, pagando cuentas; hay que continuar viviendo contra viento y marea. Y la marea trae Isapres y AFP y casi ninguno ha cotizado o tiene planes de salud. Además, todos te miran extrañados, como si vinieras de otra galaxia, porque osas pensar distinto ¿Cómo es siquiera posible que no creas en la democracia? ¿Cómo puedes siquiera fantasear que era posible derrotar a la dictadura de otra forma? ¿Cómo puedes decir que esto es neoliberalismo si hemos tenido presidentes socialistas? Les digo que en Valparaíso la democracia está claramente delimitada: mide 20 cuadras, comienza en la plaza Sotomayor donde se inician las marchas y terminan en la plaza del Pueblo. No hay democracia ni antes ni después de eso, solo represión policial, les digo, y me miran consternados. Si uno denuncia públicamente que los gobiernos de la Concertación han asesinado comuneros mapuche y que la policía contantemente atemoriza a las comunidades, creen que uno miente. Es que parece que solo poco a poco se han ido dando cuenta de que esta democracia no es tan democrática como aparenta ser, que el Frente tenía razón, que estos serían gobiernos que no cambiarían mucho. El problema es que muchos sí les creyeron a la clase política dominante, a los mismos que hoy pretenden encubrir sus vínculos con los conglo-

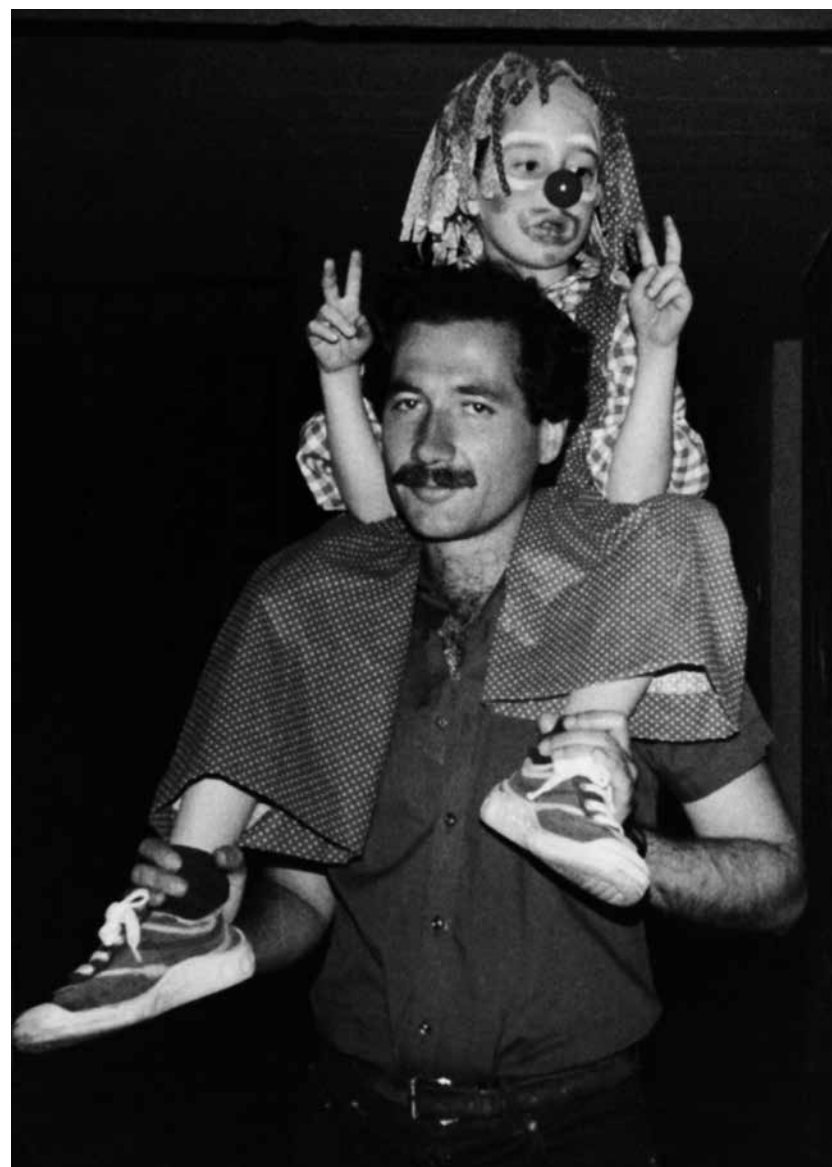
merados económicos que financian su actividad. Es que digamos las cosas por su nombre de una vez por todas: a la dictadura no se la derrotó con un lápiz y un papel y éste es precisamente el problema. Si hubiese sido de otra manera tal vez todo sería distinto, tendríamos una democracia de verdad, de esas con aroma a miel de arce y orégano. De las que te inundan con lluvia de amanecer, con ganas de levantarte todos los días, de hacer el amor, de rehacer las familias perdidas durante la dictadura porque existían otras urgencias.

Y saben, nada es fácil hoy, por el contrario, cada vez es más complejo mantener este Taller de Reparación de Sueños Trizados, porque está repleto de espejuelos rotos esparcidos por el suelo, los techos, las paredes. Uno se hiere los pies al deambular por los estrechos senderos del taller. Mira por la ventana biselada y afuera a nadie parece importarle que aquí dentro todavía haya retazos de pasado, trozos de heroísmo, risas, gargantas apretadas. Aún hay materiales de futuro, solo se requiere la alquimia exacta, la magia perfecta, el amor irredento, el orgasmo intergaláctico, la explosión última para llegar al cielo en una orgía de llamaradas anaranjadas. Todo puede ser alcanzado aquí, en este pequeño gran Taller de Reparación de Sueños Trizados donde trabajan noche y día Andrés, Marcos, Fernando, Ignacio, Mauricio, Manuel, Rocío, Juan Carlos, yo y miles más. Algunos estamos menos jóvenes, pero están también los hijos e hijas, los nietos. Y la calle que se mueve, estremeciendo el taller con sus gritos y cánticos de denuncia, de furia, de protesta. Está el pueblo mapuche que lleva 500 años resistiendo y los pueblos cubano, venezolano, boliviano, ecuatoriano, uruguayo, saharauí, palestino, burkinés. Y José Mujica, Evo Morales, Hugo Chávez, Fidel Castro, Salvador Allende, el Che Guevara, Malcolm X. Está América Latina hermano. Todos caben en este taller, menos los ricos, políticos corruptos, asesinos y torturadores nacionales o extranjeros.

Así, cuando el mosaico del Taller comience a tomar la forma de un unicornio amaranto, me escurriré sigilosamente por la puerta trasera por tan solo unos días para viajar a Irlanda y visitar por primera vez la fosa común donde hace 38 años enterramos el cuerpo sin vida

de Bulavari, nuestro primer hijo de tan solo un segundo. Esa vez no tuvimos dinero para comprarle un ataúd ni tampoco la valentía de derramar una lágrima. Quizás en estos momentos en que el Taller de Reparación de Sueños está en pleno vuelo pueda hacerlo. Llevaré conmigo un clavel rojo y las llaves de la oficina de la Jefatura de Santiago del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

De Frente



Ignacio Valenzuela. Comandante Benito.



Protesta poblacional. Fotografía: Rodrigo Casanova.



Equipo de fútbol rodriguista. Fotografía: Rodrigo Casanova.



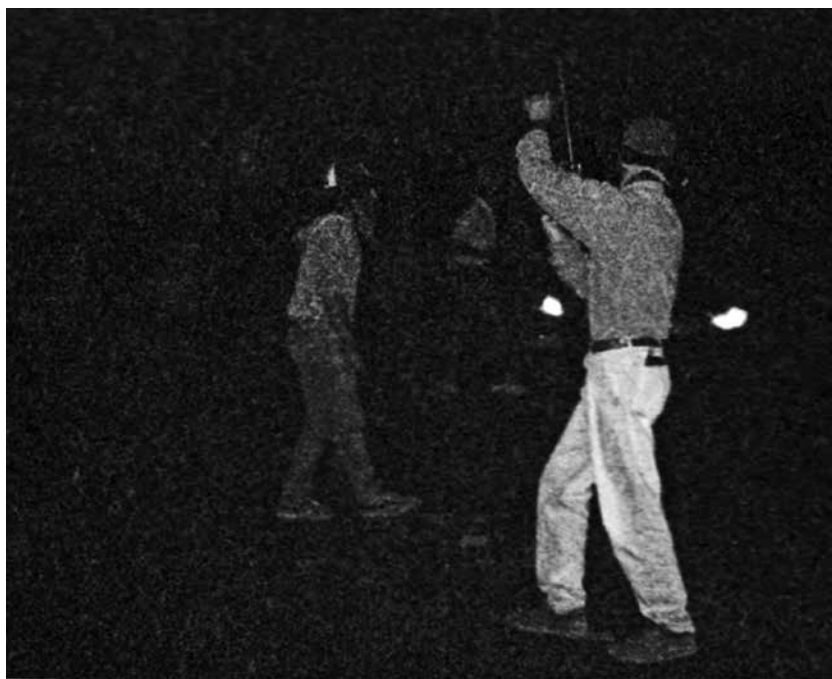
Milicianos rodriguistas, Herminda de la Victoria. Fotografía: Anónimo.



Recuperación de pollos por milicianos rodriguistas. Fotografía: Rodrigo Casanova.



Combatientes rodriguistas. Fotografía: Rodrigo Casanova.



Milicias rodriguistas. Fotografía: Anónimo.



Bandera de las milicias rodriguistas. Fotografía: Anónimo.



Bandera del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

